
PARNASO
Nicaragüense

'na estafa céleb
-El preso de
ı humano

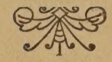
PARNASO NICARAGÜENSE

Parnaso Nicaragüense

ANTOLOGÍA COMPLETA DE SUS MEJORES POETAS

COMPILADA POR

ALBERTO ORTIZ



BARCELONA

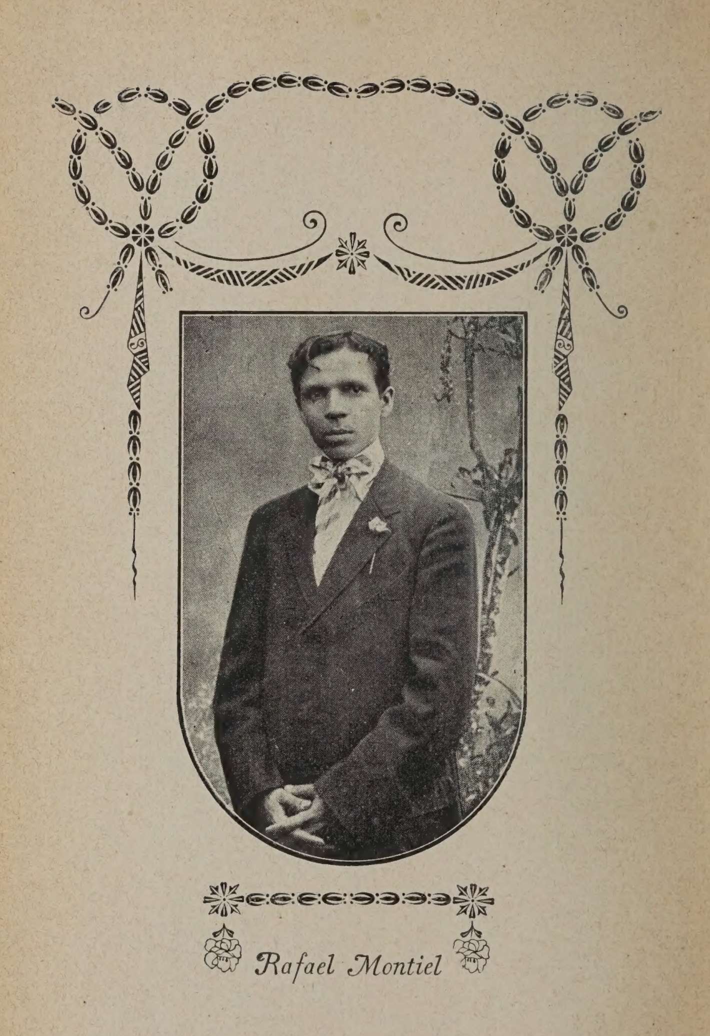
CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

MALLORCA, 166

Buenos Aires, Maucci Hermanos, Cuyo, 1059 al 1065

Compuesto en máquina *Typograph*



Rafael Montiel



RAFAEL MONTIEL

A dos juegos

(Para Lino Arguello, poeta)

El penetró al Casino
con una faz que daba compasión,
y le cambió el aspecto grande copa de vino
y se puso á jugar al dominó.

El buen muchacho disfrutando un gozo
fabricado á vermouth,
revolvía las fichas con un mozo
que á más de ser un bolo era un tahur.

¡El Azar...! ¡Qué chulada! su muchacha querida
por allí pasa, pero bien prendida
de un guapo mocetón que es el rival...

Y él de jugar no deja,
mas tira una mirada á la pareja
como una carambola de billar...

Pinceladas rurales

(Para el poeta Alberto Ortiz)

I

Sobre la verde difusión que calla
con una indiferencia vegetal
de cafetos, vestida con su enorme pantalla
de tisú, la luz nueva muestra su faz trivial.

Y mientras que la caja de mis pinceles abro,
y contemplo en oriente el colorín,
imagino al artista de las patas de cabra
sonando su flautín.

El motor de la hacienda da vuelta á las poleas...
Por neblinoso atajo que viene de la aldea
un par de cazadores sigue la pista á un cán.

Y el humo prieto de una chimenea
negra, caracolea
por el aire haragán.

II

Bajo el plomo difuso
del cielo, duerme el vernal
cardenillo del terruzo
que parte por un vial.

mistilíneo. Una culebra
plateada y fenomenal,
finge el río entre las hebras

de las barbas de un zarzal.

Los tugurios del cortijo,
confusos como acertijo,
se revocan de coral
con el minio del poniente
y el sol medio oculto, miente
un párpado colosal.

Risas

I

Va al teatro, al Casino, tiene hermosa querida,
fuma, bebe champagne, come en un buen hotel,
y habla mal de la vida,
¿y para qué?...

Hoy perdió un dineral en un albur,
y dijo por lo bajo, á un gran tahur
algo que no debiera por recelo decir.

¿Y á quién le importa, á quién?...
Dijo: soy dependiente del mejor almacén
y se puso á reir.

II

Por reir del amor mío
ella y él rien de mí,
y yo sólo de él me río
pues de ella ya me reí.

III

Buena muchacha eres rara
de manera
admirable,
pues me haces risueña cara
aun viendo mi faltriquera
miserable.

De dos noches

I

Es ya muy noche á mi pieza
una lámpara de gas
da su lumbre en una mesa
do acodado estoy, quizás

—

cubriendo algo mi tristeza
con las manos en la faz:
Yo pensaba en mi pobreza
con tristeza más y más.

—

Porvenir serás mejor
interrogaba solito,
cuando de improviso á mi

—

oído en tono menor
y sobre agudo un mosquito
pronunció sí í í í.

II

Basta... hice un epigrama
y á dormir... Ya el nocturnal
son de las diez desparrama
el relojón parroquial.

—

Me echo y cual seca rama
tostada que el vendaval
quebrase, cruje en mi cama
mi columna vertebral.

—

Ladra el perro de mi casa
que me dice que algo pasa,
que algo *pasa* en el solar.

—

Escucho un duo felino
por el cual adivino
que no es cosa singular.

«Ite misa est»

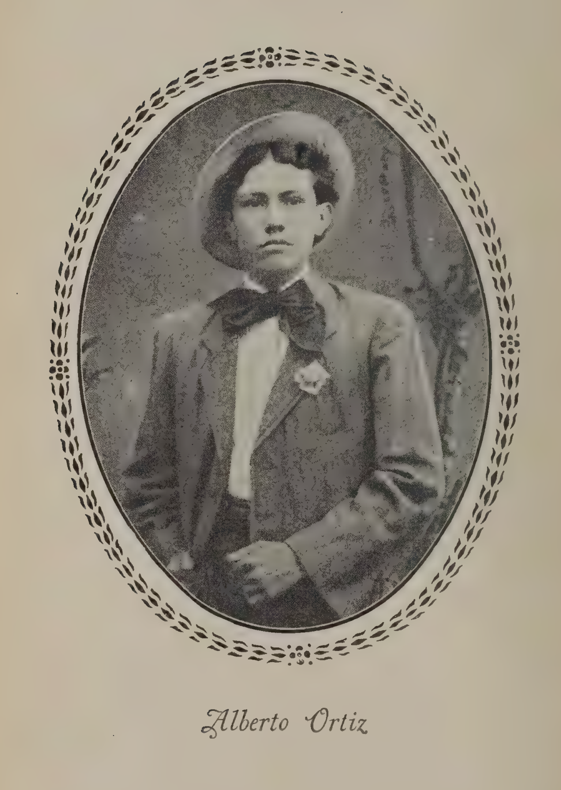
Ya todo el mundo que trata
de despedirse de Dios,
se inclina. Mientras desata
un viejecito su tos,

olfateando alza una pata
un cán y humedece los
piés de una vieja beata
que aún rezonga á media voz.

Sale del templo la gente;
y en el átrio más de veinte
perros, ven con ambición

que uno lleva á su *señora*
como una locomotora
que se arrastrara un vagón.





Alberto Ortiz

ALBERTO ORTIZ

La visión que me da el crepúsculo

Para Rubén Darìo

Yo sé que hay crepúsculos de rosa,
que dá sobre las almas una mano de unción;
cuando el sol va regando su sangre luminosa
siento que riega sangre también mi corazón...

*

¡Oh, la tarde amarilla, tan piadosa y tan lenta
en que se desenvuelven añoranzas sinceras;
me digo: es imposible que la tarde no sienta
del Amor y del Arte, de versos y de ojeras...

*

Tarde discreta y buena como una vieja Hermana,
tú cantas de poesía, de besos y de rosas,
sino que lo repita tu dulzura cristiana
y el nimbo doliente que pones en las cosas...

*

Tarde, cuando presencio tus grandes melodías,
cuando aspiro el perfume que sobre el aire rielas,

me imagino muy lejos, en tropicales días
en una algarabía de mástiles y velas...

*

Me veo en la cubierta de algún vapor ya viejo
pronto á zarpar de un puerto metido entre neblinas,
mirando á un marinero que arruga el entrecejo
y los cúculos máximos que hacen las golondrinas...

*

Me veo en la cubierta, pálido y afligido
de dejar una novia tal vez; miro que ensancha
el mar su enorme lomo, mientras escucho el ruido
que hace en el agua verde, al caer, una lancha.

*

El mar que sigue dando sus ritmos en las rocas,
las grandes rocas que alzan su contextura eterna,
mientras viene en el aire la canción de unas bocas
que allá, tras de los muelles, beben en la taberna...

*

Luego suena un pitazo que suena como una
campana de difuntos para los que nos vamos
y mientras se presenta la rueda de la Luna
reparto silenciosos apretones de manos...

*

Después el barco inicia pausado movimiento;
de los muelles, un grupo, nos vuelve á saludar,
y á los vientos marinos, melancólico y lento
va resbalando sobre las espaldas del mar...

*

y, caminando, pienso llegar á una lejana
ciudad de Palestina, de Persia ó del Japón...

El crepúsculo muere, y una voz de campana
pasa sobre cubierta preludiando su són...

*

Va prendiendo sus luces la ciudad que se queda
como arropada en una mantilla de neblina,
la brisa va cantando su canto que remeda
la voz de una muchacha garbosa y campesina.

*

Llegamos, á los días, á la tierra española
la tierra hidalga y fuerte, vieja como bizarra,
y allí en la villa y corte se cruza una manola
por mi senda, una de esas que pulsan la guitarra.

*

Yo enamoro á la chica; porque ¿quién no enamora?
y más si es una niña sandunguera y preciosa:
unas ojeras lindas y una voz de pastora
y una pupila negra, profunda y luminosa...

*

Y el amor se me huye como todas las cosas:
ella toma un sendero, yo por otro me pierdo...
y luego que principian mis horas dolorosas
voy silenciosamente rumiando su recuerdo...

*

Esas son las visiones que el crepúsculo traza
con su pincel de seda sobre mi mente enferma:
yo le digo á la tarde melancólica, pasa,
y al zenzontle que llora yo le digo que duerma...

*

¡Oh, el humo retorcido que sube del bohío,
¡oh! la paloma blanca que en la tarde se fuga;

yo tengo para ellos como el canto de un río
que sus ondas plateadas por el dolor arruga.

*

Yo no sé qué hay en estos crepúsculos de rosa
que da sobre las almas una mano de unción;
cuando el sol va regando su sangre luminosa
siento que riega sangre también mi corazón!...

Leyenda ambigua

(Del libro «Hacia Jerusalem»)

¿Recuerdas...? Sí, recuerdas... Sobre tu blanca frente
se deshojaron todos los lirios de mis besos...
La tarde se diluía... sollozaba la fuente,
el parque empenumbraba sus mármoles y yesos...

*

Llegó piadosamente la sombra... la redonda
silueta de la luna, de pronto se asomó...
suavizaba mis manos tu cabellera blonda...
mi alma estaba contigo, pero mi carne no...

*

Pero tú lo quisiste... sobre tus ojos hondos
pasó en fuga la rápida visión de una sirena...
¡oh tus manos liliales y tus senos redondos!...

*

¡Oh tus amplias caderas... y fué... tú lo quisiste...
y ante la blancura de la gran luna llena
lloré sobre tus hombros, viendo el paisaje triste!...

De antes

Para Rafael Montiel, poeta.

Es en una taberna: la tarde que se fuga
pone un juego adorable de luz en las paredes,
que se quiebra en un ángulo y dibuja una arruga
sobre una vieja imagen de la virgen Mercedes...

*

Dos bohemios se cuentan sus historias lejanas,
allá, cuando para ellos no se dormía el Sol...
y un fulgor de leyenda se prende de sus canas
bajo el ambiente enfermo de tabaco y alcohol...

*

Uno de ellos refiere de sus juegos de niño,
de una su abuela mística que le hacía cariño
y de las tonterías que hiló en su juventud...

*

Y el otro que sin duda era artista, sin duda...
le contó de una novia que una vez, fría y muda,
la llevaron cuatro hombres en un blanco ataud!...

Fugaz

Para una enigmática.

Lila, siempre que pasa me deja su elegancia
como un perfume suave de agua de tocador...
y ante la dulzura de su dulce fragancia
me quedo en el aspecto del que huele una flor...

*

Ella sabe que siento por ella «un no sé qué...»
y cuando alegre cruza por la calle dormida,
no sé si más me gustan sus manos ó su pie...
ó su boquita roja que parece una herida...

*

Yo le ofreciera como prendedor una estrella,
la más lejos y blanca, la más triste y más bella
por ser buena y ser fina como un hilo de agua...

*

Yo le diera un paisaje doliente de París,
una tira de cielo y una gran flor de lis,
ó un claro de luna de mi azul Nicaragua...!

Al oído, y bajo la frónda

Yo te quiero, agarena de los ojos dormidos,
por tus labios fragantes y tus manos sutiles,
por tu cabello negro que en hilos retorcidos
se deshace en tus hombros de impecables marfiles...

Te quiero por tus líneas artísticas y nuevas,
porque en tus ojos miro fantasías tremendas,
y te quiero, agarena, porque creo que llevas
en el alma, un perfume de lejanas leyendas...

Oye mi letanía suplicante, agarena,
suaviza tú mis males y sé conmigo buena
como las enfermeras son en el hospital...

Que me curen tus labios con su dulce canción...
y cuando me preguntes suavemente... ¿qué tal?...
¡Yo te diré que sigo mejor del corazón!...

Para una enlutada

¿Por qué te apareciste por mi senda á esta hora
cuando ya es imposible verter las melodías?...
Hubieras tú llegado vestida de Pastora
en épocas lejanas y de mejores días!...

*

Hubieras tú llegado cuando los surtidores
de mi jardín, estaban fragantes de canciones,
cuando había trinares de dulces ruiseñores
y había en la fuente mágicos borbotones...

*

Hubieras tú llegado cuando de la arboleda
de mi parque de sueño se escapaban aromas,
cuando en su ambiente había suavidades de seda
y volar de jilgueros y volar de palomas...

*

Has llegado muy tarde; pero, al fin, adorada,
hubiera sido trágico que no llegaras nunca,

y has llegado propicia: pálida y enlutada
con el nimbo adorable de una esperanza trunca.

*

Como yo te soñaba, milagrosa Quimera,
has llegado, soñando, por mi sendero enjuto,
trayéndome el efluvio de una azul primavera
bajo la indiferencia del vestido de luto...

*

Ahora si ha sonado de fiesta la campana,
sobre la brisa errante se ha fugado el dolor...
óyeme: ¿todavía piensas hacerte Hermana?...
yo, ya olvidé las horas en que iba á hacerme Prior...

La canción de las ojeras

Para Francisco Villaespesa

¡Salve por tus ojeras! Por esas tus ojeras
cual dos esfuminajos de azul sobre la piel
salve por tus miradas dolientes y sinceras
y por tu ingenua que semeja un clavel...
Por tus buenas sonrisas, místicas y ligeras
como copos de espuma; por tu apacible modo
de mirar á los tristes, mujer, y sobre todo,
¡salve por tus ojeras...!

*

Salve por la dulzura que riman tus pupilas,
en las que miro el sueño de las mansas praderas
bajo el cielo celeste de las tardes tranquilas,
cuando hay como un recuerdo sobre las carreteras...

Por el ánfora intacta de tu boca de rosa
en que se deshojaron todas las primaveras,
por tus frescos abriles, y sobre todo, hermosa,
¡salve por tus ojeras...!

*

Salve por el prestigio de tus manos sutiles
que engalanan las sierpes que fingen las pulseras,
manos como de santa, de triunfos pastoriles,
manos que estarán puestas en cruz cuando te mueras...
por tus maravillosos erotismos febriles
¡y por las melodías que dicen tus ojeras...!

*

Salve por la fragancia de tus senos redondos,
por los tirabuzones de tu cabello negro,
por el «frou-frou» imperioso de tus encajes blondos
y por tu risa de oro que me aplica un alegro;
salve por tus visiones, tus Cristos y Quimeras,
mujer de las divinas, de las maravillosas,
de las que son altivas siendo también piadosas,
salve por el desfloro que no verán tus rosas,
y sobre todo, salve por tus hondas ojeras,
¡salve por tus ojeras...!

Tríptico para Bernardo Jambrina

I

Hermano por el arte, por la melena, y por
la visión del ensueño por los cuatro senderos,
tú, que llevas el alma toda plena de amor
y las grandes pupilas cuajadas de luceros...

Tú, que «llevas la carga de la melancolía
con la vida de zíngaro que te impuso el azar»,
tú, debes llevar algo como pena la mía
de sentir un crepúsculo y de sentir el mar...

Poeta don Bernardo: tú que traes de España
fotografiado un lance de amor y una hazaña
sobre los ojos hondos y buenos como el agua...

Recibe como ofrenda la brisa del camino,
donde preludia un pájaro su melodioso trino
junto con una tarde de mi azul Nicaragua...

II

Poeta hermano mío: tú has cantado la triste
soledad de los patios de la Alhambra, y la enferma
belleza, que la aldea melancólica viste
cuando el surah nocturno le dice que se duerma...

Cantaste las murallas de Palma de Mallorca
sus conventos derruídos, sus puertas blasonadas,
y soñaste las horas de cuchillo y de horca
bajo sus alamedas lentas y perfumadas.

Tú, que has vivido vidas de lejanas edades
y has cantado panoplias y lanzas y ciudades
y los grandes brochazos de la tarde violeta.

Tú que has sentido el alma de la paz del desierto
y el alma de los bronces cuando tocan á muerto,
cántale á las ojeras de mi novia, poeta...

III

Sigue siempre esa vida milagrosa y bohemia
toda forjada á ensueños, á gloria y á poesía,

con luz dentro del alma y en el cutis la anemia
de algún Pierrot lejano, bajo la noche fría...

Sigue siempre esa vida triunfante de amargura
de París á Balsora, de Balsora á París,
fingiendo el Caballero de la Triste Figura
con la melancolía de Francisco de Asís...

Sigue, ruta adelante, siempre solo, Jambrina,
buscando—todo—blanco—tu amada Colombina
que tal vez se ha fugado convertida en sirena...

Sube á lo alto y espérame, que llegaré algún día,
con el libro grandioso de mi filosofía...
á mostrarte mis llagas, á contarte mi pena...

Viaje de ensueño

Salir del pueblo un día, bajo una tarde lila
con un cesto fragante de ilusiones doradas,
oyendo el son doliente de alguna vieja esquila
mientras pasan las brisas quietas y perfumadas...

*

Cruzar verdes montañas y llegar no sé dónde,
preguntar el camino que debemos tomar,
y oir el encanto de una voz que responde
más dulce que un crepúsculo y más bella que el mar.

*

Dormir en una fonda, jugar en un casino,
en un corrillo alegre saborear un buen vino
y fumarse un habano como por no dejar...

*

Regresar, á los años, una mañana rosa
y en las piernas blancas de una mujer hermosa
dormirse mansamente para siempre jamás.

Carmen

Y era aquel pueblecito como arrancado de las páginas de una leyenda romántica... Un grupo de casas blancas como palomas, refugiadas bajo la piedad de unas enormes arboledas melancólicas, la cinta de plata del río sonoro que abrazaba el caserío como un cinturón, y á lo lejos, como un fondo de teatro, la magnificencia de las montañas azules, imponentes y soñadoras... Y fué allí, en ese nido de ensueños, donde los pájaros hilaban sus poemas más dolientes, en ese pueblucho de ancianas chimeneas y calles retorcidas, allí fué el drama, efectivamente...

*

Para matar el aburrimiento que me daba mi ciudad, de carruajes y pitazos de trenes, un día de lluvia, cuando el agua se alargaba en sus melodías más aburridas, salí —caballeros de cabalgadura medioeval—á todo andar, dispuesto á meterme en cualquier poblado que estuviera bien lejos de mis calles...

Y caminé... y caminé bajo el crepúsculo y bajo la lluvia, divisando la mantilla de bruma de los caminos que se esfumaban... y al amanecer de un día claro y amigo, detuve mi trajinar en esa aldea, donde mis pupilas vieron el drama, y mientras cantaban los gallos alegremente, sonoramente...

Allí fué dónde la conocí... Como esto hace ya bastante, se me pierden los detalles, creo que se llamaba Carmen... Era una muchachita dulce, de ojos vidriosos y enfermos,

que envolvía la belleza de su cuerpo en la grosería de unos trajes de mendiga, y que, por los atardeceres, vendía violetas... Yo le mantuve un gran cariño; como que me atraen poderosamente todas esas niñas de pupilas dolorosas y perfiles de novela, que van por las calles, vendiendo flores y pidiendo limosnas... Yo le mantuve un gran cariño... Su madre, una señora de mirar apagado que denunciaba un pasado de miserias, hubiera servido admirablemente para una narración psicológica de Eca de Queiroz... Era una paralítica.

A la hora del Angelus, cuando flota una pena sobre las cosas y sobre los seres, pasaba Carmen por mi vivienda, con su cesto de violetas; yo le compraba, para la solapa, ó para que se marchitaran lánguidamente entre las hojas de mis libros; y es desde entonces que yo guardo una adoración por esas flores que parecen tener alma como ciertas mujeres y como ciertas tardes... Un día le dije que era «muy linda», y le tomé una mano, fría y pálida; noté que aquello le producía daño, y jamás volví á hacerlo.

La dejé de mirar por varios días: creí que se había perdido, acaso en las gasas de una madrugada, como se pierde todo á lo que pongo un poco de amor... Y decidí marcharme de aquel lugar tan trágico para mis sueños... Pero una tarde volvió de nuevo con sus violetas y la dulzura de sus ojos; y le pregunté su ausencia: me dijo que se había empeorado su madre, pero que gracias á Dios se mejoraba; que llegara á verlas, allá del otro lado del río, bajo los almendros; la pobrecita sentiría mucho placer...

*

Fué un atardecer de melodías y de seda. Hasta las campanas doblaban más íntimamente, y los pájaros de la selva pusieron un cristal en cada gorjeo. Yo me paseaba distraído mirando curiosamente las lavanderas que volvían del río, olorosas y alegres; de pronto, de una casita metida en árboles, se desprendió una voz harmoniosa y dulce como una brisa marina: ¡Señor, pase á ver á mi madre que se muere...!

Esa voz llegó al estuche de mi alma á despertar ciertas cosas lejanas que dormían: era Carmen... En una

sala miserable, entre sollozos de parientes y almas de vecinos, moría la paralítica, y en sus ojos apagados se veían aletear los últimos fantasmas de la Vida... Un Cristo de marfil, de brazos lívidos y manchados de sangre, dejaba casi su mirada solemne sobre el lecho de la agonizante.

Una ventana de cristales empañados me dejaba ver el jardín: allí estaba Carmen, más pálida que siempre, en una actitud inefable, cortando las violetas, con el cesto inclinado sobre la cintura, donde caían desordenadamente esas flores que parecen tener alma como ciertas mujeres y como ciertas tardes...

Un murmullo flotó en toda la sala: había muerto la señora.

Yo no vi los últimos momentos de la moribunda por fijarme en Carmen, que corrió precipitadamente con el cesto de flores, y en un gesto sublime, y ante el asombro de todos, arrojó las violetas sobre el rostro frío de la muerta que parecía sonreir...

Después, se abrazó á ella, y en una melodía de lágrimas y de gemidos, se quedó dormida, dormida...!

. . . .

Cuando salí, la lluvia parecía que lloraba...



Octavio Rivas y Ortiz

OCTAVIO RIVAS ORTIZ

Nipona

A Justo Pastor Ríos

El iris de un farol con sus fulgores
hiere la sombra del jardín... Na-mi-ko
sueña al roce fugaz de su abanico
en miosotis, paisajes y primores.

. . . .

Müsmé adorable, geisha peregrina,
son para ti los poemas de colores,
las regias lacas, las extrañas flores
y el dulce elogio de la estrofa fina.

Todo un cielo de abril yo te daría
por tu esencia oriental, por tu amarilla
seducción, por la gracia de tu manga;

pues te he amado de lejos al mirarte,
como un prodigio que conserva el arte,
en el cromo de un frasco de Kananga.

Tintas criollas

A Juan B. Delgado.

El humo de la pobre ranchería
al aire extiende su silueta bruna.
El ángelus solloza su elegía
y se arropa en las sedas de la luna.

Con la paz de la plácida alquería
el gris exangüe del zafir se aduna;
y en las cenizas del paisaje, fría,
cae la brasa del sol. Flota como una

indecisión de pálidos temblores
matutinos. Confidencian las flores,
y se acurrucan en su piel fragante.

Hay balidos de expósitos corderos
y en la triste expresión de los senderos
esa nostalgia del viajero errante.

II

Vuelan puntos de luz entre las hojas,
que manos son por véspero enjoyadas,
y un hastío invernal de horas pasadas
salta como un recuerdo entre congojas.

Se va la tarde en sus literas rojas
que enfloraron de tréboles las hadas:
sueña un violín en citas perfumadas,
y un lejano acordeón de voces flojas.

Junto al pozo la chica de alba enagua
hunde el cubo que grita dentro el agua,
y en cuyo fondo su perfil se mueve.

Se borran los zig-zags de las alturas:
se sienten melancólicas frescuras,
y alguien sentencia: vuestra vida es breve!

Verano

Bajo esta gruta de senil boscaje,
donde insinúa su canción el viento,
al fino arrullo del ensueño, siento
como una intensa vida de paisaje.

Una oración de pena en el ramaje
vacila entre el crepúsculo irredento,
y es mirífica gema de algún cuento
el tramonto solar—todo coraje—

Arrebol que se esfuma en el bohío,
la paloma en parábola celeste,
pasa á manera de recuerdo, el río.

Y en ese panorama de pizarra
el tropical Verano—Pan agreste—
toca el pífano hostil de la cigarra.

Brindis

La primavera lustra los árboles sonoros,
haciendo hervir sus rayos como un caudal de oros
en la opulancia activa del parque señorial.

Hay lujo en los follajes. Palpita el amplio día
á modo de una enorme luciérnaga amarilla
que abriese sus dos alas al céfiro estival.

Muge en la hacienda el toro. Revienta ya el jacinto
y aparece más trémulo y hasta más corinto
el crepúsculo agreste que en nieblas va á dormir.

Algo de una lejana naturaleza ignota
me trae perfumes tuyos. ¡Quién pudiera esa nota
de esencias, en el alma, recogerla feliz!..í

Yo á mis tristezas vuelvo. La primavera olvido;
y de tu llanto, ajenjo por mi ansiedad sorbido,
tomo una copa, y brindo por tu nostalgia gris.

Esteros de Corinto

Como artístico búcaro de gala
que milagroso irradia en su florero,
prisma el amanecer, que se resbala
sobre los vidrios rotos del estero...

Nido de sol, desplegamiento de ala,
iris en los manglares prisionero,
ó una fantasmagórica bengala
en cuyo corazón vive un lucero.

Maravilla de lírico paisaje,
diafanidad de estanque de miraje,
fresca ilusión de mágico espejismo!

Que bajo el gran plafond de porcelana
va naciendo del agua otra mañana
como si fuera un encantado abismo.

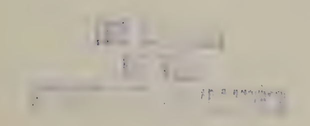
Deseo

(Idea de Rusiñol)

Nada mejor que hallar tras de la impía
lucha del mundo, cuando el alma rueda
en la Nirvana azul, una sombría
gruta en el fondo de la selva fría,
musgosa, oculta, cristalina y queda...

¿Qué lecho había, fantástico, escondido,
como un estanque donde el agua oscura
es mortaja ideal, rincón florido,
donde yerlo se vive adormecido
por la ninfa del sueño en la verdura?

¡Paisaje de recóndito misterio
en el que lloran de piedad las rocas;
quién pudiera, de Dios bajo el imperio,
dormir en ese agreste cementerio
como arropado en cristalinas tocas!





Rigoberto Gutiérrez

RIGOBERTO GUTIÉRREZ

Matinal optimista

A Filadelfo J. Núñez

Amanece. Yo estoy solo en la playa.
Una garza como un copo de espuma
cruza el impecable azul. Todo calla.
Y el sol, fina y hierática medalla,
rompe un espeso cortinón de bruma.

De la lejana ermita, adormecida,
se desprende risueña é ideal,
una frase de amor para la vida:
la canción matinal.

¿Qué dirán las campanas
á los pulcros rosales
en las bellas mañanas
primaverales?
¿Qué dirán las campanas?

¡Cómo vuela en la brisa
epifánica y leda
la canción matinal!
Suavemente desliza

su caricia de seda
en la hora cordial.

Y al oir sus arrullos
no sabe el corazón
si la canción perfuma á los capullos
ó las rosas perfuman la canción.

La canción matinal me dejó lleno
de una amable intención de nobles cosas;
florece en mí el deseo de ser bueno
como los ruiseñores y las rosas!

Mañanita nupcial, dulce mañana
presentida hace tiempo en mi camino;
mañanita nupcial, como una hermana
deseada por tu bálsamo divino,

me encontraste doliente, me encontraste
cultivando un capullo de quimera;
pero llegaste tú y me dejaste
toda la gloria de una primavera.

. . . .
. . . .

Abandono la playa
que dejó en mi alma una encantada
maravilla de ensueño. Voy soñando en amores.
Cuestiónanme al pasar todas las flores.
¿Será que tú ya vienes, Adorada?

Cupresina II

Un año después que doña Lola
de Abaúnza partió al cielo.

Yo no sé cómo pudo morir. Era tan buena,
tan misericordiosa, y siempre tenía
para cada dolor una blanca azucena
de ternura, que hasta el ruín la bendecía...

No sé cómo partió. Dolientes nuestras manos,
al cielo suplicantes, se alzaban por su vida...
Mas cruzó una tarde los límites humanos
siendo por las Siete Virtudes conducida!

Discreta profesora de modestia. En su senda
florecían los lirios de las nobles pasiones;
y, como en una bíblica y fragante leyenda,
de sus labios volaban solamente oraciones!

Oh, mi hermana... ¡Oh, madre!... Tu desparecimiento
marchitó los capullos de mi rara alegría;
en mi alma de niño hubo un desgarramiento
y se hizo más tremenda mi gran melancolía.

Oh, mi conducidora por los buenos caminos...
(¡Cómo mi santa madre en ese blanco anhelo!)
Con sus frases austeras y su voz de consuelo
moderaba las hieles que nos dejan los vinos
que sorbemos en todos los recodos del suelo.

. . . .
. . . .

No sé cómo partió. Dolientes nuestras manos,
al cielo, suplicantes, se alzaban por su vida...
Mas cruzó una tarde los límites humanos
siendo por las Siete Virtudes conducida!

El encuentro

A Juan B. Avilés, fraternalmente.

Y será en una tarde florecida y tranquila,
cordial y buena como una hermana mayor,
mientras que de la ermita, dulcemente, la esquila,
de la brisa en los tules borde ingenua canción.

Marcharé indiferente en el largo camino
apacible, decorado de rosales en flor—,
pensando en el milagro de algún verso divino
que deleite y embriague como añejo licor.

Habrá una frágil fuga de blancas mariposas,
una fragancia tenue de azules tuberosas
y una charla de pájaros en la paz del sendero;

Destejerá arrullosa maravilla una fuente...
Marcharé pensativo, marcharé indiferente...
¡Y será en ese instante nuestro encuentro primero!

Hermano...

Para Alberto Ortiz.

Hermano de los blancos ibis, de las cigüeñas,
y de las golondrinas que signan el azul
con las frágiles rúbricas de sus alas sedeñas;
amador de las rosas de la regia Estambul;

¿Qué triste sortilegio te impuso la condena
de no dormir dos noches en la misma región?
Pero rumías aplausos porque engañas tu pena
con el galante elíxir de tu dulce canción.

Vanamente he querido en mis horas febriles
descifrar cual un mago las leyendas sutiles
de tus gitanerías y tu intensa pasión...

He consultado kábalas y sabido con pena
que un triste sortilegio te impuso la condena
de no dormir dos noches en la misma región.

Tus versos...

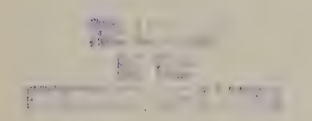
A Lisímaco Chavarría.

Tus versos, cincelados é impecables, Poeta,
el espíritu tienen de un parque florido;
tal vez en ellos vive la fragancia discreta
de las bellas mujeres que te han sonreído.

Tus versos fingen una gallarda primavera:
en ellos hay trinares y vuelan mariposas
y revientan capullos... Si yo novia tuviera
le enviaría tus versos como un ramo de rosas.

Maravillosamente en tu estrofa divina
hay sutiles prodigios: una amable neblina
oculta el sugestivo misterio de las cosas.

Y cual por un milagro la princesa Quimera
nos lleva á su castillo... ¡Si yo novia tuviera
le enviaría tus versos como un ramo de rosas!





José T. Olivares

JOSÉ T. OLIVARES

Terebintos

Alma mía, tú no eres ya la misma,
sin luz y sin fragancia.
Cruzaste la amargura del calvario,
subiste con las carnes desgarradas;
pasaron los tres días
y aún estás en la fosa, inanimada.
No esperes que sumida en el sepulcro
se levante tu lápida,
y que al cielo, como una mariposa
beatífica te vayas.

Es muy triste, alma mía, tu evangelio;
muchas noches del huerto
has tenido caídas y lanzadas;
que tréboles brotaron á tus plantas;
mucha hiel y vinagre;
el pesado madero á las espaldas:
y ninguna Verónica afligida,
ni una Magdalena apasionada!

Alma mía, tú no eres ya la misma:
en que fuiste como una religiosa
ya quedaron muy lejos las mañanas
ébria de fé, resedas y campanas!

Angelus

Propalando los bronces como hazaña
el toque vesperal, tiritó el viento;
y se hincaron las monjas del convento
con esa vieja devoción de España;

Precipitóse la apariencia extraña,
igualándose á un traje el firmamento,
como al de la princesa de algún cuento
y al sulfato de cobre la montaña.

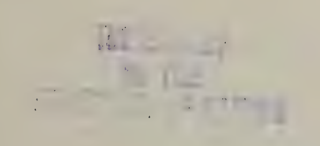
La bella Sor Inés, con su breviario
de marfil, meditó en el necesario
pecado original; y en la amargura

Del dios-mártir de cíngulo amarillo,
vió el atrevido afán del monaguillo
con la ocasión de la capilla oscura.

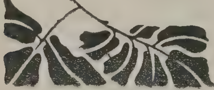
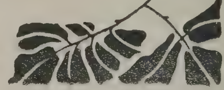
Flores del mal

Este libro
que es tan claro y tan sincero,
es un vaso azucarado
de veneno;
es un pomo de perfume y de perfidia
con luzbélicos destellos:
es sensible y tiene sangre,
y una mueca de locura que da miedo...
Y daría un grito agudo
si se echara en un brasero.

Este libro
que emborracha como ajenjo,
que es un rey descoronado
por lo triste y por lo austero,
tiene páginas de gloria,
tiene efluvios de asfodelos
y mandrágoras exóticas;
tiene símiles sus versos
que definen bruscamente la actitud
y el disgusto del histérico.
Forman estas hojas blancas
que ha manchado el pensamiento,
una selva de reptiles y de pájaros
intrincada de verdura y de silencio.
Estas hojas
como un ramo de beleño,
huelen mucho y hacen daño,
hacen daño en el cerebro.
Y parecen las figuras dolorosas que contienen
sus diabólicos ensueños,
como flores de canela
engendradas en el cieno...
Este libro vive pálido de una pena inexplicable,
este libro vive enfermo.
y es muy dulce y es amargo...
y es muy malo y es muy bueno.



Luis Angel Villa,
que se suicidó
el 20 de Julio de 1906

LUIS ANGEL VILLA

*

¿Será una bella hetaira del pasado
ó alguna bailarina del presente?
En su cuerpo gentil, semivelado,
como sierpe, el Deseo está enroscado
destilando veneno por su diente.

Pasionaria

¡Qué pálida la tarde! me parece
que hay en ella nostalgias infinitas,
que hay en ella deseos incolmables
de esos que en mi alma soñadora, habitan.

¡Qué lánguido el crepúsculo y qué triste!
¡Cómo hermanáis á las tristezas mías
opalescencias ténues del ocaso
con lívidos colores de agonía,
conjunción luminosa que se apaga
como un paisaje sideral en ruinas!

Saturada de amor y de ternuras
hasta parece sollozar la brisa;
y las aves, felices en sus nidos,
me parece que lloran cuando trinan;
y escucho que se quejan cuando pasan
volando, las viajeras golondrinas...
Tal vez vayan muy lejos y no vuelvan
porque algunas van solas y perdidas.

A una estrella que surge temblorosa
los vapóreos encajes la cobijan,
como á virgen ideal que se desmaya
al sentir la emoción de una caricia...

Para adornar la tumba melancólica
del lumínico Rey que incendió el día,
en el jardín del cielo brotan rosas,
pero nacen enfermas y marchitas.
¡Oh, las pálidas rosas del crepúsculo
que el alma del que sufre simbolizan!
¡Oh, los pálidos lirios de la altura,
como espíritus solos que meditan!
¡Oh, las pálidas flores de la tarde
que al beso de las sombras agonizan!

. . . .

Mejor quiero soñar, las ilusiones
son risueños oasis de mi vida,
quiero olvidarlo todo, estoy enfermo
y esta vaga tristeza me aniquila.
Yo, que llevo en el alma muchas penas,
que sin piedad me hieren las espinas,
sólo encuentro un consuelo que me salva,
sólo encuentro un consuelo que me alivia,
y es pensar en mi amada, es el recuerdo
de mi inocente y bella virgencita.

Sólo así soy feliz. Las ilusiones
en vistosos enjambres me visitan,
y en la góndola blanca del ensueño,
al compás de ignoradas armonías,

me dirijo, bogando con mi novia,
al soñado país de las delicias...
Un simbólico cisne—flor de nieve—
con sus rítmicos vuelos se aproxima,
cariñoso, de lo alto nos contempla
y extendiendo sus alas, nos cobija...
Y yo estrecho las manos de mi diosa
con indecible amor entre las mías,
y envuelto por la luz de su belleza
y mirándome mucho en sus pupilas,
le digo mis secretos ideales,
la arrullo blandamente con mis rimas!

¡Cuántas veces mi espíritu ha gozado
con célica visión de luz circuida,
y á los pálidos rayos de la luna
me parece mirarla pensativa!
¡Cuántas veces le he dicho, en sueños de oro,
que por ella la gloria alcanzaría,
y que su casta frente de alabastro
los laureles del triunfo ceñirían!

*

¡Oh, virgen blanca de cabellos blondos,
estás en plena aurora y se iluminan
las rosas de tus quince primaveras
con los fulgores diáfanos del día!
¡Oh, la dulce princesa de mis sueños,
la Estrella solitaria que me guía,
que me señala el norte en mi camino
y que en mis noches tenebrosas brilla!
¡Oh, mi dulce princesa, si tus ojos
alguna vez mis versos iluminan,
verás que en ellos puse toda el alma,
conoce mis tristezas y alegrías.
Si los pétalos albos de tus manos,
de este libro las páginas registran,
sentirás que mis versos se estremecen,
porque llevan la esencia de mi vida.
Y por ellos sabrás lo que no sabes,
lo que mis labios nunca te dirían,

porque á mí me da aliento la esperanza,
y un desengaño cruel, me mataría...
Y por ellos sabrás que de doquiera,
aunque la suerte adversa me persiga,
te mandaré suspiros en las auras,
te mandaré mis besos en la brisa;
y por ellos sabrás que cuando el Cielo
del mundo de los vivos me proscriba,
será tu nombre la postrer palabra
que ha de sellar mi eterna despedida;
y por ellos sabrás que cuando muera,
cuando se rompan de mi sér las fibras,
harás feliz á mi alma si deshojas
sobre mi tumba, blancas margaritas!...

*

Perdóname, mi bien, estoy enfermo
y esta vaga tristeza me extravía;
quise notas de amor, notas azules,
y brotaron sollozos de mi lira.
Perdóname, mi bien, tal vez ignores
lo que sufren las almas que deliran,
y este ramo de oscura pasionaria,
regado con mis lágrimas, te diga
lo negro que es la duda cuando se ama,
lo amargo del dolor si nos olvidan!

RAMÓN MAYORGA RIVAS

Pecadora

Antes no eras así. Tú eras humilde,
y hoy eres orgullosa;
el pudor te encendía las mejillas,
y hoy te las pone la lascivia rojas.

Dí, ¿qué tienes? Profunda es tu mirada;
¿por qué estás ojerosa?
Están rojos tus labios y están húmedos,
incitando á los besos... ¡tú eres otra!

Yo todo lo alivio. Con el alma
hago luz en la sombra;
tus noches me revelan sus misterios,
y ya sé que te has vuelto pecadora...

Venus púdicas

I

El agua en el estanque está dormida
y la coronan pétalos de rosa,

á la indecisa claridad hermosa
de una aurora triunfal que vierte vida.

Se dejó para el baño prevenida,
límpida, y enflorada y olorosa,
y ya llega la niña pudorosa
al borde del estanque, desvestida.

Toca la linfa con el pie, y al frío
beso que siente, á echarse no se atreve;
mas al mirar en el boscaje umbrío

que la contempla un cazador aleve,
de pronto entrega al estancado río
su cuerpo virginal de rosa y nieve...

II

En lindo camarín color de rosa,
que ornan Cupidos y querubes, ella
como Venus Desnuda, pura y bella,
sobre un diván espléndido reposa.

Dormida, su alma vuela presurosa
hacia un ideal lejano que destella
una amorosa luz como de estrella...
mas de pronto despierta temblorosa;

y enfrente ve en un lienzo retratado
á un joven dios, risueño, que la mira
y que parece hablarle enamorado...

Ella da un grito, mas después suspira,
y de su desnudez el gran tesoro
cubre veloz con sus cabellos de oro!

Vino rojo

Rebosaba en las copas cristalinas
el rojo vino; y al chocar mi copa
con la tuya, sentí cual la caricia
de un beso tuyo en mi sedienta boca.

¡Tenía ansia de amor! El néctar rojo
tu amor simbolizaba... lo bebimos,
con delicia los dos, á grandes sorbos,
hasta agotar el encantado vino...

¡Vacías han quedado ya las copas!
te invito con el vino á rellenarlas;
mas si en la tuya viertes risas locas,
debo en la mía derramar mis lágrimas!

MANUEL MALDONADO

Después de la boda

¡Qué fresca y qué lozana!
si pareces Chepita una manzana
teñida por un rayo,
pero un rayo de púrpura y de grana
de esos que vierte un sol del mes de Mayo.

Tus mejillas así... medio rosadas...
y tus labios así... medio encendidos...
cual si fueran rubores escondidos
ó asomos de alboradas,
muy bien podrían, sin mayor empeño,
sumergirle á cualquiera los sentidos
en el vago deleite de un ensueño.

¿Y sabes lo que son esos rubores?
Te lo diré. Mientras Cupido exista
ese Dios juguetón, divino artista,
que cuanto ve lo inunda de fulgores
y lo que toca embellece y dora,
El, para dar sus mágicos colores,
no necesita de carmín ni yeso,
sino que escoge por pincel el beso
y lo empapa después en luz de aurora.

Tú, Chepita, que sueles
ostentar muchas veces arrogante,
tus mejillas de raso palpitante
impregnadas de sangre y de claveles,
me atrevo, es claro, á deducir por eso,
que el Gran Artista, que el Amor Travieso
en medio de sus dulces humoradas
el rostro te ilumina á pinceladas
con el pincel suavísimo del *beso*.

En el álbum de Violeta

I

Que no te extrañe, amiga,
mi franqueza, tal vez tú no lo sabes,
y es falta de modestia que lo diga,
pero suelen decir que los poetas
son como algunas aves,
que en cuanto ven destellos matutinos
ó aspiran el olor de las violetas
saltan gozosas y al volar inquietas
echan del buche su raudal de trinos.

Por eso es natural que yo te cante,
pues una noche que aspiré tu aliento,
sentí vagar en el cendal del viento
una esencia embriagante,
pero tan vaga, pura y misteriosa,
que yo no pude descifrar, Natalia,
si era perfume de jazmín de Italia,
ó era de lirio, de violeta ó rosa.

Y vi también tus ojos. Su atavío
era el fleco sombrío
de unas largas pestañas. Los destellos

de tu mirada espiritual, tranquila,
al través del negror de tu pupila
brillaban, como brillan los cabellos
de los rubios querubes
que asoman la cabeza entre las nubes.
Sí, tus ojos rasgados, voluptuosos,
negros y soñadores,
ojos que se complacen
en derramar consuelo,
y que al verlos así, tan luminosos,
cualquiera te dirá que son dos flores,
pero flores de luz, de esas que nacen
en el jardín espléndido del cielo.

II

Para concluir te contaré de paso,
hoy que el recuerdo á mi memoria llega,
lo que nos dice una leyenda griega
hablando de una fuente del Parnaso.
La fuente de Castalia. Entre sus linfas
se revuelven las musas con las ninfas,
y con ellas también mojan la frente
los heroicos poetas: en seguida,
tras la fresca humedad, brota en la mente
la inspiración ardiente,
y el mustio corazón se hincha de vida.

Yo, que el ajenjo del fastidio bebo;
yo, que guardo una lira enmudecida;
yo, que dentro el pecho un mártir llevo
á quien la duda pérfida devora,
olvido por ahora
esas penas ocultas que consumen,
y al sacudir las alas de mi numen,
y al refrescar mi frente abrasadora
con la húmeda fragancia de tu aliento,
parece que alborea el pensamiento,
y hasta llego á soñar que soy poeta,

y es porque tú, Natalia,
infundes esa inspiración secreta
de la sagrada fuente de Castalia.

Paloma

He hecho de mi cerebro
un nido para ti, paloma,
para que vivas en él,
sola... solita... muy sola.
Canta siempre que se abran
los párpados de la aurora,
canta paloma y arrúllame
con tu bandurria armoniosa,
esa bandurria que llevas
en tu garganta redonda.
Sacude tus blancas alas,
tus tersas plumas esponja,
para que brote y se exhale
un suave y mágico aroma,
ya que tus plumas son hechas
de albos pétalos de rosa;
quiero aspirarte, mi vida,
quiero saber lo que es gloria,
sacude tus blancas alas,
tu olorosa pluma esponja.
Nunca abandones tu nido,
¡ah! porque si lo abandonas,
vendrá el olvido en seguida
el olvido que es la noche,
con su inundación de sombras,
la noche de la memoria.
Vendrá el cierzo, y esa rama
en donde tienes tu alcoba
se desgajará del árbol,
y cuando vuelvas, paloma,
ya no encontrarás el nido,

ni árbol, ni rama, ni aurora,
sino el desastre y el duelo,
plumas revueltas con hojas
rodando en el torbellino
así como van las ondas;
y el olvido, ese gran cuervo,
que los recuerdos devora,
tenderá sus negras alas
su cortinaje de sombras,
¡ah qué lóbrega es la noche,
la noche de la memoria!

Album íntimo

Para mí, lo eres todo, vida mía,
la única flor de perfumado broche,
el iris que adornó mi fantasía,
el reflejo más diáfano del día
y la estrella más pura de la noche.
Sí, porque al ver la frente de la aurora
con la tuya me he puesto á compararla,
y se me han parecido tanto, tanto,
y son las dos tan tersas y tan claras,
que en ella miro bucles de tu pelo
y en ti contemplo sus etéreas gasas.
. . . .
. . . .

Y cuando el sol cruzando la alta bóveda
tiende su manto de oro que es el día,
con fluído de sus rayos
las flores resucita
alzando el tallo mustio
que lánguido se inclina;
y así también encantadora sílfide
cuando con dulce timidez me miras,
mis flores arrugadas

dolientes y marchitas,
mis esperanzas muertas
mis desmayadas fibras
al beso de tus ojos
yo siento que palpitan.

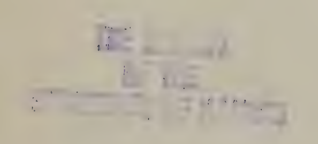
. . . .
. . . .

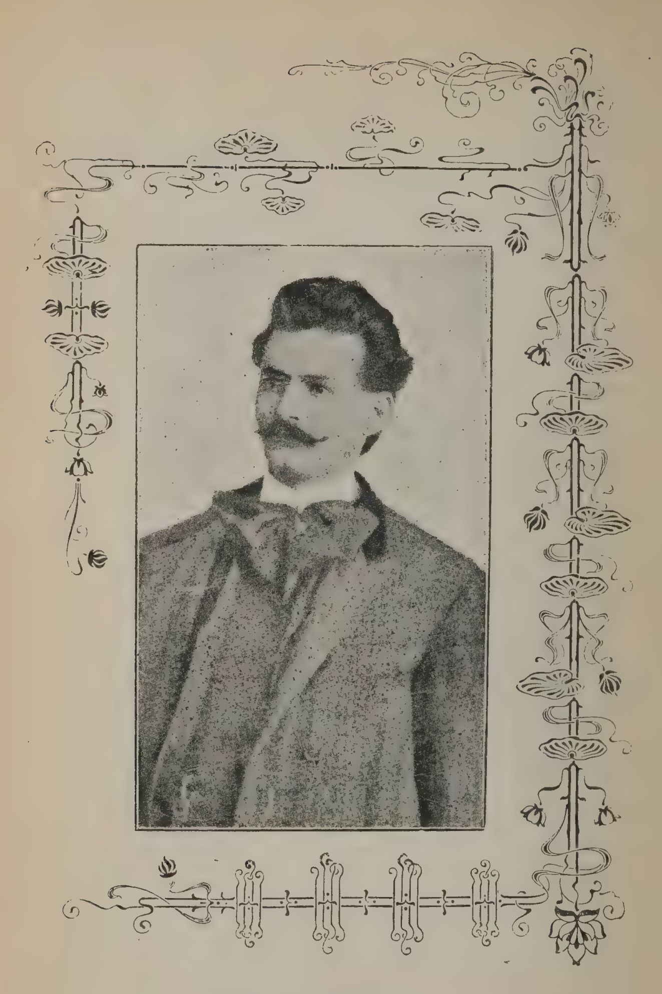
Cuando se tiñe la tarde
con sus colores sangrientos,
se me parece á tu rostro
por esos labios bermejos;
y si su faz encarnada
se cambia en pálidas tintas,
para qué mirar al cielo,
si abajo están tus mejillas.

. . . .
. . . .

Cuando en las noches serenas
áureos luceros titilan,
y absorbe mi pensamiento
su multitud infinita;
cuando contemplo que aquellas
masas inmensas que brillan
en la oquedad del espacio
apenas son unas chispas,
siento que allá en mi cerebro
muchas ideas se agitan
cual si fueran otros mundos
que incesantemente giran:
y en vértigo delirante,
y en transformación divina,
yo me olvido de la tierra
y tiendo el vuelo hacia arriba
y entonces... cierro los ojos...
y entonces... duerme la vida...
mas si en medio de ese sueño,
llega tu imagen bendita
á abrazarme con las llamas
del fuego con que me miras,
veo apagarse las luces

de las celestiales chispas,
y entonces... abro los ojos,
y se despierta la vida;
y me olvido de los cielos
y de esos mundos que giran,
porque para mi alma oscura,
más que los luceros, brillan
en el cielo de tus ojos
esas dos negras pupilas.





Solón Argüello

SOLÓN ARGÜELLO

Como obedeciendo á un signo...

Qué de inviernos
desfilado han ya, Dios mío,
desde que dejé mis predios
como obedeciendo á un signo
de los Vientos.
Y hoy he tornado á mi pueblo;
mas nadie me ha conocido.

Hoy he tornado. Qué frío
(como un pájaro grotesco
y maligno)
se ha presentado á mi encuentro;
y aletazos y graznidos
oí, cual nuncio tremendo.
Qué frío, buen Dios, qué frío...

Un gato viejo, muy viejo,
perezoso, bruno, bizco,
hallé al entrar á mi huerto.
Sus maullidos
largos, lentos,
lúgubres, eran fatídicos
saludos de un ruín espectro.
Qué frío, buen Dios, qué frío
se ha presentado á mi encuentro.

«Nadie» parece que han dicho
cuando llamé; y repitieron
«nadie» fúnebres sonidos
con horripilantes ecos.
Las chicharras y los grillos
y un buho anciano y siniestro
como cínico,
(adormilado en el techo
vetusto y casi derruído)
«nadie» también me dijeron.
Qué frío, buen Dios, qué frío
se ha presentado á mi encuentro.

*

Como obedeciendo á un signo
de los Vientos
y con andar de piés rígidos,
tomo el camino de nuevo;
el camino
que, cruzando el cementerio,
me llevará hacia el exilio.

No ha descansado en mi pueblo
mi dromedario tardío;
bajo su sombra un momento
no se ha visto;
y ni los gárrulos versos
de sus fuentes, ha oído.

Al pasar frente á los muertos
mis orejas cubro altivo,
mientras cierro
los ojos. Y raudo sigo
sin volver atrás mi tétrico
rostro lívido.
(¡Cual de Lot la mujer, puedo
trocarme en piedra, si miro:
y como Ulises, oyendo,
perder rumbo á mi navío!)

No haré tal. Iré muy lejos
solitario y pensativo;
y pasaré el cementerio
sin temor ni escalofríos.
Y proseguiré impertérrito,
como obedeciendo á un signo
de los Vientos...

MANUEL TIJERINO

En la floresta

Para L. Montalbán.

Recorriendo boscajes familiares
miré tu desnudez bajo la fronda
y sentí á mis labios saltar la onda
de besos para darte tus collares.

Perdido entre corolas de azahares,
de rosáceo color, dés tu redonda
garganta hasta tus muslos ¡oh Gioconda!
s'enreda tu viñedo de lunares.

¡Oh reina de las rosas veraneras!
con el felino amor de las panteras
prendieron sus pupilas los silenos,

Y al contemplar tu desnudez les plugo
soñar en embriagarse con el jugo
que palpita en las uvas de tus senos.

YO

Yo busco luz y no hallo la luz en mis cantares,
hendiendo la inclemente neblina en que me pierdo;
mi vida es el reflujo y el flujo de los mares;
mi nave la constancia; mi brújula el recuerdo.

—

Movible á todo soplo yo voy como las hojas
volando á ras del suelo llevadas por el cierzo;
cargando sólo quejas, recuerdos y congojas
soy un minero, y busco la mina de mi verso.

—

En las rituales horas de celebrar mi misa
conduzco á los saraos mi máscara de risa
rezo al sagrado ídolo que en no escucharme insiste;
y río y canto y bailo, mas siempre vuelvo triste.

—

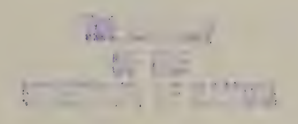
Mi pensamiento salva, como un pájaro errante
profundidad de piélagos y en otra playa espera;
mi norte es un lucero de luz agonizante;
mi amiga la Tristeza, mi novia la Quimera.

—

Los ojos me trastornan; las bocas m'envenenan;
estudio ambigüedades, promesas, desengaños
y hay brazos albaicentes que siempre me condenan
á maldecir los crudos inviernos de los años.

—

Me juzgan frío y siento la fiebre del delirio;
me creen alegre y siento mortal melancolía,
porque mi Fé ha sufrido—la santa—su martirio
y mi Esperanza vive—la loca—todavía.





Lino Argüello

LINO ARGÜELLO

Profética

Enfermos de una época
que á fuer de decadente es muy artista.
El poeta melenudo
que tiene agujereado la morfina,
que de ajenjo se harta y que mañana
se le antoja colgarse... ¡y no medita!

La damisela rubia
y flaca como una espina
con olor á coñac y con pistola al cinto
que juega al base-ball y que recita
y lee los folletines en los trenes
por no ver el paisaje que fastidia.

La vida aristocrática
que por las antinomias de la suerte
degeneró en borracha ó en hetaira.
Enfermos de una época
audaz en que el banquero versifica,
ya os cantará la estrofa
sin metro, sin candencias y sin rima!

Míos

Mía... es la luciérnaga que ronda
sobre el cadáver de la tarde muerta
en el invierno, con la luz incierta
de alguna estrella pensativa y honda.

Mío... es el rayo de luna que en la fronda
vibra y se quiebra sobre la hoja yerta
ó que en la playa lánguida y desierta
penetra en las entrañas de la onda.

Todo lo que en misterio se resuelve:
el Alma, que enigmática y suprema
nace en la nada y á la nada vuelve.

Y sobre todo, sobre todo es mío
el desarrollo mudo de la gema
y el invisible genio del Hastío.

Deseo

Dame la copa del ajenjo, glauco,
que da el licor amargo.
quiero tener esos horribles sueños

O bien dame tus labios, Tierna mía,
qué dulce debe ser y mareante
el vino de esa viña.

O dame á Baudelaire, al que en las «Flores
del Mal» dejó su alma;

al que puso en la piel de la caricia
como el sudor, la lágrima;
quiero aspirar el delicioso aroma
que es espíritu y carne;
con vino, con amor y con nostalgia,
pero quiero embriagarme!

A una Triste

Mi alma es imagen del azul nocturno
con pensativas tintas de violeta,
un suave azul de ojera donde flota
gemela de la luna: mi Tristeza.

Y tú que eres artista y que eres diáfana
y que sabes de luto y que sueñas,
tienes un alma así como un remanso...
y tímida y sutil como una estela.

Adormece tus ondas cristalinas;
para que suba tu esperanza enferma
yo tenderé mis nácares dolientes
como una escala de Jacob, sobre ellas!

A una artista

El alma es un piano:
tiene su tecla blanca: la del Sueño;
tiene su tecla negra: el Desengaño!
Cuando miro arrancar las armoniosas
notas azules de tus dedos blancos,
mi alma sumisa á los contrastes, hecha

para adorar lo inmensamente raro,
medita con placer en las distintas
notas que hicieron tus liliales manos
sobre la tecla blanca: la del Sueño,
sobre la tecla negra: el Desengaño!

En viaje

El retorno ha de ser cuando me muera;
que de eso tengo ya un presentimiento.
No volveré, mentira!... Si tu acento
me llama... sí, tal vez, espera... espera!

No asistiré á la dulce Primavera;
en tu rosal oirás como un lamento.
¡Cómo estaré de pálido y friolento
allá... bajo mi lápida extranjera!

Será una noche como todas. Una
noche en que hablando estés de mis antojos.
De tus hermanas me verá ninguna.

Tú quedarás de pronto pensativa,
y en el instante de volver los ojos
sorprenderás mi sombra fugitiva...

A un ciprés

¡Oh doliente ciprés! Cuánto has vivido
junto á una tumba que olvidada existe,
en donde sólo por piedad persiste
el lloro de tus ramas desprendido.

¡Oh doliente ciprés! Ni un sólo nido
con harmonías tu existencia viste,
si el viento hiere tu ramaje triste
parece que te arranca algún gemido.

¡Quién pudiera mirarte indiferente
cuando alzando tu queja á los serenos
cielos, yergues la copa dulcemente!

Consuélate, ciprés: aunque te causa
un inmenso pesar; pero tú al menos
alientas el calor de la esperanza!

Signo

Mediodía en el páramo
sobre cuyas arenas melancólicas,
febril, la pierna arrastro.
El pie sin un refugio en la escabrosa
senda, desamparado,
traza una huella roja.

¡Sin norte y sin sandalia
voy desnudo en el páramo;
los ímpetus del viento me quebrantan;
como midiendo la extensión, el paso;
por la senda, sin rumbo, á la ventura
voy solo, cabizbajo!



Juan R. Guerra

JUAN R. GUERRA

Don Juan Tenorio

Te vi en el camposanto,
de pie sobre una lápida,
leías con glacial indiferencia
y con sonrisa vana
la piadosa inscripción que sobre el mármol
la gratitud ó el amor grabaran.
y yo que te conozco,
yo, que llevo,
por tu falsía el alma emponzoñada
pensé: que nunca el Arte
de las duras canteras de Carrara
sabría modelar para una tumba
tan sugestiva y tan soberbia estatua,
como esa estatua espléndida:
tu cuerpo,
de alabastrinas galas
pero sin corazón, como las otras
que coronan las losas tumularias.
¡Tu escultórica imagen
de pie sobre una lápida,
con la mirada indiferente y fría
y la sonrisa vana!

Puesta de sol

Esfumaba en Oriente sus fulgores
el esplendor del moribundo día;
el céfiro sus alas descogía,
y velaba la niebla los alcores.

Ensanchada su banda de colores
por el zafir el iris extendía,
y la extática tierra enmudecía
el clavicordio de sus mil rumores.

En tanto... allá, tras los brumosos velos.
incendiando al rasgar la blonda gasa
con que Vesper decora sus altares,

desde el alto incensario de los cielos
el sol caía, como inmensa brasa
¡á apagarse en el seno de los mares!

Canto azul

Para el Doctor Félix Quiñones

Amo lo azul; amo el tono
de esa inmensidad augusta
de lo eterno y lo infinito,
que del Arte y la Natura
consagra con su albo sello
las creaciones taumaturgas.

Amo lo azul... Esa lumbre
que allá en el cielo fulgura,
do limpio timbre de Italia,
más la abrillanta é ilustra.

Luz que en el trópico ostenta
como prez la celeste urna;
por la que el añil indiano
al bello zafiro emula,
y que en ojos soñadores
la tierna mirada incuba,
que lanzan de sus pupilas
del Rhin las vírgenes rubias.

Luz que en la gama del iris
con sus fulgores deslumbra,
occiduo esplendor del verde,
y del turquí aurora lúcida.

Amo lo azul... Ese tinte
del mar, si apacible ondula,
que esmalta el líquido espejo
de la dormida laguna,
y el humo que en vagarosa
y sutil espira fuga,
perforando el claro ambiente
hasta perderse en la altura.

Que tiñe la blonda aérea
de los flecos de las brumas;
los imprecisos paisajes
del día á las luces últimas,
y en las vagas lejanías
la erecta montaña abrupta...

Amo lo azul en la maga
policromia de las plumas;
en la campánula agreste
que ufana el aura columpia;
en esos pétalos vivos
que por el éter pululan...

y en la vena tentadora
que la sien radiante cruza...

Azul es el tierno idilio,
la dulce noche de luna,
el manto de las madonas
y la inspiración fecunda...!

¡Gloria á lo azul! ¡Gloria eterna!
¡Mil veces salve! ¡Aleluya!
al color que más me encanta,
al color que mi alma adula;
al color que en los blasones
dice lealtad y dulzura;
al color de los cantares
que entona mi pobre guzla;
al color de la bandera,
la bandera noble, altiva;
en fin, que á mi patria escuda:
la bandera alba y azúrea
de Nicaragua, la tierra
donde se meció mi cuna!

¡Déjame así...!

¡Déjame así, con mis tristezas hondas
devorar en silencio mi dolor;
déjame así, con mi implacable suerte
destrozado sentir el corazón!
¡no quieras, no, que busque algún consuelo
en otro nuevo, inconcebible amor;
déjame así, que en vano podrá nunca
en mi pecho alentar otra pasión!
¡no quieras, no, que amargue mi existencia
con más gotas de hiel; no quieras, no!
¡Quiero vivir muriéndome por ella!
¡Déjame así, déjame así, por Dios!

Noche de luna

¡Cómo el cielo está brillante!
¡Cómo la tierra está en calma!
Todo duerme en el misterio
de la dulce noche clara;
lúgubres son los rumores,
mágicos los panoramas.
En miriadas las estrellas
el cielo diáfano esmaltan,
cual de Dios la augusta túnica
de diamantes recamada.
La luna apacible boga
por el zafir do resbala,
como prora de alabastro
en mar de dormidas aguas.

En la noche silenciosa
la ciudad yace fantástica,
como vasto cementerio
bajo un sudario de plata;
de sus altos minaretes
las cúpulas argentadas
en el éter se proyectan,
como tétricos fantasmas.
Sólo á momentos el eco
de monótona campana
ó algún lúgubre graznido
turba la apacible calma.

En la selva rumorosa,
como en encantado alcázar,
los arpados ruiseñores
himnos melódicos cantan,
y tiemblan en el follaje
cortinas de filigrana,

El viento gime en la hojosa
espesura de las ramas
do al pasar cantos preludia,
como en eólicas arpas,
y suspira cuando besa
la corola nacarada
temblando de amor, como Hércules
rendido á los piés de Onfalia!

El ambiente se perfuma
con los alientos del aura,
coquetuela, peregrina
que se embriaga con el ámbar
de los cálices abiertos,
como odoríferas ánforas.

Parece oirse en el éter
rumor de invisibles alas,
ecos de dulces suspiros,
besos de silfos y hadas,
y las endechas que el sauce
rima en las mortuorias lápidas,
y las quejas que murmura
al columpiarse, la palma.
Parece que se oye el eco
dé perdida nota vaga,
como el último concento
de celeste serenata,
y que flotando en las ondas
de la atmósfera argentada,
finge, quejumbrosa y tierna
la Ofelia doliente y náufraga.

¡Cuántos ósculos dormidos!
¡Qué transparencia de lágrimas!
Y las almas soñadoras,
¡qué tristes y solitarias!
¡Cómo gimen sollozantes
melancólicas nostalgias
de quimeras engañosas,
de recuerdos y esperanzas!

¡Ay, las ilusiones muertas!...
¡Ay, los días de la infancia!...

. . . .

¡Cómo el cielo está brillante!
¡Cómo la tierra está en calma!
Todo duerme en el misterio
de la dulce noche clara!
¡Cuánta luz en el ambiente!
y ¡cuánto amor en el alma!

Cabellos rubios

Cabellos de luz boreal
con visos de tornasol;
cabellos color de sol
en el zénit tropical;
cabellos que en espiral
fingís áureo caracol,
¡sed un brillante arrebol
en la aurora de mi cielo!
¡Cubridme con vuestro velo,
cabellos color de sol!

—

Cabellos... dorada mies
que la estiva aura tremola;
cabellos que sois aureola
de sienes de nívea tez;
vuestra maga esplendidez
la paz de mi sér inmola.
¡Sed la llama que enarbola
su espira al moisés de mi alma,
rumbo al nebo de mi calma,
cabellos que sois aureola!

—

Cabellos que en alabastro
tendéis vuestra mata aurina;
cabellos de cornalina
con resplandores de astro;
dejáis en mis ojos rastro
de fulgencias de esterlina,
mi alma á vosotros se inclina,
y al mirar vuestros hechizos,
¡queda presa en vuestros rizos,
cabellos de cornalina!

—

Cabellos que de la gualda
os constituís en desdoro;
cabellos como onda de oro
que lame la ebúrnea espalda;
descendéis hasta la falda,
cual cauda de ígneo meteoro;
rico y singular tesoro,
rubio, corusco, opulento,
¡hacedme vuestro avariento,
cabellos como onda de oro!

¡Muerta!...

Perdida para siempre!... Entre la vida quieta
que dá al claustro sombrío la regla conventual,
está mi dulce amada, mi pálida Julieta,
la virgen de mis sueños, la musa de mi ideal!

Oculta tras las rejas de su mansión oscura,
á mi alma arrebatada, ella se encuentra allí,
burlando mi esperanza, mi amor y mi ventura,
¡ay! muerta para todos, y ¡muerta para mí!

Mi dicha y su alma ofrenda en aras de ese sino
que un insondable abismo coloca entre los dos;
y, avara de sus gracias, inmola su destino,
no siendo para nadie, tan sólo para Dios!

Ahora que por siempre la fe de su martirio
convierte en imposible mi más hermoso bien,
mi vida es un infierno, mi amor es un delirio,
¡tan sólo una quimera mi codiciado edén!

Y rotos ya del mundo los cariñosos lazos
buscó á su alma inocente refugio en su prisión,
á mi alma lacerada dejando hecha pedazos,
teniendo á mi desdicha de hielo el corazón!

. . . .

Trocó por las antorchas del místico santuario
la lumbre voluptuosa del nido del hogar,
el peplo de la veste trocó por un sudario,
y en vez de los arrullos, las preces del altar...

De sus divinos ojos de lánguidos hechizos
los entornados párpados eclipsan el fanal;
¡no flotan en sus sienes los ondulantes rizos,
no entreabre la sonrisa sus labios de coral!...

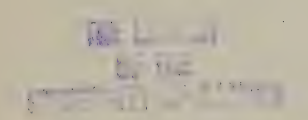
La casta virgencita doliente y solitaria
que en aras de su voto mató su libertad,
gimiendo de rodillas murmura la plegaria
en medio á su sombría y triste soledad!

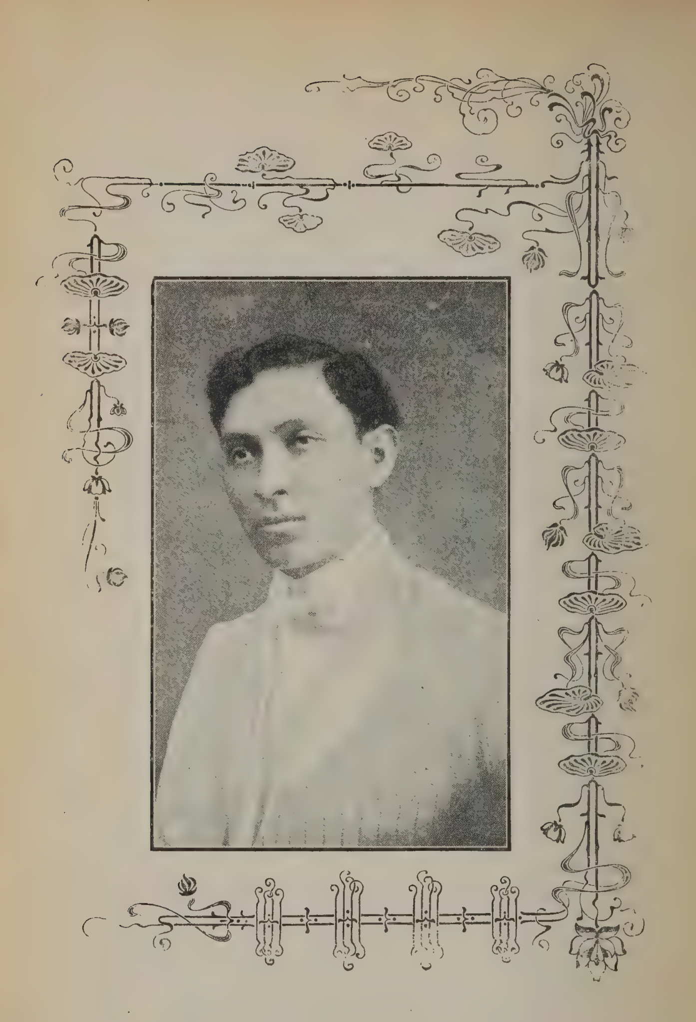
Al cielo convertidos los suplicantes ojos,
le invoca estremecida de místico fervor;
y exhala de sus labios ante el altar de hinojos,
la prez, como el aroma la purpurina flor.

Tal vez en su quebranto pensando en Eloísa
consagra á un Abelardo la fiebre de su amor;
y allí donde las lágrimas apagan la sonrisa,
apure en el silencio las heces del dolor!

Bajo su burdo manto, en medio á su honda calma,
palpita de fé henchido su seno virginal,
y á muertas ilusiones—cadáveres del alma—
entonan sus latidos el himno funeral!!

La estrella funeraria del cielo de su vida
colora sus ensueños de místico arrebol;
y las doradas cumbres de mi ilusión querida
de mi esperanza ocultan el trasmontado sol!





Juan R. Avilés

JUAN R. AVILÉS

Lo que yo amo

A las niñas melancólicas de espíritus diáfanos, á través de los cuales se ve la complicada filigrana de sus nervios neuróticos; las amo porque llevan en las pupilas un brillo de videncia como Juana de Arco y porque saben del amor fanático!...

A las mujeres hermosas porque tienen el secreto de prender las hogueras de la sangre, porque son sacerdotisas en el culto de la Carne y santas en el martirologio del Pecado; porque son dueñas de la todopotencia del Deseo, y porque á su conjuro resucitan los sátiros antiguos... Amo á Phryné, adoro á Mesalina!

Amo á Dios porque dió el azul á los cielos, la seda á la aurora, la paleta á los celajes, la guzla á los pájaros, el cristal al río, la esmeralda á la primavera, el rojo al ocaso y la sombra á la noche... Y sobre todo, lo amo porque es el depositario de la memoria de mi madre!...

Amo á los crepúsculos por lo que tienen de inconscientes, por lo que tienen de grises, porque parecen una estrofa—color de ajenjo—del poeta Mallarmé...

Amo la curva porque viene desde lo infinito, porque envuelve á la Tierra; porque modela las caderas sagradas, y porque está en las ánforas, en los cálices, en las monedas,

en los cometas, en la Luna y en las hostias con que comulga mi amada...

Amo el oro porque lo aman las mujeres, porque es el padre de las joyas, porque brilla como el Sol, porque es llave del cielo y del Mundo; porque es brocado y custodia, y porque se transforma en cabellera de las vírgenes del Norte... ¡Lo amo porque no lo tengo!...

Amo los labios porque saben sonreir, porque saben ofender, porque son el estuche del beso y el panal de la Coquetería... Porque saben decir que *sí*, porque saben engañar!...

Amo las cosas enigmáticas y los signos cabalísticos, amo el sortilegio, el conjuro, la nigromancia y el gesto de la suprema Esfinge!...

Amo el perfume porque duerme en las flores, porque se vuelve incienso, porque se derrama—olor de cantárida—en las alcobas tibias; porque embriaga en las fiestas y porque nace en el divino Japón y se refina en el exquisito alambique de París!...

Amo el color porque fué esclavo sublime de Rafael y ángel místico de Tiziano, porque está en los claveles, las rosas y los lirios; porque está en los ojos de las mujeres que simbolizan las razas, porque está en los topacios, rubís, záfiros y esmeraldas; en las turquesas y en los ópalos!..

Amo el sonido porque brotó como una yema melodiosa de la agreste caña de Pan, porque tiembla en los bronces de las campanas y vibra en el metal de los oboes; porque se refugia en las cuerdas de los violines, de las harpas y las liras; porque es el trueno—blasfemia del rayo;—porque es la voz de los ruiseñores y el verbo de la Luz y el alma de la música...

Amo la Tradición porque habita en los viejos y solitarios castillos medioevales—palacios de Leyenda,—en que se incuba lo maravilloso como el infierno, y de cuyos talleres increíbles salen los silfos, las náyades, las ninfas, las hadas y los genios de los cuentos infantiles!...

Amo todo lo intangible como la Esperanza, como la Ilusión, como la Promesa, como el Amor, como la Mentira!...

Amo las cosas frágiles como los cristales de Bohemia y la virtud de las doncellas... Así como me encantan las

cosas sutiles como el humo del incienso, las esencias de Rigaud y el eterno *odor di femina*!...

Amo todo lo que está lejos; como el Pasado, como la Dicha, como la Infancia, como el Cielo, como los astros, como el azul de las montañas, las fajas de los iris y las nieves del Polo!...

Amo la locura porque fué la amada de Maupassant y la esposa de Nietzche; amo el alcohol porque inspiró á Edgar Allan; amo el suicidio porque fué el redentor de Asunción Silva; amo la Tisis porque fué la postrera novia de Chopín!...

Amo el Vicio porque me lleva hacia el Pecado, amo el Pecado porque me conduce al Arrepentimiento, al Arrepentimiento porque es la estrella que guía hacia el Perdón... y al Perdón porque lo da Dios...

Y sobre todas las cosas: amo el Placer porque me lleva hacia el país de la Muerte, que es la región predilecta del Todopoderoso!...

¡Oh, guitarra divina!

Oh, guitarra divina, hermana de la lira, pedazo de arpa: En tu cordaje escucho el alma musical de España, la bella península de las hazañas de Lepanto, de las naves de Colón,—padre de la América—y de la joya inmensa de la Alhambra, orgullo medioeval, filigrana del moro...

Oh, divina guitarra: en tu vibrante caja suena el sencillo cantar que palpita en los labios andaluces, cristalizados de grana y de fuego y de Sol y de Amor...

Te oigo y sueño: como al influjo de una morfina sinfónica, y siento que me inyectas con la aguja diamantina de tus notas, todos los desvaríos de una noche de *haschic!*...

Y sueño que eres una mujer y que te transformas, varia y universal, perennemente bella, y pasas, con tu multiforme prestigio de maga, por mis ojos interiores que te ven con delirio y que te siguen apasionados de lirismo:

Ya eres Cleopatra—la blanca africana real—que besa á

Marco Antonio; ya eres Diana, la agreste cazadora que corre tras los ciervos, que huyen fugaces por la selva, cual una estrella por los cielos esmaltados de azul; ya eres Leda, que se agovia de pasión bajo el peso del cisne de alabastro...

O bien eres la sirena que danza sobre la onda, y canta sus canciones aprendidas en las grutas marinas adornadas de nácar; ó eres la ondina que cruza su hermosura sutil en la diáfana linfa de los ríos; ó eres la hemadriada que se desnuda de sus peplos bajo la fronda de los bosques, donde tiene su sueño el ruiseñor...

¡Oh, guitarra! ¡oh, mujer!... Dime si una hada celosa de tus curvas y envidiosa de tu canto, te tornó en esa caja de vibrantes cuerdas, que acaricia con caricias de mujer enamorada...

Y á medida que suenas y que me haces oirte, te voy reconstruyendo en la magia de mi memoria y recuerdo que te he visto, no sé dónde, tal vez en Atenas, hecha estatua... acaso en Roma en un cuadro de Rafael... tal vez en España con la dorada Andalucía, sonando unas castañuelas y con el cabello consagrado por las rosas, en los ardorosos vaivenes de la jota...

Oh, guitarra divina, hermana de la lira, pedazo de arpa ¿dónde te he visto hecha mujer?

Desequilibrio

A José D. Morales.

Yo quisiera, impulsado por una fuerza formidable, extender el atrevido brazo de mi voluntad, hundirlo en la masa infinita del Ideal y aprisionar con mis dedos nerviosos al Porvenir que en ella se esconde, para traerlo hasta aquí, á la mesa donde escribo, donde le sometería á un supremo interrogatorio, como si él fuera un castigo clarividente de los hechos que sufren su gestación en las

entrañas gigantescas del Universo!... Y yo, haciendo una poderosa lente de sus palabras de verdad arcana, podría ver entonces hasta los más micriscópicos detalles de ese período incomprensible de vacilación, de sobresalto y de bruma en que se revuelve, como una premeditación de crimen, la clave recóndita de los soberanos designios!.. Sí, yo tomaría entre mis manos al Porvenir, cual si fuera una pelota de barro; y lo reformaría á mi antojo, con la omnipotencia del Dios que marca la ruta de los astros y la hora imperturbable de los rudos cataclismos que ponen una mueca pavorosa en el rostro enorme de la Tierra!...

*

Enclavados siempre los dilatados ojos en lo denso futuro, torturando el enigma perenne de esa esfinge de la humana vida, que no esclarece el más misterioso de los misterios sino al cadáver que se empieza á pudrir en la tumba, esa madre prolífica de los nauseabundos gusanos, que bruñen á fuerza de hartazgo, el grasiento marfil de las calaberas enigmáticas!...

Fijas, fijas siempre las ansiosas pupilas en las Horas locas que avanzan desgreñadas y convulsas; sangrando el corazón por los crueles venablos del Presente, y evocando el Pasado hermoso con el Kinetoscopio del Recuerdo ennoblecido por la distancia!... Así vivimos esta vida sarcástica, escuchando la carcajada de Aristófanes tras el símbolo sereno de la Cruz!...

*

Yo he visto la fiera de la Duda, famélica y sanguinaria, destrozando con sus garras despiadadas el corazón de la Humanidad... Yo la he visto hartándose de cerebros y mascando cráneos deshechos á pura dentellada... Yo la he visto en ese festín horripilante que entraña el Dolor del hombre actual y la desesperación de las razas que vendrán... Yo la he visto desmenuzando las rosas de la Quimera y los lirios del Ideal... ¡Oh, sí, yo he visto todas esas cosas trágicas en un momento de desequilibrio, de

símbolo y de profecías... Yo he visto ese drama de almas y de ideas, de cielos y de Dioses!

*

Así vivimos!... Con la indecisión eterna de los días y de las cosas, pues el soplo húmedo de las teorías empaña de continuo el vasto espejo de las creencias. Así vamos ¡dromedarios inconscientes en este valle de lágrimas, que se ha hecho inmensísimo desierto de tanto traginar en él las generaciones humanas, que sólo han dejado en la extensión de las arenas ardientes, atestiguando el fin de sus agonías, una línea tortuosa de hosamentas blancas que se retuerce como el esqueleto de una serpiente fantástica á cuya vera caminan, tardamente, los peregrinos melancólicos de la Vida, en el éxodo desesperante hacia la Muerte sombría!...

*

¡Oh, la dualidad incolmable del Deseo humano!... ¡Oh, las manos que se juntan en plegaria suplicando la limosna de la vida... y luego disparan sobre las sienes febriles el plomo que redime del Hastío, al conjuro diabólico de un fogonazo rojo!... ¡Oh, la indecisión eterna de las cosas!... El camino recto de la Razón, intrincado de filosofías, se ha tornado en laberinto de dos únicas salidas: ¡El Suicidio!... y la Locura!... ¡Oh, Dios, ante tanto dolor, ¿por qué no dejas tu impasibilidad de ídolo? ¡Levanta tu diestra, inmóvil desde el anatema del Paraíso, y sálvanos... para que te salves!

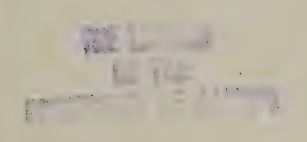
*

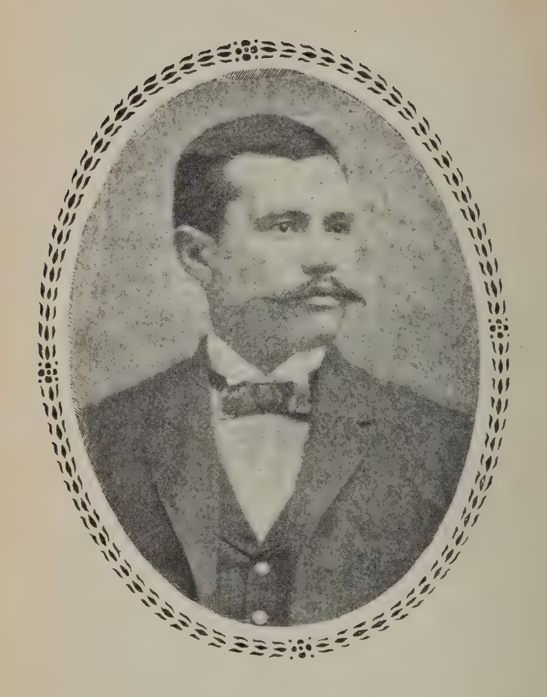
¡Cuántas veces nos asimos—náufragos de la mar de Tedio—á las tablas frágiles del Amor, que se rompe en hirientes astillas que nos apuñalan el alma... ¡Ah, el Amor, todo el que había en el Mundo lo gastaron Pablo y Virginia, Efraím y María, Romeo y Julieta!... Ellos se hartaron de alma, agotaron los sacros besos del espíritu... y nos quedó solo la carne malévola y venenosa que nos

apesta de psicologías tóxicas, que nos roba el pudor del rostro y nos chupa la vida, en instantes bestiales, con la avidez insaciable de los pulpos malditos!

*

¡Sólo nos queda el consuelo final de la Muerte!... En los instantes finales de los moribundos, la Fé extiende, ante sus ojos velados de agonía, el panorama fantástico en que el cielo se confunde con la tierra en un abrazo de lejanía y un beso de bruma, que es la lejanía de la esperanza y la bruma del sepulcro!...





Pedro Ortiz

PEDRO ORTIZ

Fantasía

A Rubén Darío.

El arte, bajo el poder de los Mollenhauer se nos ofreció á la mente en toda su idealidad: las viejas sinfonías ya oídas muchas veces se tornaban novísimas y extrañas. El violinista era un creador. Hacía de las notas contadas, dispuestas y limitadas de la obra como la tela con el dibujo en lápiz del bordado maravilloso que ha de recrear la vista con el concierto y harmonía de los colores: bordaba. Veíamos el pentágrama cuajarse con el hilo de oro de aquellas notas límpidas que caían como hebras aisladas y brillantes é iban formándose en madejas, envolviéndose en ovillos y desenvolviéndose y flotando como una cabellera suelta. De repente estallaban en mil fragmentos de cristal, y las sentíamos desparramarse como sobre una superficie pulida; ó bien se descomponían á un golpe de arco en las gotas prismáticas de lluvia meridiana; ó redondeaban la frase musical con la nitidez de líneas del dibujo á pluma; ó sobre la nota grave, honda y prolongada saltaban las fusas alegres y traviesas como perlas que chocan y rebotan sobre plano de negro mármol; ó bien se desprendían y se apagaban como chispas fugaces, ó volaban las semibreves, cual bandadas de aves que ro-

zaran con sus alas los repliegues de un lago estremecido.

A una pausa, que dejaba en el espacio vagar por un momento los ecos, que se alejaban de nosotros como indecisas imaginaciones de un ensueño, seguía el derrumbe de una cascada tumultuosa, que caía de lo alto, como semicírculo de plata, y abajo se encrespaba en alborotada espuma, esa sutil eflorescencia de las aguas.

La suave presión de una cuerda abría la senda encantada del arte á las melodías vagabundas y á los trémulos acentos. Veíamos al sonido levantarse en espirales, desenvolverse en hondas, desencadenarse en rayos centellantes. Trasportados á una región desconocida veíamos cómo acudían los rumores, al rededor de una nota, que se erguía con la majestad de una diosa, rodeada de flores y de mariposas tornasoladas. A veces se desarrollaban los acordes como las cintas multicolores de los nigromantes, ó se extendían unidos cual las anchas franjas de una bandera al viento; á veces veíamos correr las notas como ninfas fugitivas, retorcerse y crisparse como mujeres epilépticas, ó ir cayendo en lánguidos desmayos, ó irse desvaneciendo en la bruma de dulces ó profundas melancolías.

Pasaron por nuestra mente todas las fases de la comedia, de la tragedia y del drama: en las risueñas cadencias de un aire español, en el alegro de una romanza, en el andante de un wals de Strauss, en el movimiento apasionado de una fantasía de Chopín, en que se colma la medida con el arrebato febril del artista, el cual pareciera exhalar el alma haciendo repercutir en la música la más vibrante de las cuerdas de esa arpa del corazón.

¡Cuántos misterios encierran esos suaves preludios, esos sonidos pianísimos y trémulos que interpretan la ternura; esas notas que caen á plomo con la corrección y pulimento de láminas de acero, formando intercadencias; esos matices y cambiantes, visos y fulguraciones del ritmo! Nos avasallaron los artistas. Estuvimos largo rato bajo el poder del encanto, embebidos en aquella atmósfera estrellada de rumores, como niños maravillados ante los fenómenos increibles de una función de magia. Más aún, la música sentida, que baja desde las altas cumbres del arte, nos lleva involuntariamente á no sabemos qué contemplaciones, que traspasan los umbrales de la vida,

Las irradiaciones de un foco que parten de la estancia y se pierden allá en la sombra nocturna, dan idea de estas incomprensibles irradiaciones del alma, que van hacia la sombra de lo desconocido y se pierden sin iluminar más que un corto espacio en el abismo. La música, en este concepto, es una especie de ciencia psíquica que guarda la clave de pensamientos y de sugestiones mentales que en vano queremos expresar en las estrechas formas del lenguaje humano. Víctor Hugo le llama la espuma del arte; es decir, lo más vaporoso, lo más ideal; y por esto Wagner es menor poeta en la harmonía de sus versos, que el verso de sus harmonías; ese verso sin palabras, que tiene el oculto sentido del misterio.

Esparcimientos de año nuevo

Tenemos al frente un libro abierto en la última página: un día más, y doblaremos la hoja. Es apenas un volumen de la enciclopedia inmensa de la vida. De esa entrega apenas hemos leído una mínima parte, casi inapreciable; en esa obra apenas hemos escrito una cifra, un punto; de esa labor apenas quedan en nuestro espíritu escasas y vagas reminiscencias.

En un solo día de nuestra existencia han ocurrido tantas cosas, que las más se desvanecen y pierden en el estrecho horizonte de la mirada humana; y reconcentrándonos en nosotros mismos, la vida es tan varia, tan multiforme, tan compleja, que apenas si alcanzamos á darnos cuenta de los cambios, estados, situaciones y metamórfosis; de las actitudes, transfiguraciones y movimientos de nuestro organismo, que han pasado bajo el dominio de nuestra propia conciencia. Pensemos en las incalculables modificaciones de la fisonomía, del color, de la mirada, del gesto; en las expresiones múltiples y singulares que en un sólo instante imprimen al rostro una emoción, una idea, un pensamiento; emoción más rápida que el roce de una ala, idea más sutil que un hilo de luz, pensa-

miento más instantáneo que el relámpago. Pensemos que en nuestra retina aparecen objetos y colores, líneas y formas de manera más variada y más pronta que las combinaciones de los cuadros disolventes y los ópticos efectos de un calidoscopio; que las fibras de nuestros tejidos y los resortes de nuestra alma tienen más vibraciones, más acentos que las cuerdas de una arpa conmovida; que el cielo de nuestra imaginación tiene celajes más caprichosos, más fúlgidas estrellas, nubes más vaporosas é impalpables, fulguraciones más misteriosas, más frecuentes y recias tempestades, más lejano, más hondo azùr que el firmamento.

Ensanchemos el objetivo: dirijamos la vista á una familia, á un pueblo, á la humanidad, y veremos al sacerdote en su templo, al sabio en su gabinete, al maestro en su cátedra, al artista ante su obra, al náutico en su nave, al industrial en su taller, al fogonero ante su horno, al labriego en el surco, al cazador en la selva, al guerrero en el campo, al mercader en su tienda, al minero en su foso, á la madre en el hogar; observemos el baile, la fiesta, la orgía; percibiremos el ruído del trabajo, el fragor del combate, los gritos del naufragio, el hálito de la pálida peste, el azulado perfil de la costa, la blanca vela que se aleja, el penacho de humo de la locomotora, la calle brillante y abierta á la muchedumbre; la colmena social; el gran hormiguero de la especie humana; el sol en su orto iluminando la escena en un hemosferio y la noche proyectando en el otro su sombra gigantesca. He aquí el cuadro informe, grandioso, que se ofrece en un solo instante de contemplación; he aquí la gran corriente que se siente pasar bajo una sola palpitación de la vida.

¡Qué enormidad representará un año! el que sin embargo, es simplemente, bajo el punto de vista astronómico, una revolución, podemos decir, momentánea, de un planeta de ínfima categoría, al rededor de una de las innúmeras estrellas que pueblan el espacio infinito; como el movimiento molecular de un grano de arena en el desierto, como el rodar de una gota de agua en el piélago inmenso, como el vuelo de un insecto en el vacío.

Y sin embargo, un instante de nuestra existencia es un siglo con relación á la vida de un infusorio. Antes de que podamos decirlo, ya en el mundo microscópico, mundo

animado, mundo vivo, hay seres que han pasado por todas las fases del nacimiento, de la niñez, de la puericia, de la edad viril, de la vejez, de la senectud y de la muerte; seres que han crecido, que han amado, que se han reproducido, que han rendido su tributo al trabajo y al dolor, y que han desaparecido transformándose y renovándose en otros organismos ó confundiéndose en otros elementos.

Pero contraigámonos á nosotros mismos, y figurémonos por un momento al hombre más llano en sus ideas, más severo en su austeridad, más feliz en su reposo; á la mujer más tranquila en su vivienda, más metódica en su simplicidad, más sencilla en sus hábitos, y juzgaremos de la extraordinaria suma de actividad vital que se desarrolla bajo esa aparente monotonía; de los cambios, voliciones y transformaciones que se verifican incesantemente en las más dormidas naturalezas. Si tuviéramos un medio aún más exacto que la fotografía, un instrumento aún más perfectamente usual que nuestra propia vista, más preciso que un espectógrafo, y tan rápido como nuestro pensamiento, podríamos hacer evidentes á la común observación esos cambios y transfiguraciones que constituyen esa evolución y revolución constante de nuestros órganos, esa evolución y revolución constante y perpetua en las esferas del sentimiento y del alma, la rotación de la vida entre estos dos polos de la fisiología yde la psicología, sobre que está suspendido el misterio de la existencia humana.

No ha transcurrido más que un día y aquellos seres tranquilos, de costumbres formadas á compás y regla, habrán sentido ya el aguijón de muchos impulsos, la tensión de ánimo de muchas ansiedades, el vuelo de fugaces ilusiones, el vislumbre de súbitas esperanzas, las sombras de extraños presentimientos, el resplandor lunar de los ensueños y la niebla luminosa de las aspiraciones que traspasan el lindar de la vida.

Y esos mismos seres, cuyas horas se deslizan mansamente y como por un cauce, habrán caído en las más inexplicables contradicciones, habrán sido movidos, arrebatados, por las sugestiones más encontradas, y como llevados de aquí y de allá, como sacudidos por manos invisibles.

Cuántas veces en una tarea fácilmente emprendida nos encontramos de repente paralizados por la duda; otras seguimos adelante cuando ella ha pasado como una sombra, y nos preguntamos sorprendidos ¿por qué dudamos? en otras ocasiones, desde las cumbres de una idea elevadísima nos desprendemos arrebatados súbitamente por un sentimiento bajo é indecible; ó al recogernos en mística oración hemos sentido el cosquilleo de importunas sensualidades ó el picor de un deseo innoble; ó al reir con la risa comunicativa de la malicia, nos ha asaltado un pensamiento grave. Cuántas veces al subir y creernos fuertes hemos sentido el desmayo de una gran debilidad; cuántas veces bajo la presión del estudio más atento de la concentración mental más profunda, nos vemos atraídos por la cosa más insignificante; un alfiler sobre la mesa nos lleva tal vez á gran distancia del punto donde nos encontrábamos. Y luego, ¿quién no ha experimentado esas extrañas emigraciones del alma cuando tal vez más atención reclaman nuestros interlocutores? ¿quién no ha sido agitado por esa lucha interior y perpetua en que á veces se considera uno vencido y á veces vencedor de uno mismo?

En un corto espacio de tiempo se han operado entre nosotros modificaciones tales, que á veces cabría preguntar si somos en realidad nosotros mismos. La carita risueña y ovalada de hoy será otro día el severo semblante de rígidas facciones; dejamos á alguno robusto y fuerte, y lo encontramos luego débil y escuálido y viceversa. Un año basta á veces para que dos amigos que no se han visto durante ese lapso, ya no se conozcan. La frase está hecha, «las personas se reconocen». ¿Quién no ha experimentado esas íntimas angustias de la ausencia, cuando la mente se esfuerza por reconstituir la fisonomía de las personas queridas, ó se teme encontrarlas muy distintas de lo que eran cuando nos separamos?

Está visto, la humanidad se transforma y gira en el círculo de sus contradicciones de manera incesante, y no tiene punto de reposo en esa jornada, al parecer sin término del mundo. Parece que los seres humanos, bajo estas continuas evoluciones de la vida, fuesen los lobulillos, las células, la materia gris de un cerebro gigantesco

en continua actividad, del cerebro de un Dios orate, despeñándose en el abismo.

Pero en esta especie de caos de la vida está el orden, en la variedad está la unidad, en lo contrapuesto y cambiante, lo fijo y determinado; en estos detalles diversos, los pormenores de un plan preconcebido y sabio.

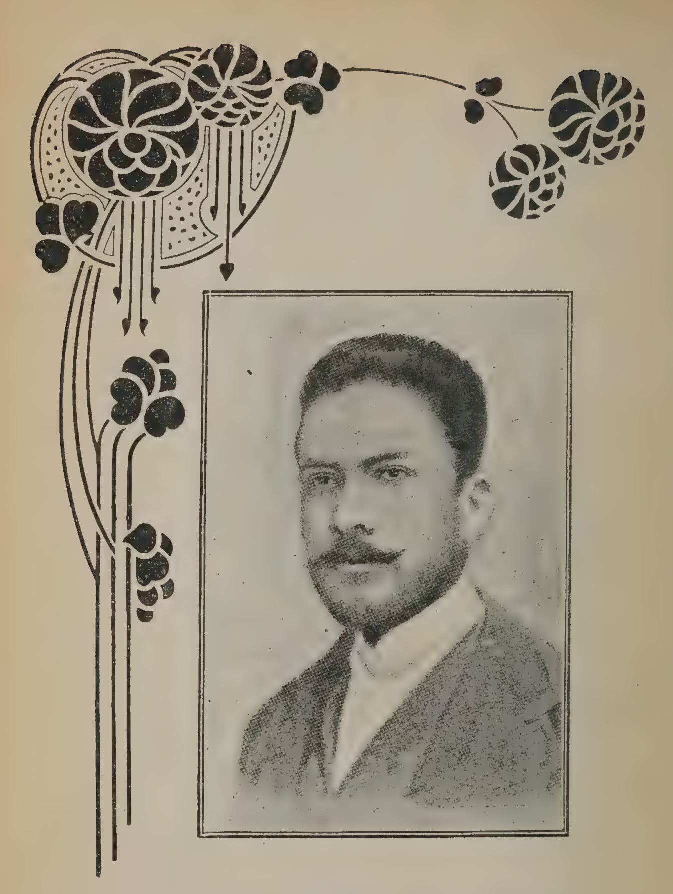
En medio de tantas manifestaciones y actos, fenómenos y cambios, psíquicos y orgánicos, como se realizan en un hombre, en una familia, en un pueblo, en una raza, en la humanidad entera; hay siempre un rasgo diagonal, una indicación distinta que va marcando el carácter del individuo en el decurso de su existencia; el carácter de la familia en su genealogía; el carácter del pueblo en su nacionalidad; el carácter de la raza en su palingenesia; el carácter de la especie, en su desarrollo antropológico.

Si abrimos ese gran libro de la vida y leemos una sola de nuestras páginas íntimas, encontraremos, por último, que el año que pasa no es sino el borrador del año venidero; ahí está esa página con todas las interlineas, tachas y borrones; con las rayas sobre un pensamiento testado, y las letras en donde vuelve á aparecer; con la enmendadura de una frase clara que hemos vuelto indecisa, con todas esas huellas de las vacilaciones, de los arrepentimientos, de las preferencias y de las finales resoluciones de una labor fatigosa. Tal es un año, tal es una hoja de nuestro álbum privado.

Pero esta lucha y esta fatiga de todos forman el proceso humano; los puntos y orientaciones de una marcha; los golpes de remo de esa barca del progreso que surca las ondas del tiempo.

¡Adelante!

¿Qué escribiremos sobre esa página en limpio del año nuevo?



Rubén Darío

RUBÉN DARÍO

Marcha triunfal

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo.
Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y
[Martes,
los arcos triunfales en donde las famas erigen sus largas
[trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruído que forman las armas de los caba-
[lleros,
los frenos que mascan los duros caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra
y los timbaleros
que el paso acompasan con ritmos marciales.
Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales.

Los claros clarines de pronto levantan sus sones:
su canto sonoro,
su cálido coro

que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
El dice la lucha; la herida venganza;
las ásperas crines;
los rudos penachos; la pica, la lanza,
la sangre que riega de heróicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
señalan el advenimiento
triunfal de la gloria.
Dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo las alas enormes al viento,
los cóndores llegan. Llegó la victoria.

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño.
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores
y bajo los pórticos vénse sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera!
¡Honor al herido y honor á los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros,
las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que esos
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan;
de voces los aires se llenan.
A aquellas antiguas espadas
—á aquellos ilustres aceros
que encarnan las glorias pasadas—

y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas;
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros.
Al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha,
y el odio y la muerte por ser por la patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que [tocan la marcha triunfal.

La caridad

Dad al pobre, dad al pobre
paz, consuelo, alivio, pan.
Que recobre
la esperanza y la alegría
con la ayuda que le dan!
A las manos bondadosas
desde el cielo Dios envía
el perfume de las rosas
de la eterna Alejandría.

Dad limosna al que se agita
por cruel miseria opreso;
á la triste cieguecita
dadle un beso.
Damas bellas y adorables
que vivís entre esplendores,
á las niñas miserables
dadles pan y dadles flores.
Bondadosas y discretas
dad un beso al pobre niño.
Dios bendiga las violetas
que se arrancan del corpiño
para darse á la mendiga!

Si á los tristes dais consuelo,
sensitivos corazones,
tendréis alas en el cielo
y en la tierra bendiciones.

Santa Elena de Montenegro

Hora de Cristo en el Calvario,
hora de terror milenario,
hora de sangre, hora de osario.

La luna huraño humor destila
en la tumba de la Sibila
y *solvet seclum in favila...*

Hécate aullante y fosca yerra,
y lanza el infierno su guerra
por las pústulas de la tierra.

El hambre medioeval va por
sendas de sulfúreo vapor
y olor de muerte. ¡Horror, horror!

Ladran con un furioso celo
los canes del diablo hacia el cielo
por la boca del Mongibelo.

Tiemblan pueblos en desvarío
de hambre ¡de terror y de frío!...
¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Como en la dantesca comedia,
nos eriza el pelo y asedia
el espanto de la Edad Media.

Pasan furias haciendo gestos,
pasan mil rostros descompuestos;
allá arriba hay signos funestos.

Hay pueblos de espectros humanos
que van mordiéndose las manos.
Comienzan su obra los gusanos.

Falta la terrible trompeta.
Mas oye el alma del poeta
crujir los huesos del planeta.

Al ruído terráqueo, un ruído
se agrega profundo, inoído...
Viene de lo desconocido.

Entre tanto, la muchedumbre
grita sin fe, sin pan, sin lumbre,
alocada de pesadumbre.

Y bajo el oscuro destino
se oyen rechinar de contino
los rojos dientes de Hugolino.

Y todo espíritu se pasma
al ver entre el fuego y el miasma
retorcerse al dolor-fantasma.

Arruga el ceño el Deo Ignoto,
y Atropos, Laquesis y Cloto
hacen señas al terremoto...

Ululan voces lamentables,
son idénticos y espantables
millonarios y miserables.

Van rebaños dolientes. Van.
visiones de duelo y afán
cual vió en su apocalipsis Juan.

Y sobre ellas ceniza avienta
el corazón de la tormenta,
y un rencor divino revienta.

Y bajo sus piés huye el suelo,
y sobre sus frentes el duelo
cae de lo triste del cielo.

¡Oh, asombro y miedo de las Musas!
¡Oh, cabelleras de Medusas!
¡Oh, los rictos de las empusas!

¡Oh, amarga máscara amarilla,
ojos do luz siniestra brilla
y escenarios de pesadilla!

Acres relentes, voz que hiere
repentina, gente que muere...
¡Ay! ¡Miserere!... ¡Miserere!

¡Jardines que hoy son cementerios,
destruídos por los cauterios
de los temerosos Misterios!

Región que el espanto prefiere
y en donde la muerte más hiere...
¡Ay! ¡Miserere!... ¡Miserere!

¡Mas oíd un celeste allegro!
Es que pasa en el horror negro
Santa Elena de Montenegro.

A Margarita Debayle

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar,
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy á contar
un cuento.

*

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes;

Una torre de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vió una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir á coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho á ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
á cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso de papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo:—¿Qué te has hecho?
te he buscado y no te hallé,
y ¿qué tienes en el pecho
que encendido se te va?»

La princesa no mentía.
Y así dijo la verdad:
«—Fuí á cortar la estrella mía
á la azul inmensidad.»

Y el rey clama:—«¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡qué capricho!
el Señor se va á enojar.»

Y dice ella:—«No hubo intento;
yo me fuí no sé por qué,
por las olas y en el viento
fuí á la estrella y la corté.

Y el papá dice, enojado:
«—Un castigo has de tener;

vuelve al cielo y lo robado
vas ahora á devolver.»

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice:—«En mis campiñas
esa flor yo se la dí,
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí.»

Viste el rey ropas brillantes;
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
á la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.
Ya que lejos de mí vas á estar
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

El ala del cuervo

I

Ea, apretad esas cinchas
y apercibid los overos;
y que ya tasquen los potros
el bocado de los frenos.
Preparad las jabalinas,
poned trailla á los perros;
sonad las trompetas de caza
y azores llevad dispuestos.
¿Ya estáis listos? Pues aprisa
vamos al bosque siniestro—

II

Quien tal dice es un altivo,
noble y alto caballero,
que, con sus alrededores,
tiene la comarca en feudo.
Es don Pedro de Almendares,
el infanzón altanero
á quien, por lo valeroso,
ninguno venció en el duelo.
El que ha astillado sus lanzas
en las justas y torneos,
siempre sereno y triunfante
sin temores ni recelos.

III

Es Violante una doncella,
con unos ojos muy negros,
con unos oscuros rizos
que cuando le caen sueltos
por la garganta blanquísima,
por la espalda y por el seno,
fingen en fondo de mármol
mallas finísimas de ébano,
Don Pedro adora á Violante
y Violante ama á don Pedro;
y ambos gozan en deliquios
de ardorosos embelesos.

IV

Pero Violante, la hermosa,
se enciende en llamas de celos,
sin que nada de sus ansias
pueda aminorar el fuego.
La linda Violante busca
para sus males remedio,
y á un nigromante interroga
contándole sus secretos.
El nigromante medita;
y luego, frunciendo el ceño,
busca en yerbas misteriosas
filtros; y ve los luceros;
y en cabalísticos signos
quiere hallar el verdadero
modo de que sus retortas
puedan curar aquel pecho.
Por fin, después de lograr
descifrar aquel misterio,
y ya encontrada la clave
del enigma, dijo luego
á Violante:—Que el que os ama

os traiga el ala de un cuervo;
y con el oscuro copo
del suave plumaje negro,
podréis curar la dolencia
llevándole junto al pecho—

VI

Por eso va en su corcel
el valeroso don Pedro,
y con sus gentes al bosque
con jaurías y pertrechos.
Ese es el bosque maldito,
ese es el bosque siniestro
del que mil supersticiones
andan en boca del pueblo.
Con temor van caminando
ojeadores y monteros,
que á ese bosque nunca llegan
porque les ataja el miedo.
—Don Pedro, el bosque es terrible—
Don Pedro se ríe de eso,
que no teme ese hijodalgo
ni á los vivos ni á los muertos.
—Ese bosque está maldito.—
—No importa—dice don Pedro.
Y siguen andando, andando,
y ya están del bosque dentro;
y ya los toques de caza
repiten sonoros cuernos
y van los genios del aire
desparramando los ecos.
Don Pedro no busca fieras
ni sigue la pista á ciervos,
ni á cerdosos jabalíes;
él busca un nido de cuervos.

VI

Iba la noche empezando;
el día iba oscureciendo;
cuando en un árbol robusto
medio destroncado y seco
graznó un cuervo enorme echado
en unos grietosos huecos;
sus ojos fosforescentes
su corvo pico entreabierto.

VII

Don Pedro fuése hacia él
afanoso ya y contento;
puso en comba un arco entonces,
y disparó... cuando el cuervo
como una flecha veloz
voló donde el caballero;
hincó en los hombros robustos
sus largas uñas de acero,
y con picotazos rápidos
le sacó los ojos negros...
Don Pedro dió un hondo grito,
mas mató el pájaro; y luego
le sacaron aterrados
servidores y pecheros
de aquel lugar tenebroso,
de enmedio el bosque siniestro.
Fué al castillo de Violante
con un ala entre sus dedos,
del pájaro, y á la hermosa
le dijo:—Mira, estoy ciego;
por tí he perdido mis ojos
ángel de mis dulces sueños...
Yo llegué al bosque maldito
y me castigó el infierno.—

VIII

La niña miróle entonces
y le dijo:—Buen mancebo,
yo ya no puedo quererte:
primero porque eres ciego;
y después porque el de Alcántara,
noble señor extranjero,
pidió á mi padre mi mano
y nos casamos hoy mesmo.

IX

Dió un grito de horror terrible
y tornado loco, el ciego,
en carrera desatada
fué tropezando y cayendo
por los bosques; y apretando
contra el dolorido pecho,
entre los puños crispados
la espantosa ala del cuervo.

Sonatina

A la Desconocida.

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
los suspiros se escapan de su boca fresca
que ha perdido la risa, que ha perdido el color,
la princesa está pálida en su silla de oro;
está mudo el teclado de su clave sonoro;
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales;
parlanchina, la dueña, dice cosas triviales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de China,
ó en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
O en el rey de las islas de las Rosas fragantes
ó en el que es soberano de encantados diamantes,
ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ah! la pobre princesa de la boca de rosa,
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar á los lirios con los versos de Mayo,
ó perderse en el viento sobre el trueno del mar!

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de oriente, los nelumbos del norte,
de occidente las dalias y las rosas del sur.

¡Pobrecita princesa de los sueños azules!
está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas;
que custodian cien negros con sus cien alabardas
un lebrel que no duerme y un dragón colosal.

—¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(la princesa está triste; la princesa está pálida)
¡Oh, visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara á la tierra donde un príncipe existe
(la princesa está pálida: la princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

—Calla, calla, princesa—dice el hada madrina,—
en caballo con alas hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
á encenderte los labios con un beso de amor!

Lo fatal

Dichoso el árbol que apena es sensitivo
y más la piedra dura, porque esa ya no siente;
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo
ni mayor pesadumbre que la vida consiente...

Ser y no ser nada, y ser sin rumbo cierto
y el terror de la vida y un futuro terror,
y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la noche y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no sabe ni de dónde venimos,
ni para donde vamos!...

A Goya

Poderoso visionario,
raro ingenio temerario,
por tí enciendo mi incensario.
Por ti, cuya gran paleta
caprichosa, brusca, inquieta,
debe amar todo poeta;
Por tus lóbregas visiones,
tus blancas irradiaciones
tus negros y bermellones;
Por tus colores dantescos
por tus majos pintorescos
y las glorias de tus frescos;
porque entra en tu gran tesoro,
el diestro que mata el toro,
la niña de rizos de oro;
y con el bravo torero,
el infante, el caballero,
la mantilla y el pandero.
Tu loca mano dibuja
la silueta de la bruja
que en la sombra se arrebuja;
y aprende un abracadabra
del diablo patas de cabra
que hace una mueca macabra;
Musa soberbia y confusa,
ángel espectro, medusa,
tal aparece tu musa.
Tu pincel asombra, hechiza,
ya en sus claros electriza,
ya en sus sombras sinfoniza;
con las manolas amables,
los reyes, los miserables,
ó los Cristos lamentables.

En tu claro-oscuro brilla
la luz muerta y amarilla
de la horrenda pesadilla;
O hace encender tu pincel
los rojos labios de miel
ó la sangre del clavel.
Tienen ojos asesinos
en sus semblantes divinos
tus ángeles femeninos;
tu caprichosa alegría
mezclaba la luz del día
con la noche oscura y fría.
Así es de ver y admirar
tu misteriosa y sin par
pintura crepuscular,
de lo que da testimonio
por tus frescos, San Antonio,
por tus brujas, el demonio.

Melancolía

Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando á tientas,
voy bajo tempestades y tormentas,
ciego de sueño y loco de armonía.

Ese es mi mal: soñar. La poesía
es la camisa férrea de mil puntas cruentas
que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas
dejan caer las gotas de mi melancolía.

Y así voy, ciego y loco por ese mundo amargo;
á veces me parece que el camino es muy largo,
y á veces es muy corto...

Y en este titubeo de aliento y agonía,
cargo lleno de penas lo que apenas soporto.
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?

Fidelidad

Muda estaba la lira, el bardo ausente,
cuando pasó errabundo trovador
que la quiso pulsar irreverente...
Aún gime doliente
la profanada cuerda que estalló!

Del ausente poeta—caballero
las nobles armas envidió el juglar,
llevó una espada á la cintura; pero
al tirar de ella se enrolló el acero,
é hirió la mano audaz!

Vino á curar al huésped una dama
á quien llorosa el Paladín dejó;
y ambos, ardiendo en abrasante llama,
cuentan que corta fué su noche, y fama
es que la dama entonces no lloró...

Los cisnes

I

Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes soñadores?
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,
tiránico á las aguas é impasible á las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.
los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,
y en diferentes lenguas es la misma canción.

A vosotros mi lengua no debe ser extraña.
á Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...
soy un hijo de América, soy un nieto de España...
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez...

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
den á las frentes pálidas sus caricias más puras
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,
se mueren nuestras rosas, se agotan nuestras palmas,
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predican la guerra con águilas feroces,
gerifaltes de antaño revienen á los puños,
mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,
ni hay Rodrigos, ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?
á falta de laureles son muy dulces las rosas,
y á falta de victorias busquemos los halagos.

La América española como la España entera
fija está en el Oriente de su fatal destino;
yo interrogo á la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados á los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos, ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros
que habéis sido los fieles en la desilusión,

mientras tanto una fuga de americanos potros
y el estertor postrero de un caduco león...

...Y un Cisne negro dijo:—«La noche anuncia el día».
Y uno blanco:—«La aurora es inmortal! la aurora
es inmortal!» ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!

II

Por un momento, oh Cisne, juntaré mis anhelos
á los de tus dos alas que abrazaron á Leda,
y á mi maduro ensueño, aún vestido de seda,
dirás, por los Dioscuros, la gloria de los cielos.

Es el otoño. Ruedan de la flauta consuelos.
por un instante, oh Cisne, por la oscura alameda
sorberé entre dos labios lo que el Pudor me veda,
y dejaré mordidos Escrúpulos y Celos.

Cisne, tendré tus alas blancas por un instante,
y el corazón de rosa que hay en tu dulce pecho
palpitará en el mío con su sangre constante.

Amor será dichoso, pues estará vibrante
el júbilo que pone al gran Pan en acecho
mientras su ritmo esconde la fuente de diamante.

III

Antes de todo, gloria á ti, Leda!
tu dulce vientre cubrió de seda
el Dios. Miel y oro sobre la brisa!
sonaban alternativamente
flauta y cristales, Pan y la fuente.
Tierra era canto, Cielo sonrisa!

Ante el celeste supremo acto,
dioses y bestias hicieron pacto.
Se dió á la alondra la luz del día,
se dió á los buhos sabiduría
y melodía al ruiseñor.
A los leones fué la victoria,
para las águilas toda la gloria
y á las palomas todo el amor.

Pero vosotros sois los divinos
príncipes. Vagos como las naves,
inmaculados como los linos,
maravillosos como las aves!

En vuestros picos tenéis las prendas
que manifiestan corales puros.
Con vuestros pechos abrís las sendas
que arriba indican los Dioscuros.

Las dignidades de vuestros actos,
eternizadas en lo infinito,
hacen que sean ritmos exactos
voces de ensueño, luces de mito.

De orgullo olímpico sois el resumen,
¡oh, blancas urnas de la armonía!
ebúrneas joyas que anima un numen
con su celeste melancolía.

Melancolía de haber amado,
junto á la fuente de la arboleda,
el luminoso cuello estirado
entre los blancos muslos de Leda!

Salutación del optimista

Composición leída por su autor en la sesión celebrada el 28 de marzo en el Ateneo de Madrid, por la liga hispanoamericana

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nue-
[vos himnos,
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
[mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte:
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron,
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en su verso Virgilio divino,
la divina reina de luz, la celeste Esperanza!
Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que á tumba
ó á perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol, en un triunfo de liras,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: la alta virtud resucita
que á la hispana progenie hizo dueña de siglos.
Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
ó que la tea empuñan ó la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la Tierra,
fuertes colosos caen, se desbendan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?

¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue
[músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en
[polvo,
ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que tras los mares en que yace sepultada la
[Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un sólo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ar-
[diente,
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora.
Así los manes heróicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco pristino,
sientan los soplos de agrarios, de primaverales re-
[tornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptilémica.
Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritus unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos
[himnos.
La latina estirpe verá la gran alba futura
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente;
Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea Esperanza la visión permanente entre noso-
[tros,
ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

*
* *

¿Recuerdas que querías ser una Margarita
Gautier?... Tu extraño rostro fijo en mi mente está,
cuando cenamos juntos en la primera cita
de aquella noche blanca que nunca volverá...

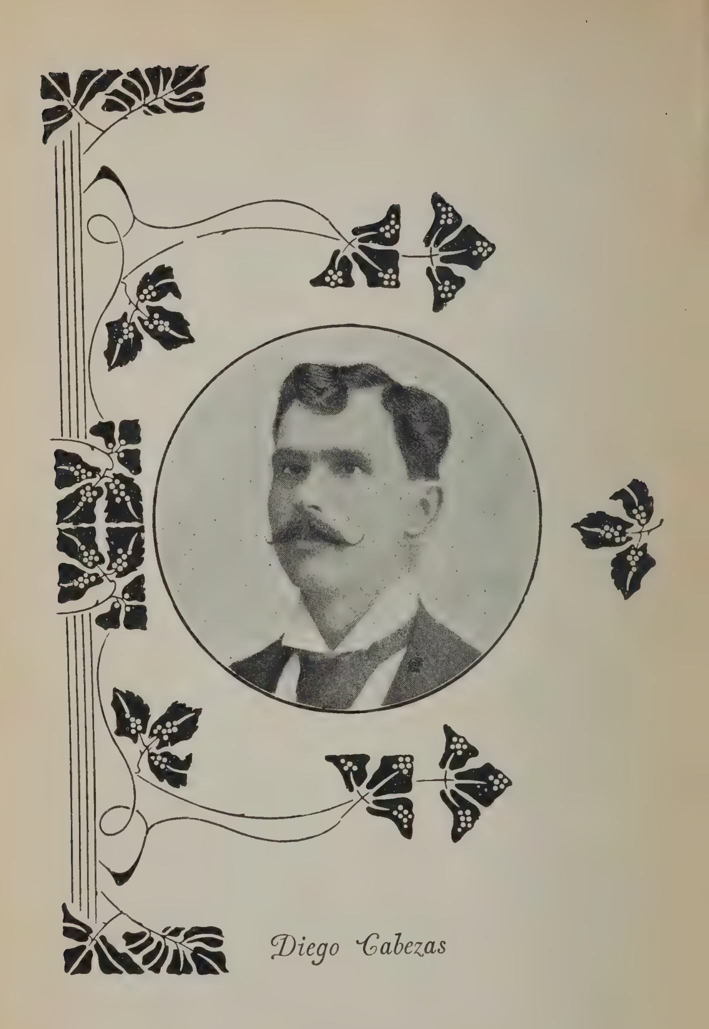
—

Tus labios escarlata de púrpura maldita
sorbían el champagne del fino bacarat,
tus dedos deshojaban la blanca Margarita:
«Si... No...» Si... no... y sabías que te adoraba ya...

—

Después... ¡oh flor de histeria... llorabas y reías,
tus lágrimas, tus ojos, tuve en mi boca yo,
tus penas, tus caricias, tus risas fueron mías,

y en una tarde dulce de aquellos tristes días,
la Muerte, la celosa, por ver si me querías
como una margarita, de amor, te deshojó!...



Diego Cabezas

DIEGO CABEZAS

Tristezas

(A la orilla del mar)

Pienso en tí cuando el brillo
del sol dora el mar; pienso
en tí cuando la luz de la luna
se refleja en la onda.—*Goethe.*

I

¡Cómo el pecho se dilata,
cómo el ánimo se expande,
al recibir en las playas
las caricias de la tarde!
¡Cómo vienen á la mente
los recuerdos inefables,
al hundirse en el ocaso
los tintes crepusculares!
¡Hermosa puesta de sol!...
Tiñe la onda sus cristales
con los rayos que la envuelven
en tintes de fuego y sangre:
bello y soberbio aparece

el espléndido paisaje,
y las crestas de esos cerros
coronados de celajes:
do las blancas nubecillas
flotan ténues por el aire
hasta enredarse en los pliegues
de su azulado ropaje.
Alzase la onda orgullosa,
altanera y arrogante,
y en su penacho de espumas
ostenta ricos cambiantes;
ora en su vórtice inquieto
sobre el abismo insondable
rebúllese, ora tranquila
la menuda arena lame.
Las esbeltas naves veo
majestuosas balancearse
sobre la onda, que furiosa,
sus férreos costados bate.
Y luego el trueno imponente,
allá en la playa distante,
de las olas cuando llegan
en las rocas á estrellarse.
Bandadas de aves marinas
con chillidos penetrantes
salpican en la onda airada
su matizado plumaje,
á esa misma hora en que el sol,
tras dorado cortinaje,
traspasa del horizonte
los límites naturales.
Allá lejos las gaviotas
rasgan osadas los aires
en busca de algún islote
ó árbol donde posarse:
en busca quizá del nido
que no encontró el caminante,
que le falta al peregrino
y al mendigo miserable.

. . . .

II

De menos nota el proscrito,
que vive en extraños lares,
la alborada de su patria,
las caricias maternales,
la mano del fiel amigo
y las sonrisas de un ángel...
Y si vienen á su mente
recuerdos de otras edades,
al hundirse en el ocaso
los tintes crepusculares,
en su pecho se levantan
negras dudas y pesares,
cual esas brumas espesas
que parecen levantarse
de las aguas turbulentas
que el viento furioso abate,
como abate el infortunio
al que prodiga sus males.
—Mas ya que el dios de los incas
con atavíos brillantes
traspuso de su morada
los ignorados umbrales,
al mismo tiempo que Diana,
con resplandores süaves,
alumbra los altos montes
los negros y oscuros valles.
¡Salve oh reina de la noche!
que tu dulce y bella imagen
se refleja temblorosa
en el cristal de los mares,
do se miran desde el cielo
las estrellas rutilantes.
Presto tu luz negarás
á selvas, montes y valles,
dando paso á la alborada
que ostenta más rico traje.
Tú enseñas á las que sufren

en la vida cruentos males,
á esperar la nueva aurora
que al espíritu desate
de groseras ligaduras
que contuvo, terrenales,
y se remonte hasta el cielo
batiendo sus alas de ángel.



Anselmo Sequeira

ANSELMO SEQUEIRA

Desde mi reja

Todos los días me pongo
cerquita de mi ventana,
á mirar cómo se fuga
la tarde amarilla y mansa.

Bajo del cielo profundo
se queda viendo mi alma
—con el ojo pensativo—
todas las cosas que pasan.

Gloria de luz en las dulces
lejanías. En la calle
alegres chicos retozan
echando al viento su alarde.

Allá por algún sendero
pasan rumiando unas vacas
su frágil pereza, mientras
bulle una fiesta de pájaros.

Conversan sobre las hojas
entre los árboles vagos.
Suben los hilos de humo
de chimenea lejana.

Silban brisas, tiemblan trinos.
En el hilo de la tarde
se van engarzando lentos
los peplos de los celajes.

Desparramando dulzuras
camina alguna muchacha
que lleva los ojos verdes
y lleva el rostro de raso.

Los perfumes que me vienen
me dicen la linda fábula:
no hay mujercitas más buenas
que las rosas y las tardes.

Me vienen de la pradera
ecos enfermos, lejanos:
un can que ladra de angustia
ó el violín de la cigarra.

Una visión de palomas
se tiende de vez en cuando
trazando sus líneas curvas
sobre las gasas del aire.

Y por la senda más triste
—echando hacia atrás las manos—
melenudo y taciturno
se aleja algún poeta pálido.

¿En qué pensará el poeta...?
(¿Será en Psiquis ó en la Carne?)
Es de seguro que piensa
en el alcazar del Alma.

Añorando el terciopelo
de algunas ojeras lánguidas,
alguna boca de seda
algunos grandes ojazos;

la silueta vaporosa
de novia sutil y trágica

va con el lírico espectro
de su pena y de su paso.

Huyen lirismos de ensueño.
Algún escuálido sauce
enfilado en la arboleda
mueve despacio sus ramas.

Y en tanto que hacen su solfa
las metálicas campanas
preludiando los repiques
melancólicos del Angelus.

Y allá en las lejanías
los arreboles se alargan
y se evaporan los ritmos
de melódicas fragancias.

Ya va de viaje el crepúsculo
y en los tules de sus trajes,
va deshojándose el verso
de una lánguida nostalgia.

Entre mis manos se cierra
y la gavilla de chicos
un libro de tristes páginas,
interrumpe la algazara.

Y mi alma siente que vibra
la tristeza de los prados
y la seriedad escueta
que ponen las viejas calles.

Y vi la honda harmonía
de los jardines hastiados
y oí el silencio, el ensueño
como una fija mirada.

Los ponientes se marchitan.
Del cielo en la larga lámina

se recorta la penumbra
como un telón de basalto.

Y el azul se embortona
como un antiguo retrato
cuando los bronces repican
la muerte de los paisajes.

Me aburro, pienso y escribo
una rima despolada
mientras se vuelve ceniza
el papel de mi cigarro.

Se amorfinan mis pupilas,
pasa el rumor de una ráfaga
como diciendo que ha muerto
la tarde amarilla y mansa.

Mi canto se desvanece,
entrecierro mi ventana
y allá en la selva dormida
muere la fiesta de pájaros.

Momento lírico

(Para Francisco Villaespesa)

Pan—el bicorne alegre—desperdicia canciones
metido en el gran vientre de la selva estirada;
Ríe la aurora sobre los lentos callejones
y ríen los pastores arreando la vacada.

—

La fuente va tejiendo breves modulaciones
ante el aburrimiento de una senda ahumada;

cruzan alegremente los vientos retozones
bajo la mañanita radiante y perfumada.

—

El Oriente se arregla de visiones preciosas...
La mañana es como una zagala zalamera
despilfarrando encanto sobre todas las cosas...

—

Y finge aparecerse con la cara rosada,
con dos grandes ojeras, como si tuviera
la actitud adorable de una recién casada.

SPES

Para Alberto Ortiz.

Novia, doliente hermana de los lirios, hermana
de los mansos corderos, por donde te perdiste
cuando sonó su verso la sonora campana
de aquella tarde enferma en que se fugó tan triste...?

—

Yo me quedé mirando tras mi vieja ventana
la delicada estela que en la senda pusiste.
Me dió sus melodías el crepúsculo grana
pero todo era vano porque tú no volviste...

—

Y te alejaste enferma como la tarde aquella,
con la carita pálida y en el alma la huella
de una lenta cadena de dolores ya viejos...

Cuando volvió la noche, me arrebujé en mi estancia,
y una brisa amiga que traía fragancia
me contó que te había visto, pero muy lejos...

A Rubén Darío

Señor, hacia el silencio de tu serena testa
llego á darte mi lírico manojo de laurel;
A tí que eres el pájaro de ignorada floresta
y derramas tu verso como un vaso de miel.

—

A tí que como una magnífica protesta
elevaste las alas al eterno vergel,
y sentiste allá arriba la fantástica fiesta
del arte, y te pusiste retozando con él.

—

¡Oh! ¡Maestro! ¡oh! Sagrado Maestro. Tu albo vaso
de miel—tu regio verso—como en azul pegaso
prosiga recorriendo los éteres sin fin.

—

Mientras las juventudes que piensan y que sueñan,
allá por tus palacios, se acercan y te enseñan
la fresca epifanía que cante su clarín...

Figulina

Su breve andar acompasa
claros ritmos de princesa
cuando la senda atraviesa
toda vestida de gasa.

Pasa como un verso. Pasa
con sus ojos de turquesa
y sus manos de marquesa
y su boquita de brasa.

Es un marfil su sonrisa.
Brilla—fragil y garbosa—
su blancura de cerusa.

De tal manera sumisa
y de tal modo vidriosa
como un ensueño de musa.

De una que yo me sé...

Conozco su figura maravillosa. En cuáles
cromos á media tinta orlineada la vi...?
Fué cuando estaba viendo detrás de sus cristales
algún claro crepúsculo de color de rubí...?

—

O fué en la primavera de unas sentimentales
visiones que en un sueño peregrino sentí...?

Acaso en algún álbum de apacibles postales
adiviné sus formas de sorprendente hurí...

—

Hoy que aparece—plena de encanto y de poesía—
como el egregio marmol de una mitología
en las fragilidades de mi imaginación;

Ahora que presiento su fina aristocracia
recogeré perfumes para adular tu gracia
y diré que es la única aquí en mi corazón...

Moderna

Venga la alegre copa del arrogante vino
y póngase la musa como una dama alcohólica;
como locos bohemios hablemos del divino
arte. Fluyan estrofas por su lumbre simbólica!

—

Charlemos de adorables bellas, de las de fino
mirar, de las de rostro de monja melancólica,
que mienten en sus labios en un hablar peregrino,
ó ya una sonrisita dulcemente bucólica...

—

Bendigamos los pájaros, las tardes y las rosas,
bendigamos el fuerte gravitar de las cosas,
y el sol que amanera sus tintas de pintor...

—

Mientras de nuestras bocas se desgajan sonrisas,
y gritamos: que viva la pauta de las brisas,
y que vivan los versos y que viva el Amor...

Para la luna

¿Versos para la novia de los poetas...? ¿Versos
para la que nos dice sus leyendas de amor...?
Han de ser parecidos, por líricos y tersos,
á las curvas de agua que arroja el surtidor.

—

O ya por su fragancia milagrosa y divina
á los claros de plata que nos dan los luceros;
á una rosa hecha de porcelana fina
ó á la mansedumbre de un grupo de corderos.

—

Va su lánguida rueda deshilando sus tules
en mis melancolías y en las copas azules
de árboles que se agrupan como graves hermanos...

—

Muchos versos para ella que comprende las penas
Para ella que nos manda sus blancas azucenas.
Vaporosas, quién sabe como qué dulces manos...

SALVADOR RUIZ MORALES

De "Monotonías Románticas"

Para Atlántida.

Nuestro amor fué un amor semisalvaje
con algo de poesía virgiliana:
me dijiste que sí, bajo el follaje
que sostenía toda una mañana.

—

Yo no dejé de ser el hombre fuerte
cuando sorbí tu boca de violeta;
pero yo fuí la vida y tú la muerte,
y triunfaste del hombre y del poeta.

—

En nuestras citas hubo por testigo,
todo lo fresco que hay en las montañas
donde reposa el pálido enemigo.

—

Ignoro si algún día sorprendiste,
al melenudo de las siete cañas,
que nos espiaba entre el boscaje triste.

Taciturna

Palidez divina de místico cirio;
gemela del blanco más triste de un lirio;
palidez de novia neurótica y bella
que besa de lejos cual si fuera estrella;
palidez del que sueña, del poeta que sueña
en un poema blanco como una cigüeña:
ven con vuelo lento de tísicas plumas,
con todos tus hielos, con todas tus brumas,
á formar tu nido de garza doliente,
sobre la hoja mustia de mi mustia frente.
Quiero que me digas la estrofa más triste
que no sé qué noche ya me la dijiste;
quiero que me beses con tu beso ignoto,
que ese privilegio me ha sido remoto,
hasta con la nieve de la vieja Muerte;
porque no se acuerda de mi triste suerte:
Ven con vuelo tardo de pájaros raros,
palidez del mármol más fino de Paros.
Bésame en el alma con besos extraños
como los que dieran unos ermitaños,
palidez bohemia del Crucificado;
más que la de un lirio que el aire ha tronchado:

Bésame á escondidas con tu beso ignoto,
que ese privilegio me ha sido remoto,
hasta con la nieve de la vieja Muerte;
porque no se acuerda de mi triste suerte.

A. MEDRANO

DEA

La blancura del lirio y de la blanca rosa
y de la nieve y de la blanca margarita,
emergiendo en la espuma de la fuente harmoniosa
que canta como pájaro, como pecho palpita;

esa es la blancura de tu cuerpo de diosa,
esa es la blancura que tentadora incita
á ser el rayo ardiente que en la nieve se posa,
á sentir el contacto de tu boca que irrita.

¡Oh blanca, blanca, blanca, de ultrapolar blancura!
¡Oh blanca, blanca, blanca, de blancura eucarística!
Con las rosas intactas, las rosas de la altura,
coronaré tu frente brilladora y artística,

y con mis rojos besos te daré mi cariño,
sobre la alfombra blanca de inmaculado armiño.

Humoradas

I

No digas que no quieres.
Al fin caerás vencida;
en las luchas amargas de la vida
como es una son todas las mujeres.

II

Con esos labios rojos
y ese flexible talle
y el abismo fulgurante de esos ojos,
Eres... ¡toda una venus de la calle!

III

En la tarea de perder las almas
las palmas del demonio son tus palmas.

IV

Diciendo que es la ley de su destino
ese viejo arrugado
llega á catar el vino
en la copa de carne del pecado.

V

¿Que no supo? ¡Mentira!
La mujer que no sabe no suspira.

VI

Blanca está su cabeza: invierno frío;
pero su corazón es un estío.
Esto enseña, lector, si te parece
que el espíritu nunca se envejece.

RAMÓN SACUY MORALES

Montaña

A Luis G. Urbina
—Alto hermano—

¡El geórgico reir de los pastores!
Al primer gallo de la madrugada
rompen con las alondras y las flores
las carcajadas entre la majada.

—Con un lustral atrevimiento esquivo
el alba entre los árboles asoma,
coronando de un rubio fugitivo
la quietud en rocío de la loma.

Con una opalescencia resignada
la cumbre de los álamos ondea,
y dejando el nidal de la enramada
la esotérica tórtola aletea.—

Esperezos pesados y seniles
entre la gente que al trabajo grita;
¡los desperezamientos pastoriles
en el milagro de la mañanita!

Risas de buena fe que entre la aurora
son cascabeles de buenaventura;
agua de santidad con que se dora
la transparente paz de la verdura.

Deliquio de los músculos que han vuelto
cargando leña desde la montaña,
amplias espaldas de vigor resuelto
que trajeron el trigo á la cabaña.

¡Y es tan hermoso el entreabierto pecho
del labriego que tatúa la parcela;
el atrevido puño que ha deshecho
el nudo de la selva, la rodela.

de la maleza, donde en crespo frío,
sacudiendo la paz de los barrancos,
en un vértigo diáfano va el río
con hojas secas y bejucos blancos...

Vitela

*(En el álbum de una muchacha católica
á quien su novio, un vago, quiere desviar...)*

Desprendida de un sueño de Samaria
en un sueño interpreto tu figura
coronada por una pasionaria
y envuelta en una inmaterial blancura.

—

En los crótalos diáfanos del río
se copia tu opulencia de manzana,
tu cabellera que irisó el rocío
y tus pupilas de samaritana.

La corriente parece que se entume,
te abanican volando los jilgueros,
y un expresivo dardo de perfume
te dirigen los altos limoneros.

—

Sola contigo misma, en tus praderas,
ante el milagro en rosas de tu vida,
no violetan tu rostro las ojeras
por ninguna palabra arrepentida.

—

Hasta el epitalamio de tu huerto
la canción presentida no ha llegado...
—En la arena sin rumbo del desierto
yo de un israelita ensangrentado.—

—

Un poeta quizás; flácidos brazos
interrogan al viento, «¿dónde está?»,
y desatando bajo el sol sus lazos
el viento no le dice dónde está.

—

Y el israelita entre las zarzas, canta;
á su voz se entristecen los caminos:
él sabe que á esta hora tu garganta
es un alba lustral entre los pinos.

—

Arropada en corderos él te ha visto
en la alucinación de su congoja,
y aguarda de tus ojos como Cristo
la ánfora dulce de su mal recoja.

—

...Y se arrastra cantando, pues presiente
que para ver tus cisnes y tus lagos,
reventará una estrella en el Oriente
como la estrella de los Reyes Magos.

A una obcecada

Un rey, que quizá de cuento, de tí se enamoró,
y por mares y montes en mágica litera
á una Tulhé de insomnio cantando te llevó...
Bordaba su esmeralda la maga Primavera.

—

Crespa de melodía la selva se entreabrió
porque triunfal pasara tu gracia prisionera,
y hasta la esfinge copta su piedra iluminó
con una luz remota de tránsfuga quimera.

—

La Tulhé presentida por tu rey visionario
para tus intenciones y tu voz de breviario,
no fué un jardín amargo como el de Aziyadé?
¿Por qué ríen tus labios lo que tu ojera llora?
Confiésalo: tu dicha fué una sierpe traidora
que resbaló furtiva debajo de tu pie.

De las «Arias de la senda»

VII

Me he quedado pensando largamente
en tus pícaros ojos de pastora,
mientras brota perlado en el oriente
el búcaro de nácar de la aurora.

Estoy viendo correr este camino
enflecado de lirios franciscanos;
¡cómo tiembla el rocío matutino
en las hojas con luz de los manzanos!

Una espina me hirió cuando volvía
cargando rosas del erial cercano
para tí, mi pastora..., y yo decía:

me sanará su mano jardinera,
su mano de gitana que es la mano
más bienaventurada en la pradera.

XI

Asómate al camino; si lo vieras...
Parece que ha pasado hace un momento
un concierto nupcial de primaveras
agitando sus túnicas al viento.

Si miraras la gracia del rocío
como baña la hierba esta mañana;
á lo lejos parece que el bohío
se ha tornado una rosa, mi gitana.

Asómate y verás: van los pastores
alegres las pupilas de ventura
conduciendo corderos entre flores...

Y aquí bajo el sueño de la encina
se ha formado una fuente clara y pura
con el agua que mana mi ocarina.

Para un ibis

(En el álbum de Froilán Turcios.)

Un ibis sueña en la ribera blanca
custodiando el azur de la laguna;
alza su pico d'ébano y arranca
una cana á la fuente de la luna.
. . . .

—

Si será aqueste ibis el divino
venerado por nobles faraones,
majestad misteriosa en el camino,
intérprete sutil de corazones.

—

Qué sabemos si fué de pura piedra
en un Egipto lánguido y remoto;
—orgullosa en el zócalo la hiedra
permitía el milagro de algún loto.—

—

Ibis, hermano mío, tu tristeza
diáfana ante el crepúsculo, semeja
una ojera virtual de canonesa
ó la gasa de un sueño que se aleja.

—

Resígnate á vivir en la ribera...
Las auroras vendrán y en tu pico
hilarán la mandrágora hechicera
que te hará vencedor del abanico.

—

¡Oh, los atardeceres!... ¡Melodía
la que desgranan los atardeceres!
En la tarde estarás de epifanía
ibis, oráculo de las mujeres.

—

En la noche, la luna, la divina
agua bendita de la luna llena
que te prende una frágil muselina
y jazminiza tu vetusta pena.

—

Resígnate á vivir en la ribera...
Yo vendré á consolar tu soledad
trayéndote cantando mi quimera
como los reyes de la antigüedad.

Atardeciendo

I

El oro de la tarde flirteaba en la arboleda
urdiendo en el follaje caprichos de arrebol,
y una maravillosa superstición de seda
era sobre las torres el descenso del sol.

—

Blanca de la radiante blancura nazarena
salías de la sacra penumbra de la ermita,
y tu elegante huella de nardo y azucena
profanizaba el sueño de la tarde bendita.

—

Cuando pasaste al lado de mi vergel gitano
nerviosa y fugitiva, yo era un mahometano:
mi espíritu era un ave cantando en Stambul...

—

Pasaste, y mi pupila quedó desamparada,
—pero tu indiferencia de «monja emparedada»
no fué más que un enojo de tafetán azul.—

Atardeciendo

II

El nervioso abanico de las ondas
orea la quietud de la ribera,
donde he venido á recordar las rondas
que fueron alma de mi primavera.

Una antigua tristeza de Giocondas
en la magnolia de la espuma impera,
y suenan largas barcarolas ondas
reclamando una costa mañanera.

—

Déjenme este paisaje y estas lilas!
Como una alondra errante mi quimera
busca el ébano ideal de unas pupilas...

—

Quiero que fluya mi ilusión cobarde
lo mismo que otro tiempo en la ribera,
al amparo violeta de la tarde.

R. CASCO

Rubén Darío—Prólogo de un libro

Fragmento.

Y con razón.

Darío es la expresión más audaz y elevada de la estética moderna. Su verso intencionado y florido ha recorrido triunfante las cimas todas del pensamiento humano. Su pluma, por nuevos rumbos, ha creado nuevos colores y ha esparcido luz en las sombras del pasado. Es el representante más característico de nuestra época en lo que tiene de artística y ecléctica.

Antes de él, cualquiera hubiera sido pequeño.

Conocíamos la prosa almibarada del *canario* Castelar; la estrofa sedosa, mórbida, dulce y tentadora de Zorrilla; la hierática majestad filosófica de Núñez de Arce y el desbordante pasionismo de Espronceda; pero aún era un misterio para nosotros el secreto del verso y la tentación de la palabra.

A este galo descoyuntador, el idioma le debe su resurrección y florescencia.

En sus manos la palabra vibra y resuena metálica, la idea se descompone cual un prisma y tiene exuberancias de bosque americano: sube y baja, se retuerce, se extiende y agarra delirante, buscando allá arriba, en la copa extre-

mecida, la luz del pensamiento, como la liana trepadora hacia la palmera de las selvas tropicales.

Ese es su privilegio: su eclecticismo, como la selva.— Junto al colibrí el águila; cabe á la fuente, el lirio tembloroso y heroico cedro perfumado.

Todo está allí como en el hombre, la ostra y el cóndor; el crótalo sonante del reptil y la zarpa temerosa del león.

Darío viene ahora del *Boulevard*, como si viniera del campo: viene bañado de polvo y de luz, «dos cosas de que se compone la gloria», y viene con el sombrero criollo de las pampas y el pantalón gris de los trópicos. Así le hemos visto, sereno é impasible, dejando en el ambiente el perfume de todas las flores y en el corazón el azul de todos los cielos.

En su flauta de panida hay de todos los tonos: de la ola la imprecación, de la brisa la plegaria. La cólera del trueno y la réplica del rayo.

A veces es Verlaine calenturiento y sollozante y entona su *Responso*:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste...;

pero se cansa y se acuerda de Withman ó de Swinburne,

In the grey beginning of years, in the twilight of things that began
The word of the earth in the ears of the world, was it God? was it man?

y entona *Caupolican*:

Es algo formidable que vió la vieja raza...

Después... después cambia de tono; su orquestación es admirable; la palabra sufre, gime y se transforma, y es música, deliquio, éxtasis, armonía suprema: d'Annunzio, de manos sedosas y aristocráticas, ejecutando al piano una aria de Meyerbeer.

Habéis leído el nocturno:

Era un aire suave de pausados giros.

Pues bien, es el mayor esfuerzo para convertir en música la palabra; y eso que Berisso aún no conocía «Marcha triunfal», la obra maestra de Darío.

Aquello es un prodigio de alto pensar y armonioso lenguaje. Allí están erguidos é impasibles, sobre sus altos pedestales, los mármoles sonoros y los bronces milenarios presenciando el desfile de los héroes.—Son César y Napoleón; el uno que regresa de las Galias, y por la «Vía Sacra» sube al Capitolio en su cuadriyugo resplandeciente, y el otro que viene del Marengo y, cual águila caudal, cruza los «Campos Elíseos» con las robustas alas triunfadoras desplegadas.

Diríase que tras la diafanidad de aquellas estrofas heroicas, se percibe el ruido ferrado de los cascos al pasar y el ritmo cadencioso de los rudos pechos militares.

Por aquel verso:

«Saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha Triunfal!»

cualquiera daría todos sus laureles.

Es heroico, épicamente heróico...!

¡Y qué raro poeta este poeta sembrador! A pesar del hibridismo, su unidad es asombrosa. Imitarle es imposible. De ahí esa poesía claudicante y enfermiza que ha invadido á tantos jóvenes cerebros.

*

Pero lo que asombra y encanta en Darío, es su alto espíritu de vidente.

Esa aspiración constante hacia Dios; esa sed infinita de la infinita belleza cuadra en el altísimo poeta.

No han sido suficientes «todas las lecturas ni todas las opiniones para empañar el cristal de su corazón cristiano. El viejo feo de Zola desaparece ante el Papa colombino, ante el Pastor blanco de la suave sonrisa.

Es cierto que la humanidad se prostituye, que los tiranos duermen sobre cojines de plumas, y el ruído de las cadenas ensordece las conciencias; es cierto que un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste y la tierra está preñada de dolores profundos. Pero Rubén espera al Cristo vindicador:

¡Oh, Señor Jesucristo! por qué tardas, qué esperas
Para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol tus divinas banderas!

Surge de pronto, y vierte la esencia de la vida
sobre tanta alma loca, triste ó empedernida,
que amante de tinieblas tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, para hacer la gloria de ti mismo.
Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo,
ven á traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco que miró el visionario,
Pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario.

*

De Groussac á Max Nordau de mil distintas maneras se ha juzgado la labor literaria de Darío, y más de un ilustre buitre heráldico, ha hincado su garra implacable y teñido de rojo el blanco vellón del Cisne.—«Con el montón de piedras que le han arrojado pudiera bien construirse un rompeolas» que retardara en lo posible «la inevitable corriente del olvido».

Sin duda, la misión de la crítica es trascendental, si ha de hacerse con talento ó al menos con ingenio. Me agradan Taine por lo intenso, Sainte-Beuve, por lo profundo, Villemain por lo erudito, Bourget por psicólogo y Lemaitre por sugestivo. Pero me fastidian Valbuena y Hermosilla.—Convertir el arte en mecánica, es prostituir el más divino de los ideales.

Y así, de esa manera cortical, ha sido apreciado muchas veces el trabajo de renovación del poeta nicaraguense. El fondo, la intensidad del pensamiento, la exuberancia poética; todas esas infinitas irradiaciones con que se ilumina la palabra, han sido desconocidas. Y eso que en frase de Joubert, las palabras se iluminan cuando el soplo del poeta les trasfunde fósforo, y conservan su sentido, como los sonidos, aún después de aisladas. Diríase que son á la

vez palabras luminosas, de oro, de perlas, de diamante, de flores.

Esa luz en Darío á veces ofusca.

Nictícorax exclama Horacio, el amable viejo del rebosante falerno.

En la sugestión del verbo é intensidad del pensamiento no tiene antecedentes ni genealogía conocida.

Podrá encontrarse quizá, en el Parnaso Americano, más ternura de sentimiento, pureza clásica de estilo y grandilocuencia de imágenes; pero difícil, si no imposible, mayor flexibilidad de espíritu y dominio absoluto de la frase.

Bello es, sin duda, prez y timbre de las letras americanas, y á manera de los antiguos patriarcas de los pueblos primitivos, que la mitología representa poetas y filósofos á la vez, pasmó al mundo intelectual con la prodigiosa amplitud de su deber y elasticidad de sus facultades. Noble, elevado, clásico, sus versos aún son recitados por el llanero venezolano, bajo el toldo secular de las selvas americanas.

Olegario Andrade, el más altivo y majestuoso de los poetas argentinos, émulo de Víctor Hugo y de Quintana, es la imagen viva y acabada de la naturaleza americana: el mismo desorden, la misma exuberancia tropical, el mismo sagrado misterio del bosque primitivo. Su imaginación todo lo «agiganta y sublimiza» en un laberinto de imágenes y alegorías. Causa miedo la esquilante trompeta de su verbo.

Y qué delicadeza de exquisito soñador en Gutiérrez Nájera. Cuando dice y sueña parece que se escuche una doliente serenata nunca oída.—¡Qué cosa más blanca que la divina visión de ese poeta trovador!

Y sin embargo, á pesar de Andrade y Gutiérrez Nájera, á pesar de Valencia y Julián del Casal, hacían falta en castellano la escultura de la prosa, la filigrana, la ondulación sensual y el capricho aristocrático del verso.

Los mismos simbolistas y parnasianos, Verlaine, Regnier y Moréas en cuenta, á juicio de Berisso, tendrán más facilidad nativa, más chispa espontánea, mayor novedad de erudición y gracia en el decir, propias del centro intelectual en que ellos nacieron; pero no siempre el colorido apropiado, la proporción matemática, la igualdad de

entonación castigada, donde todo es concluído, limado, pulido, abrillantado; donde no se ve un sólo brochazo chocante ó hiriente, sino la combinación de la plena luz con el matiz sombrío, que es la piedra de toque de los vigorosos coloristas de la paleta y el secreto donde los poetas que han conseguido legar á la posteridad las eternas vibraciones de su lira.

*

¿Estamos entonces en presencia de un fenómeno psicológico desconocido?

No.

¿Es Darío quizá algún caso de *teratología cerebral?*

Tampoco. Y en esto yo no estoy de acuerdo con Max Nordau, ni pienso con mi querido é ilustre amigo el doctor Francisco Paniagua Prado. Esas *teratologías intelectuales ascendentes,* á mi modo de ver, no existen; que los genios sean locos y desequilibrados, se me antoja una teoría deliciosa que me quita la ilusión de mi querido Alighieri, y de los labios la miel rebosante de Virgilio. Pienso más bien que el hombre tal como le conocemos es una deformación de lo que debe haber sido. Esas soberbias inteligencias, antes que desequilibrios y monstruosidades, son hermosos ejemplares de lo que el hombre fué. De siglo en siglo la Providencia se complace en puntuar el problema de la creación con esos erguidos Himalayas, César, Bolívar, Víctor Hugo, Napoleón, como para indicarnos que tras las encendidas nubes del sol poniente y más allá de las auroras sonrosadas, se esconde el Dios adorable de Zorrilla.

Os acordáis:

Qué dicen esas nubes...
. . . . ?

Pues bien, Rubén Darío es la prueba más evidente. En el arte no existe la monstruosidad. Todo lo bello es infinitamente equiforme.

«Kálon men oun éstin ó an ágaton on edu é oti ágaton», dijo Aristóteles. (Rhet. 1.9.)

*

De cualquier manera y cualquiera que sea la idiosincracia estética del poeta, en el arte caben todas las escuelas y todas las tendencias, dice Stecchetti.—No hay ni *veristas* ni *idealistas*. Hay autores que escriben bien y otros que escriben mal. He aquí todo.

Y Rubén Darío escribe bien y siente mejor. Es el poeta de los versos floridos y del pensamiento alado y sutil, á veces profundo.

Su arte, ya lo expuso él mismo en presencia del *Rey Burgués*, ha ido á la selva, donde ha quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio ó como un semidios olímpico, ha ensayado el yambo y el madrigal. Es augusto, tiene manto de oro ó de llamas, ó anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, ó zarpazos como los leones.

Que «la biografía analítica del gran poeta sería su muerte y su condenación»...? No piensa así Salvador Rueda ni cuantos literatos de valer han estudiado la obra revolucionaria de Darío. Creo más bien que cuanto más se descienda y analice, más rico tesoro se descubrirá en ese vientre de mina fecundo.—Allí está cabalmente su mérito.

A este gigante no se le debe mirar con el microscopio; hay que retirarse á la playa, allí ante el mar sonoro y misteriosamente solitario, para contemplar de lejos, ante la inmensidad de la ola y la inmensidad del cielo, al altivo señor de la montaña.

Ya se dijo: «A un artista no se le puede pedir más que su idea y su estilo y, generalmente, para ser grande le basta sólo el estilo.» Y pues se trata de un poeta y no de filósofo, prefiero estimar por su aroma á la flor, al astro por su luz, al ave por su canto, como escribió don Eduardo de la Barra.

Ponerle borceguíes al pensamiento y encerrarlo en el estrecho cauce de la ortopedia, es cortar las blancas alas del cisne y romper de una vez la armoniosa lira del pájaro en la selva.

Para el genio todo vibra y tiene voces desconocidas en el Universo. Alud ó ala, ráfaga ó huracán, susurro ó tempestad, todo es color de su paleta, que amasado con la fiebre de su pasión, lo arroja cual encendido lienzo sobre las ateridas multitudes. «El verbo puede crear su propia carne, como el caracol su concha.» Esa es la prerrogativa del genio.

. . . .

S. MEZA

LEYENDAS TRAGICAS

Infortunio

A Francisco Huezo.

—Mamita, tres días hace
que á papacito no vemos,
desde que aquellos cuatro hombres
lleváronle al cementerio;
y me hace falta su abrigo,
y me hacen falta sus besos,
y tengo hambre y no hay pan
que me sirva de sustento.
Y á tí te pido y me dices:
¡Hijo del alma, no tengo!...
Y al decir estas palabras
alzas los ojos al cielo
como buscando allá arriba,
donde brillan los luceros,
para mis penas alivio,
para tus males remedio.

Peor ¡ay mamita! entre tanto
yo de hambre me estoy muriendo,
¡y se hacen sordos los hombres,
y se hacen sordos los cielos!»

. . . .

Así un inocente niño,
débil, desgraciado, enfermo,
á su madre le decía
reclinándose en su seno,
y ella, al escuchar del hijo
los gemidos lastimeros,
prorrumpió en acerbo llanto,
y con tembloroso acento,
así comenzó la historia
de sus íntimos recuerdos:

—

—«¡Hijo de mi corazón,
tu padre, tu padre ha muerto!
y en nuestra chocita humilde
ya nunca más veremos;
ni al calor de su regazo
dormirás cual otro tiempo,
ni saldrás á recibirle
con los bracitos abiertos
como acostumbrabas antes,
cuando alegre y satisfecho,
él á nuestro hogar volvía
trayéndonos el sustento...

—

Eres huérfano, hijo mío,
ya tu padre voló al cielo,
yo le vi morir, yo misma
le estreché contra mi pecho,
y mezclado con mi llanto
me dió su adiós con un beso,

y señalando hacia arriba
me dijo: «¡Allá nos veremos!»
Yo quedé sola en el mundo
sin un amigo ni un deudo,
pobre viuda, infortunada,
sin pan, amor ni consuelo;
¡y hasta la cruz que mi madre
me dejó en su testamento,
tuve que dársela en pago
al cura por el entierro!...
y hasta el anillo que él mismo
me dió en nuestro casamiento,
cual si me arrancara el alma,
¡Ay! lo arranqué de mi dedo
para comprar una fosa
al guardián del cementerio.
Hoy el destino iracundo
nos mira con torvo ceño,
y ni un rayo de esperanza
llega á iluminar mi pecho;
y el mundo ingrato, Dios mío,
se hace sordo á mis lamentos
sin que una mano piadosa
venga á mitigar mi duelo.
y mientras otros tranquilos
reposan sobre su lecho
ó se aduermen al arrullo
de los placeres terrenos
¡mi hijito se muere de hambre!
¡Yo también de hambre me muero!
y la fiebre me devora,
y me rodea el silencio!»

—

Así diciendo, cayó
la pobre madre en el suelo
extenuada por el hambre
y la sed y el sufrimiento,
y al verla allí el huerfanito,
de su amor en el exceso,

corrió llorando á besarla
y se abrazó de su cuello,
y ambos quedaron dormidos
bajo aquel mísero techo
él, asido de su madre,
¡su madre mirando al cielo!

II

Mas el sol al otro día
salió espléndido y sereno,
y disipando las sombras
alumbró con sus reflejos,
sobre un suelo humedecido,
los tristes despojos yertos
de aquellos dos desgraciados
que en fría noche de invierno,
luchando con la amargura,
desamparados murieron:
el pobre niño sin pan,
la madre sin un consuelo.

—

Y de esos cuadros sombríos
no es este el único ejemplo,
que hay en el mundo millares
de seres que en hondo duelo
van rodando hacia el abismo
del dolor y el sufrimiento,
tal vez sin que por sus labios
salga una queja del pecho,
porque su letal quebranto
van devorando en silencio.
¡Hijos de la desventura
los engendró el hado adverso,
y pasan por este mundo
como sombras, como sueño,
como nubes vaporosas,

como perdidos recuerdos,
llevando ¡ay! los desgraciados
en su martirio sangriento,
por todo caudal el llanto,
por toda esperanza el cielo!

J. D. VENEGAS

Cleopatra

¡La eterna encantadora! De su crespo cabello
cada hebra es una sierpe luminosa y sutil,
que acaricia temblando sus mejillas, su cuello
y sus blancas espaldas de encendido marfil.

Son sus ojos azules, como el abismo bello
donde hay monstruos que asombran bajo sus formas mil;
se agitan, cual las olas, con seductor destello
y atraen con la fuerza de la perfidia hostil.

Su boca es la flor roja de quemador perfume
que hace huir el espíritu y la carne consume,
son sus senos colinas de una cima auroral!

A esas cimas subieron, coronados de flores,
y miraron los grandes Héroes y Vencedores
el arcano de muerte y la cumbre inmortal.

Anhelos

(VOLANDERAS)

¡Oh si pudiera! Iría
á media noche hacia tu tibia alcoba,
con la faz luminosa de alegría,
la audacia del que hiere á sangre fría
y el paso cauteloso del que roba.
Y de entre el blanco y aromado lino
te arrancaría, bella y sonrosada,
como una estrella del azul divino,
ó á la desnuda perla
de su brillante concha nacarada.
Descendería á tu jardín florido
bajo el dombo sembrado de luceros,
tu cuerpo entre mis brazos oprimido
y oyendo tus quejidos lastimeros.
Y poseído de potencia suma
y suprema y divina,
te arrojaría á lo alto, como espuma
leve que arroja tempestad marina.
¡Oh! ¡qué inmensa apoteosis á tu vuelo!
¡Cómo se extinguirían
las fúlgidas estrellas en el cielo!
¡Cómo despertarían
las aves y las fieras y los hombres!
y en las torres altivas, seculares,
cual en locas mañanas
de fiestas singulares,
¡cómo repicarían las campanas!

Envío

Hoy fuí, con la aurora, á ver las praderas
cubiertas de azules flores veraneras
estaban, de fresco rocío bañadas;
y al mirar las flores pensé en tus ojeras;
y al mirar las gotas pensé en tus miradas.

Siempre flor

Rosa mía,
le decía
la madre, loca de amor,
á una niña que tenía
de las rosas
el perfume y el color.
Con desenfado de niño
sus manecitas de armiño
le oprimen la faz sonriente;
cristalinas
risas hacen explosión;
y en su faz la madre siente
las espinas
de aquella rosa en botón.

Mi alma

El alma se mide por el horizonte;
en la callejuela es estrecha y larga;
y ante el mar sin límites, bajo el cielo vago,
es inmensa el alma.

¿Cuando estoy en frente
de tí, niña blanca,
¿es grande ó pequeña
mi alma?

Tu divino cuerpo es lo que contemplo
con mis silenciosas interiores ansias,
y creo que tú eres
mi alma.

Y cuando sonríes
y dices que me amas,
se iluminan tus ojos, y entonces
son tus ojos mi alma.

Pétalos

¿Dormía? No. ¿Soñaba? Tú lo sabes:
reclinado en mi lecho tristemente,
hacia el confín sombrío del Poniente,
pasar miraba esas nocturnas aves;
esas aves nocturnas
que, con fatídico y tenaz empeño,
se posan en las urnas
de los que duermen en eterno sueño.

¡Cómo suena y resuena en el oído,
del alma estremeciendo la crisálida,
el frígido crugido
de los pasos siniestros de la Pálida!
Tú llegaste, envuelta en el armiño
de la pureza,—tu mejor tesoro,—
seguida de la estela del cariño
como un cometa de su cauda de oro.
y hubo... no recuerdo. Vagabundas,
cual mariposas en la luz del día,
ó niñas pudibundas
bañándose en la fuente de la umbría,
en mi memoria viven y se agitan
tus frases de consuelo,
en las que, llenas de dolor, palpitan
las cálidas ternuras de tu anhelo.
Sólo sé que en la sombra adormecido
se arropaba mi espíritu á esa hora,
y despertóse bajo el sol florido,
¡en las plenas regiones de la Aurora!

ANTONIO BERMÚDEZ

Motivo Medioeval

La novia, triste, en la ventana espera,
á la tibia caricia de la luna,
que llegue su cantor, y que á la vera
de la fronda, su cántiga que aduna

fuegos de amor y ritmos de quimera
le llegue á modular, lo mismo que una
noche esplendente de la primavera
cómplice, silenciosa y oportuna...

Pero él no ha de llegar... Está lejano,
muy lejano, luchando... ¿Contra quién?
Contra el bárbaro pueblo musulmano,

¡por rescatar la cruz!... ¡Su palafrén
lo vió rodar con brío sobrehumano
frente á los muros de Jerusalén!

América, la gentil

Hechicera y sonriente te vi aquella mañana.
Era la vez primera que te miraba, América;
y sentí vivas ansias—colibrí—de la grana
tentadora y fragante de tu boca. Tu feérica.

Gracia de princesita de leyenda, que mana
de tus bruscas maneras de exaltada ó de histérica,
una hoguera ha prendido en mi sangre liviana
y ha entreabierto en mi espíritu una roca quimérica.

Mi sendero exomoso con un blando miraje
al mirarte, hube flor en mi desolación
y colmé de espléndido resplandor mi paisaje...

Si es un inexplorado mundo tu corazón
que custodia—inflexible centinela—el oleaje,
yo quiero ser ¡oh América! tu Cristóbal Colón!

ANTONIO BARQUERO

¡Amé todo lo tuyo!

Amé tu aire infantil y aquel modo
que tienes, orgullosa y sensitiva!
Amé todo lo tuyo y sobre todo
tu cuello de cigüeña pensativa.

Hasta tu corazón tal vez alguna
fuerza desconocida me condujo,
y como enamorado de la luna,
tu palidez de muerta me sedujo.

Amé tu cuerpo frágil; estatuita
que tiene el busto de marfil y oro
y lo demás de negra malaquita;

y en la ausencia que veloz avanza
voy á amarte también como hoy te adoro,
con toda ingenuidad, sin esperanza!

De mi joyel

Cuando la tarde se muera
con un desmayo de flor
en mi espíritu sugiere
nuevo dolor su dolor.

Y su recuerdo me hiere
como el puñal de un traidor
cuando la tarde se muere
con un desmayo de flor.

En esa doliente hora
es que mi alma soñadora
se mece en rayos de sol

como una imposible araña
al dejar su telaraña
sobre un hilo tornasol.

Idilio salvaje

En el césped mullido, y á la vera
del río parlador, bajo el follaje
que forman las hilachas del ramaje,
semejando una enorme cabellera,
el idilio bestial. La tigre espera
descuidada y gentil en el paraje,
alisando la felpa de su traje
con su lengua de púrpura la fiera.
Acusa la hojarasca el paso lento
de alguno que se acerca, y con presteza
se para el animal; se despereza

y arroja á los aires un lamento
cuando miran sus ojos brilladores
una lustrosa piel de dos colores.

II

Es el macho que viene. Fuerte y ruda
yergue su gran cabeza victoriosa,
y contempla á la tigre, tan hermosa
que hasta la misma selva la saluda!
La ve con qué fruición de lujuriosa
se lame el seno y mueve la felpuda
cola, incitando así la voluptuosa
cual si fuera mujer que se desnuda.
A su lado de un brinco. La olfatea
y los grandes deseos se difunden
en los nervios de él, cuando ella otea.
Después los tigres juegan; y enseguida
se acarician, se muerden y confunden
en el fecundo beso de la vida.

Tierra mía

Caseríos amados de mi tierra
caminitos tortuosos y sombríos,
espesos bosques y llanuras verdes
á cuya entrada están los caseríos.

Puestas de sol. Paisajes infinitos,
gigantes, cerros y profundos ríos,
Naturaleza virgen y fecunda

como la vida de los sueños míos.
Costumbres adorables y divinas.
Atávico dolor de las canciones
que cantan mis humildes campesinas.

Vosotros sois el único paisaje
que produce, sublime, imprecaciones
en mi alma melancólica y salvaje!

Ritos sagrados

Que la regia armonía de las cosas
le forme un diapasón á tu lenguaje,
y que sean tus frases más hermosas
que el canto de un turpial en el follaje.

Que aprendas á vivir en el paisaje
crepuscular de tintas vaporosas...
Tú sabes: la ilusión es el linaje
de las dolientes almas luminosas.

Aíslate. Procura que tu ensueño
blanco como el armiño, en su pureza
corresponda á lo noble de tu empeño.

Y sé cóndor. Y vive entre la cumbre
sacudiendo las alas con grandeza
para bañar la plumasón de lumbre.

II

Sé ingénuo. Que se forme tu armadura
y tu escudo interior de cosas buenas,
imitando en tu acción á la blancura
de las limpias y castas azucenas.

Sé vestal de una virgen. La Belleza;
y procura seguir siempre el ejemplo
de Jesús, quien bañado de pureza
sacó á los mercaderes de su templo.

Ten amor á lo triste y á lo extraño,
á todo lo que en sueños hayas visto,
la cruda realidad ó la ilusión.

Quiere al año que viene como tu año...
Y le formas al Arte como á Cristo
un altar en tu propio corazón.

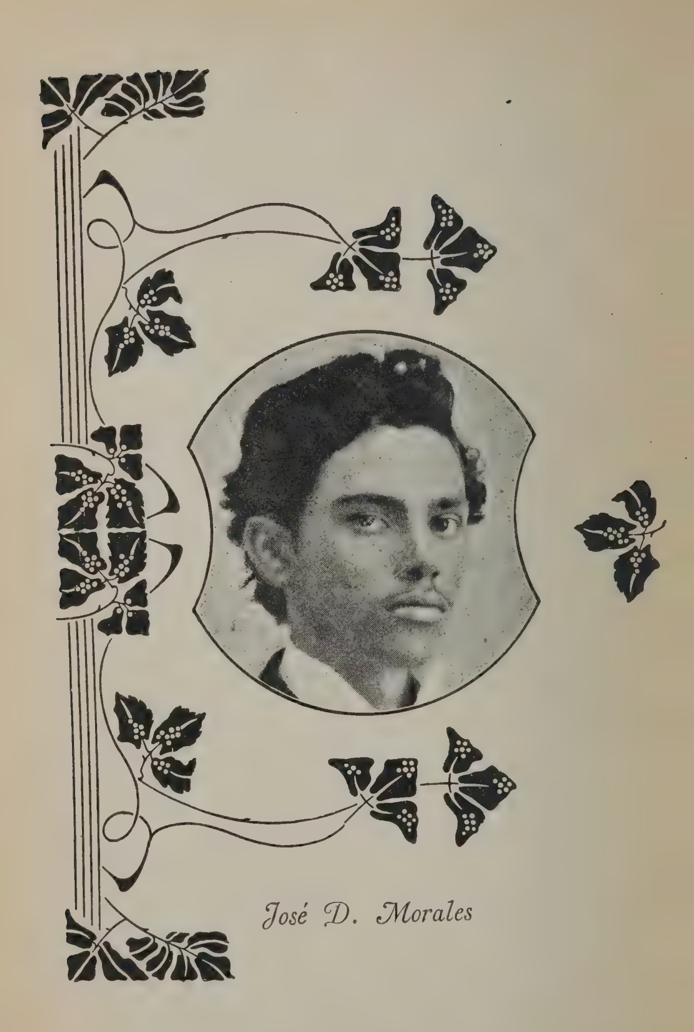
III

Y vive para ti. La muchedumbre
es estúpida y cruel. Cuando se asombra
de mirar lo esplendente de una lumbre
la quiere oscurecer y escupe sombra!

Busca la soledad. Busca el encanto
de los espesos bosques habladores.
El silencio es el dúo para el canto
de los turpiales y los ruiseñores.

Y canta tu canción cuando estés solo
y sólo para ti. Busca los giros
que detengan á Pan, dignos de Apolo;

Para esto tienes tardes y vergeles
y besos y perfumes y suspiros...
¡Para esto cuestan mucho los laureles!



José D. Morales

JOSÉ D. MORALES

Jugueteos

Niña, de luz impregnados,
—hechos tal vez para el ruego—
tienes tus ojos rasgados
que luces hoy despejados
como un azul veraniego.

*

Sobre el fleco del encaje
rueda tu bucle en torrente
como un flamante celaje
que puso en ti en homenaje
el alba rubia de oriente.

*

Con cada rizo fragante
juega el céfiro travieso.
Dando visos de diamante

fulge en tu pecho el brillante
de tu artístico aderezo.

*

Y me causa maravilla
—del sol al vivo destello—
ver que de tu gargantilla
el áureo metal humilla
cada hebra de tu cabello.

*

Si la luna veneciana
copia tu rostro bermejo,
se diría que se afana
por verse una alba temprana
sobre el cristal del espejo.

*

Como tú no habrá en Circasia
niña tan bella que exista...
con tu garbo, con tu gracia,
con tu fina aristocracia
que á todo el mundo conquista.

*

Con el donaire que vas
tu talle se balancea,
y decirte es por demás
que de tu paso al compás
como un bambú gallardea.

*

Luces, garbosa, el sombrero
con tu gracioso ademán.
Todo en él pregona esmero,
ya el pájaro prisionero,
ya la pluma de faisán.

*

Cuando en cadencias ignotas
echas tu risa al desgaire,
su chorro de híblicas gotas
les causa celo en sus notas
á los coristas del aire.

*

Para esquivar tu secreto
de tus *amantes de pro*
puede servir de amuleto
ese paisaje Watteau
de tu abanico discreto.

*

Hieres las teclas en vano...
pues no sabes si sollozan
cuando con roce liviano
tus finos dedos retozan
en los marfiles del piano.

*

Tu belleza peregrina
muchas tristezas ignora.
Aun tu pecho no adivina
que con la flor da la espina
la primavera traidora.

*

Siempre la dicha te acuda,
y no sepan tus anhelos
que es muy acerba la duda,
que la garganta se anuda
con la explosión de los celos.

*

Nunca tus labios sedeños
frunzan los crueles desdenes,
ya que tus ojos risueños
me dicen, niña, que tienes
el alma henchida de ensueños.

*

Tu sonrisa el alma toca
cuando con íntimo afecto
nos revela el ansia loca
que incita al beso tu boca
cual flor temprana al insecto.

*

Guarde tu gracia nativa
esa embriaguez de embelesos
que en una charla expansiva
brinda tu boca eruptiva
en surtidores de besos.

*

¿Sabes ya que en cada beso
se goza dicha infinita?
¿y que el corazón opreso
como un frenético preso
bajo el corpiño palpita?

*

¿Sabes ya que ese clavel
de tu boca zalamera
puede embriagar al doncel
con su cosecha de miel
que á los panales supera?

*

¿Es que en pos de tu destino,
dándole al mundo atención,
ya eleva su alegre trino
ese pájaro divino
que anida en tu corazón?

*

Ya sentirás conturbada
tu cabecita hechicera...
cuando de luz impregnada
palpite en ella alocada
la ala de la Quimera;

*

cuando tu *schic* parisién
(que gana en sal española)
llegue á prender á tu sien
—*al pensar en no sé quién*—
las flores de tu consola.

Postal

A Berta Bermúdez.

Yo quiero que sea la artística nota
que deja mi pluma sobre esta postal,
cual grito lejano de errante gaviota,
como eco perdido de música ignota,
cual órfico trino de alegre turpial.

No quiero que sea cual ráfaga errante
que roba su efluvio de aroma á la flor;
que así, robaría tu aliento fragante,
y puede ofenderse tu erótico amante
que está por tu causa muriendo de amor.

Sentada al piano

Lola empieza á *scherzar* la serenata...
Luego canta, y su acento desmayado
es la queja del pájaro enjaulado
que en la calma nocturna se dilata.

Escúchala cantar... que se desata
de su dulce garganta el verso alado
como un lento sollozo entrecortado
al vibrar de campánulas de plata.

Tristes lloran los líricos marfiles
que descifran la escrita partitura
al herirlos las manos señoriles...

como ronda orquestal de ruiseñores,
como huérfanos llenos de tristura
que se quejan de incógnitos dolores.

Al Padre Casco

(En el día de su muerte)

Ya te abrió sus oráculos la Muerte...
Ya—al remontarte á las etéreas salas—
subir la Fé redentoral te advierte
de Jacob por las místicas escalas...
por donde en vuelo, que hacia Dios convierte,
debió alzarte un relámpago en sus alas.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Donde el Cosmos se expande
querías ir?—Donde su vuelo embridan
tus hermanos los cóndores que anidan
en las grietas basálticas del Ande?

¿O á Dios que el todo de la nada crea,
que ha desligado el astro de la escoria,
que ha trazádole al sol su trayectoria
y su ruta á las alas de la idea,
sin refrenar tu anhelo,
quería tu alma anticipar su vuelo?

Finja errabundo y grave
del *Miserere* el suplicante lloro
voz de ultratumba en la medrosa nave
con las gamas litúrgicas del coro.
Que en pos del Sér increado
vas penetrando la encumbrada altura
al entornar tus párpados cansados
para endulzar la hiel de tu amargura.

¿Qué vértigo te absorbe
de Eternidad tras la perpetua calma?
¿Va á confrontarse el Genitor del Orbe
sobre el vuelo de un éxtasis, tu alma?
¿Frente al Enigma oscuro,
señalando en la nébula tu rastro,
quieres sondear la Omega del Futuro
donde genera de su embrión el astro?

Tú, Padre, que supiste
purgar de dudas la conciencia humana,
ya el dinamismo de los mundos viste?
¿Desde la sombra arcana
los has visto en errática balumba
describiendo sus órbitas en huída,
mientras no ignoras que de aquesta vida
no es una triste negación la tumba?

La vida nunca acaba... Se transforma
por donde el Alma universal se agita.

Que la vida que va tras de esa norma
que en el ritmo del átomo palpita,
siempre sujeta á trasmutar su forma
como el Fénix, del polvo resucita.
Y aunque en esta existencia se sucumba,
como el esporo en que la planta habita,
guarda otra vida en gestación la tumba.

Llegaste ya hasta tu postrer demora...
No tornarán las horas
en que á tu verbo, como el mar, sonante,
contemplarán las almas soñadoras
desfilar en metáforas llameantes
como una fúlgea procesión de auroras.

Fuiste cual cumbre etnea.
Tu labio—cráter que su entraña agota—
lanzaba entre una sucesión de notas
todo un torrente abrumador de ideas.

Como la cumbre enhiesta,
fulminante en volcánicas protestas.

Ante el ideal protervo
tú convertiste el púlpito en baluarte.
Lo envolviste en tu mágico estandarte;
y aunque de Cristo el siervo,
fuiste un pagano idólatra en el arte
al recamar de imágenes tu verbo.

La frase audaz que en la blasfemia brota
cayó á tus piés herida...
como la encina erguida
cuando la grave tempestad la azota
queda—al rodar con la corteza rota—
por el rayo colérico, abatida.

Cuando retar quisiste
se hinchó tu voz con majestad de oceano,
Tras del ideal suprasensible fuiste.
Levantando en la mímica tus manos

cada vez que en la cátedra te erguiste
soñaste en ellas sujetar lo arcano.

¡Yo no sé qué alborada
fué entre tu verbo á reventar su broche;
pues cual queda la noche
al fulgor del crepúsculo esfumada,
con sus sombras escépticas la Duda
quedaba allí ante tu verdad desnuda
como la risa de Voltaire—¡en nada!

¿Quién no tiene por cierto
que el alma á Dios con la plegaria sube,
que fué la Fé—sobre el camino abierto—
la columna de fuego ó la alba nube
que guió al pueblo de Israel sobre el desierto?

¿Que en luchas seculares
con la explosión de necia carcajada
quiera arrojar la sátira menguada
al Cordero pascual, de los altares?...
¿Por qué el árbol segar si el germen queda,
si los mártires surgen á millares
por cada mártir que en la arena rueda?

. . . .

Y del Sofisma al desatar los lazos
con sin igual donaire,
bosquejando como épicos rechazos,
Hércules parecías que en el aire
desventaba á un Anteo entre sus brazos.
Pues yo no sé por qué razón secreta
se convertían en aquel instante,
tu débil brazo en músculo de atleta,
tu escaso cuerpo en colosal gigante.
Y así—al quedar la multitud suspensa
de tu labio fecundo—
fué tu palabra la palanca inmensa
con que pudiste remover un mundo.

Tú, que del mundo pérfido el contagio
rechazabas con gestos elocuentes,
cual rechaza la mar en sus rompientes

los vestigios del hórrido naufragio...
frente á esa voz de negación que arrecia
siempre te hallaste—y de vigor no falto—
sobre el rústico monte de la Iglesia,
como un cedro del Líbano... por lo alto!

Del Arte ardiste en la exultante pira.
Sobre tu alma sincera
de monge porta-lira
fué á deshojar sus tirsos la Quimera.

*

Mientras su gloria sin cesar reparte
de pueblo en pueblo de la Fama el grito,
guarde su nombre sobre el tiempo escrito
con letras de oro el Santoral del Arte.

Y mientras *él* ante el cincel ungido
que ha de alzar su pentélica estatuaria,
surja evocando desde el bloque herido,
con su actitud de cresta solitaria,
como un salmo de Vida ante el Olvido;

plumas que sois campanas; ya en la historia
repiquemos las vísperas pascuales
que han de anunciar su amanecer de gloria
de la Eternidad en los umbrales.

LUIS AVILÉS R.

De manicomios

Amo á los locos pensativos
que tienen las ojeras cárdenas,
y ríen cuando están sombríos,
y vierten en el sueño lágrimas.

—

Amo á los locos pensativos
que tienen las mejillas pálidas,
y los cabellos blanquecinos,
y miran con miradas lánguidas.

—

A los que llevan, como Cristo,
detrás la revoltosa cáfila;
y viejos, mozos y chiquillos,
los hieren, sin piedad, con sátiras.

—

A los que buscan, como Cristo,
la compañía de los niños;
y miran con miradas lánguidas,

y ríen cuando están sombríos,
y vierten en el sueño lágrimas.

A una romántica

¿Cincel? pondría en tu pulsera
el símbolo de la quimera.
¿Estilo? raro yo escribiera
para tu blok, estrofas raras.
¿Pincel? haría tus mamparas;
y nota, para que cantaras,
parlera: primavera fuera.

A una espiritual

Evocatriz de un mito lejano,
¿en qué bajo relieve pagano
perfiláronte la mano?
¿Y tu sagrado busto agareno;
y aquése misticismo sereno
de tu porte nazareno?
Dime, ¿qué artífice bizantino
con jaspe consagró lo divino
de tu rostro peregrino?
Oye: con lirios hoy te blasono,
con lirios de pluvial medio-tono,
por tu cándido abandono.
Por tu carnal y mártir ayuno;
por blanca; por tú Dios trino y uno,
trino y uno, trino y uno.

Todo tu martirio me lo quiero yo

Jesús de los buenos, buen consolador;
Señor de los flacos, divino Jesús.
Yo quiero tus llagas dolientes y tus
rojos cardenales, pálido Señor.

Yo quiero que hagas mío tu dolor;
sudar la agonía clavado en tu cruz,
y ver mi montaña cubierta de luz,
de sombra, de sangre, de bien y de horror!

Todo tu martirio me lo quiero yo:
el verde brevaje que tu labio hirió,
el fuerte flageo que te flageló;

tus resignaciones, tu amor y tu fe;
pero hazme, Señor, hazme la mercé
de ver á mi madre ¡á mi madre al pie!



Santiago Argüello

SANTIAGO ARGÜELLO

Canicular

Pasa el Dios. Nuestro Padre el Nilo pasa.
Su lenta cauda de cristal desliza
como en felpa recóndita y se riza
con el pausado andar. Un sol de brasa

cae sobre él, torrencial: un sol que arrasa
y echa soplos de fiebre en cada brisa;
un sol que anega en sueño la sonrisa
de cada loto azul. El dios se abrasa.

Y en esa hora de siesta, y á la vera
del vasto lecho de sopor del Nilo,
con las fauces abiertas, cual si fuera

dentada sierra en que relumbra el filo,
inmóvil, cerca de una datilera,
bosteza bajo el sol un cocodrilo.

El Aguila y la Hoja

Dijo una vez el águila:
—Como yo, ¡nadie sube!
Me besan calofríos y vértigos al paso.
Mi Adriático es el éter, mi góndola es la nube,
mi tolda es un celaje de púrpura y de raso!

Como yo, ¡nadie sube! Yo podría, en las noches
en que tiemblan de frío los gusanos rastreros,
abriendo con el pico los inviolados broches,
¡sorber luz en los cálices de un jardín de luceros!

¡Oh en los días de nieve, con mis remos pujantes,
hender brumas en busca de fúlgido arrebol,
y sorber de los rayos las cañas calcinantes
con la garra clavada sobre el filo del Sol!—

Dijo. Y al ver de nuevo sus poderosas galas,
como una reina el manto, se sacudió las alas.

—Como yo, ¡nadie sube!—
Y se tendió en la nube.
Y repitió subiendo:—Como yo, ¡nadie sube!—

*

—¿Quién eres?...
—Hoja seca.
—¿De dónde vienes?
—Vengo

de arriba, muy arriba!
—¿Tienes alas?
—No tengo.
—Hoja seca sin alas, ¿quién te infundió ese aliento
para subir más alto que mi realeza?...
—¡El viento!...

Ya lo oís, ¡oh guiñapos de la calle vecina!
Cobrad ánimo, estultos! No desmayéis, babiecas!
Que si en la tierra un loco viento se arremolina,
más alto que las águilas suben las hojas secas!

El vaquero del cortijo

I

El vaquero del cortijo
se despereza en su lecho,
y con sopor medio entorna
los párpados somnolentos.

A las estrellas preguntan
sus ojos qué hora es; y luego
sabe ya qué hora es de fijo;
porque son para el vaquero
un alfabeto de plata
las estrellitas del cielo.

*

Corcel arrollado al brazo;
la blusa, abierta en el pecho;
la cuba de palo, al hombre;
y el ojo rumiando sueño.

*

Ubres rojas, ubres rojas
pasa estrujando el vaquero
allá, en el corral sentado,
la cuba de palo al suelo,
arremangada la blusa,
llenos de espuma los dedos.

Y, mientras en la honda cuba,
bajo el matinal silencio,
intermitentes dialogan
los chorros de leche hirviendo,
y la ubre congestionada
le brota espuma en los dedos,
piensa en la choza vecina
y en quien la habita el vaquero.

Y una visión surge: lirios
sobre los lirios de un cuello,
sobre el rosal de unos labios,
sobre el ígneo terciopelo
de unas pupilas, y sobre
la onda oscura de un cabello.

Y el canto del gallo finge
las campanillas del templo;
el olor de la albahaca
parece un olor de incienso;
y la espuma de la leche,
la espuma nupcial de un velo.

II

El vaquero se fué;
el vaquero salió...

El vaquero no está en el cortijo...
Se marchó el vaquero con el ansia de una desesperación.

*

—Adiós, Pedro, dicen.—Adiós, niña, dice
sin saber qué dice cuando dice adiós.

*

Se desgrana en su pecho un rosario
que, en tropel de golpes, reza el corazón.
Engarzadas en el hilo de la angustia,
cada cuenta es un dolor.

*

Cuando estaba viendo cómo
se ponía lento el sol;
le dijeron al vaquero:
—Ven vaquero: ¡Ya murió!

Y el vaquero se fué.
Y el vaquero salió.
El vaquero se fué en busca del cortijo,
con el ansia de una desesperación.

*

Boca esbozando alaridos;
ojos, abierto de horror;
desabrochada la blusa,
y sin sombrero y sin voz,

como una bestia salvaje,
en el matorral se hundió!

III

Y era verdad. Ya estaba
la zagala tendida.
Como una gran congoja hecha silencio,
la tarde la envolvía.

*

Cayó el vaquero
junto á la niña.

—Tú me la diste,
Virgen María!

*

Y la noche bajó. Y el vaquero
siempre de rodillas;
Y, como una burbuja, la plegaria
de sus labios extáticos salía.

*

Los invisibles miedos de la noche
cuajan silencio en torno de la niña.

*

Y él vaquero la besa;
y el vaquero la mira;
y la quiere sorber con la mirada
para guardarla eterna en la pupila.

*

En sollozos dilúyense los besos,
bajo el silencio de la noche fría...

*

Y, rasgando la veste del silencio,
va el mosquito tenaz que un son afila;
chasca la oreja del mastín; humea
el mechón de la vela, que crepita;
el silente suspiro de una ráfaga
entra y torna á salir... Y allá en la fría
sombra, se oyen los gallos que aletean,
con anhelos de lumbre matutina,
sacudiendo tinieblas con sus alas
en el vasto corral de la alquería.

IV

—Suelta esa rosa marchita!
¡La vida te habla, vaquero!
Ya la flor recién nacida
perfume engarza en el viento!
Arrolla el cordel al brazo,
y empuña el ordeñadero;

porque ya la vaca muje,
la leche se está saliendo,
y asoma en la empalizada
la cría el hocico hambriento!—

Tal dice el canto del gallo,
y tal le dice al vaquero
el alfabeto de plata
de las estrellas del cielo.

*

Y el vaquero se va. Queda sola
la rosa marchita que yace en el suelo!...
El hambre lo llama.
Su padre está viejo!
¡Qué dichosos los vivos que pueden
estar con sus muertos!...

*

Ubres rojas, ubres rojas
pasa estrujando el vaquero
allá en el corral sentado,
la cuba de palo al suelo,
arremangada la blusa,
llenos de espuma los dedos.

Y, mientras en la honda cuba,
bajo el catinal silencio,
intermitentes dialogan
los chorros de leche hirviendo,
y la ubre congestionada
le brota espuma en los dedos,
van las lágrimas rasgando
la espuma nupcial del velo.

La Copa de la Reina de las costas felices

Bajo lienzos hilados con espuma, dormita.
Como un casto misterio, suavemente palpita
la paloma del seno, so las manos en cruz.
Leve sombra acaricia los ojuelos dormidos;
y, en los rubios cabellos en la almohada tendidos,
por dorarse las alas, juega un rayo de luz.

Allí duerme la Reina de las Costas Felices...
Si buscas esas Costas, tu barca no deslices
¡oh viajero explorante! sobre el piélago azul.
Embarcado en un sueño, quizás llegues... Sin vela
ni timón, es el sueño la mejor carabela
que á los mares conduce de esa vaga Stambul.

Allí tiene la Reina, por suizos, mariposas;
por mosquetes, capullos de claveles y rosas;
y por regia bandera, vespertino arrebol.
Su tesoro es un cáliz de ideal pedrería;
su visir es el Pájaro de la Dulce Harmonía
con el álula blanca ribeteada de sol.

Ella tiene una copa: su talismán. El vino
los bordes ensangrienta del labio cornalino;
hierve en el ojo; y luego, pasa la procesión...
Es la copa historiada de los mil arabescos.
Como estrella cintila, huele á pétalos frescos,
es de rosa y de nácar, y se llama Ilusión.

*

—Reinecita, ¿qué miras cuando la luz amengua?
(Con la copa en los labios, como un áspid la lengua,
paladea la pócima con delicia infantil.)

—¿Qué no ves?... Son brahamanes y doradas princesas
que á mirarme se acercan!... Irradiando promesas,
sobre un tardo elefante, viene un dios de marfil...—

(Van pasando las nubes á los soplos del viento
desgarrando sus formas en el fluído elemento...)
Llega el traje de novia, llega el velo de tul.
Para regar, un hada, los nupciales senderos,
va con su cesta blanca recogiendo luceros
lirios de luz prendidos en el ramaje azul!

De la distancia trémula tras las pálidas blondas,
Samarcandas emergen y doradas Golcondas,
donde impera el alfange de un efebo: ¡el Rajá!
Y, al vaivén de ensoñados tumbos arrulladores,
sobre amados regazos y en un caique de flores,
¡ella misma!... ¡qué alegre!... ¡la reinecita va!...

(Van pasando las nubes á los soplos del viento,
desgarrando sus formas en el fluido elemento,
como de los funámbulos la loca sucesión...)

Con su carga de perlas, despunta un dromedario...
¡Llegan ya los presentes del amante corsario,
y á servir á la reina viene, el rey Salomón!

Pasa una regia guardia y una caballería.
El alfange de Córdoba y la rica gumía
y el corsesque, relucen con su filo letal.
La alabarda de Suiza y el pontón de Bretaña,
partesanas tudescas y trabucos de España...
Y, en el asta de fuego, la bandera marcial!

Pasan mil consejeros togados; los obispos,
graves y adamantinos; van los bufones chispos
de gozo y vino... ¡Emerge rico parque de amor!
Con la Alteza el Abate: la cintura y el brazo.
Musicales caricias dan las lenguas de razo,
mientras nieva perfumes el jazminero en flor.

En el pilón de pórfido, criban los surtidores,
diamantes. Allí un paje—capullo entre las flores—

mira lánguidamente la mansión señorial;
y suelta de sus ojos, húmedas mariposas
que, temblando las alas amasadas con rosas,
se posan en el loto de la pupila real.

*

—Esos labios orantes, ¿con quién hablan?... ¿Qué dicen?
¿qué murmura la Reina de las Costas Felices?...

—Que me traiga las púrpuras el señor Chambelán!
mi copero...—
(Las nubes van pasando en el viento,
desgarrando sus formas en el fluido elemento,
y, en piruetas funámbulos, alejándose van...)

*

Llegó un día aquel bárbaro de la agreña figura.
Es un tronco de roble por su musculatura.
Cuando él habla, dijérase que regaña un lebrel.

—¡Soy la verdad!—
Su potro sobre la Reina echaba.
Y cuando así decía:—¡Soy la Verdad!—rascaba
la polvorosa tierra, con su casco, el corcel.

¡Soy la Verdad!—decía. Y en sus pupilas grises
nevaba. ¡Pobre Reina de las Costas Felices!...
¡Su talismán le quitan! ¡No tienen compasión!...
¡Ay la copa murrina!... ¡la de mil arabescos!...
¡Se rompió!... La que huele como á pétalos frescos;
que es de rosa y de nácar y se llama Ilusión!

*

¡Pobre Reina! Los reyes no se acercan ya á verla.
Se evapora el castillo, cual de un cáliz la perla;
y aquel paje hechicero ya dejó de existir.
¡Pobre Reina! Ya el aire caricias no le lleva,
ni en perfumados copos el jazminero nieva;
y en su góndola de alas se le fué el Gran Visir...

*

—Reinecita, ¿qué miras?...—
—Nubes sólo en el viento...—
Iban, iban las nubes en el fluído elemento,
con sus vientres á rastras, en un cielo otoñal;
y en una dolorosa penumbra que caía,
tras el heraldo mudo de la Melancolía,
llegó la noche triste, bajo su negro chal.

Ella volvió sola del bosque

Ella volvió sola del bosque,
llena de frutas la banasta:
con ruborosos mangos, y naranjas y hasta
con imperiales piñas coronadas. El bosque,
jadeando de prisa, detrás de la frutera,
se echó al suelo de bruces con la lengua de fuera.

El amado, en su lecho, muy enfermo expiraba.
La amada anduvo sola por el monte, muy sola
solita con el perro, que á veces se quedaba,
y á veces la seguía meneando la cola.

¡Vuelve que es una rosa. El ojo oscuro brilla;
y en el bosque el bochorno le prendió una amapola
sobre cada mejilla.

*

El enfermo sonríe cuando la ve: El cuitado
siente en sus palideces fugitivo arrebol,
como, tras de la lluvia, cercenando el nublado,
¡pasa el filo glorioso de la risa del sol!

¡Antes iba con ella
á respirar esencia, á oir el trino,
á seguir de las tórtolas la huella,
y á sembrar de caricias el camino.

¡Ora se hundía entre la verde gruta,
bajaba un nido del boscaje espeso,
ó sorbía con sed su lengua enjuta
agrio zumo en la pulpa de una fruta,
ó en la pulpa carnal la miel de un beso.

Y hoy... ¡no puede! Hoy en su alma las mil tristezas nievan.
¡Ya no hay zumos ni olores, ni palomas! Enfermo,
su pecho es una larga desolación, y llevan
á enterrar su esperanza cuatro padres del yermo.

*

¡Deja sus frutas ella;
se acerca á la penumbra
del lecho; sobre el triste su mirada destella
las inflamadas sombras de sus ojos; y alumbra
el rostro del enfermo lo mismo que una estrella.

¡Muy cerca de él se inclina.
Le trae arrullos su boca purpurina,

la miel dorada que la abeja borda,
y celajes y efluvios
y el brote ardiente de los granos rubios.

Y al doblarse sobre él se le desborda
en la faz del yacente demacrada,
la onda adorable de su pelo suelto;
y deja el rostro envuelto,
cual si volcara un dios una cascada.
¡Y, como al toque mágico de una hada,
siente el enfermo que el amor revive,
cuando en el rostro lánguido recibe
el torrente de sombra perfumada.

Se adhiere á los cabellos con la mano,
como, al caer, al báculo el anciano,
como al suelo, sedientes las raíces;
y el rostro entero acolchonando en ellos,
siente henchirse de savia sus narices,
y aspira todo el bosque en los cabellos.

La verdadera desnudez de Friné

Orillas de la mar. La gente griega
festeja á Ceres con ardor pagano,
y á la holganza y al júbilo se entrega
con su tirso de espigas en la mano.

La tarde arrulla al mar: como divina
canéfora que el éter embalsama,
va en los rizos cabellos de la ondina
deshojando sus pétalos de llama.

Desángranse en la linfa astros heridos,
la espuma es fleco de ámbar en la riba,
y fulguran los pétalos, prendidos
en los quiebres de la onda fugitiva,

Se escucha un ronco rezongar de fragua,
sopla el tritón su caracol sonoro,
y la sirena, alegre, echa á flor de agua
su cola azul lentejuelada en oro.

Oteando el sendero, la cabeza
Pan entre el verde de la fronda asoma:
y se siente en la gran Naturaleza
como un inmenso arrullo de paloma.

—¡Callad!...—Y el entusiasmo arde sus bellos
cirios en sus olímpicas capillas.
En los húmedos ojos hay destellos,
y erupciones de sangre en las mejillas.

¡Es que llega Friné!—Pasa la helena:
buscando el mar, su vista se dilata;
y ha susurros de linfa por la arena
la cauda de su túnica escarlata.

Aproxímase al mar, llega á la playa;
y, con gesto de Kipris Philomeda,
quiere ser una ninfa de la Acaya,
y con el traje de las ninfas queda.

La túnica se arranca, el broche suelta,
le quita el nudo al cinturón, le quita
la estema rica á la cintura esbelta;
la red de gasa en donde el seno habita;

y la sandalia, cárcel primorosa;
y, del pecho, la banda, que circula;
y hasta el leve estrofión azul y rosa,
y hasta la cinta que en el muslo ondula.

—¡Anadiómena!—claman.—¡Es la Dea!...
Y hay, en verdad, deslumbre sobrehumano
en esa hostia de carne que blanquea
en la patena azul del oceano.

Y ella entreabre sus labios, y se irisa
su rostro divinal de luz impreso;

y se asoma una plácida sonrisa
en la cárcel de púrpura del beso.

Y, enarcando sus brazos en guirnalda,
el broche suelta de sus rizos bellos;
y echa á rodar sobre la nívea espalda
la negra ondulación de sus cabellos.

Prosternada cayó la gente griega,
del ensueño en las místicas escalas,
bajo un hondo silencio que despliega,
como un velario de éxtasis las alas.

Entre esa muchedumbre de ansias llena,
Praxíteles empuña sus cinceles;
y, ante la excelsa desnudez helena,
se enciende el ojo soñador de Apeles.

Y mañana, de un alba en el comienzo,
cual si de efluvios de Friné se hiciera,
va á nacer *Anadiómena* en el lienzo,
y *Afrodita de Guido* en la cantera!

Después...

Media noche. Una lluvia que despierta
miedos en los insomnios. Pasa el viento,
y hace chirriar los goznes de la puerta;
en la vela temblar la luz incierta,
y de sombras cubrir el pavimento.

Del triste cuarto en el recinto estrecho,
varios bustos inmóviles; profunda,
desoladora angustia en cada pecho;
la silueta de un Cristo sobre el lecho;
y, en el lecho, mi madre, moribunda.

*

—¡Quiero estar cerca!...—Penetré con miedo.

—Que no vea mi faz acongojada!...
Mas fué mi sombra, por la luz, pintada;
y la pobre exclamó, quedo, muy quedo,
con temblorosa voz:—¡Sombra adorada!...—

Luego, ronco estertor; luego, el reposo;
lágrima fría en párpados de muerta;
el pasaje del gato cauteloso;
y los vuelos de un viento quejumbroso
que hace chirriar los goznes de la puerta...

*

Ya la mano que á mí me bendecía
no pude bendecir. Mi santa guía
no me puede guiar. Mi voz la nombra,
y ella está muda en su mansión sombría...

. . . .

¡Cómo fué que dejaste, madre mía,
á esta *sombra adorada* sin tu sombra!...

PARA EL

(Para aquel retoñito mio arrancado de mî por la muerte)

Frente á mí, la noche. El árbol su ramaje paraliza.
—Un ramaje que se agobia bajo el peso de la sombra,
de la sombra y del silencio...—Luz de luna se desliza
por las hebras del follaje; luz que, á trechos indecisa,
pinta el césped. Se diría que una piel de tigre alfombra.

¿Tú te acuerdas?... Esa noche te acercaste á mí. Pusiste,
tierno lirio que se dobla, tu cabeza en mis rodillas.
¿Por qué así doblaste el cuello? ¿Por qué estabas tú tan [triste
cuando, pálida, la luna puso un beso en tus mejillas?...

¡Todo inmóvil, todo mudo, en la pensativa noche!...
Allá lejos... un lucero que se extingue... ¡último broche!...
Y en lo mudo, y en lo inmóvil, por momentos, pasa un [blando
viento suave, siseando...
como el eco de un arroyo, como algún lejano rezo,
ó el chasquido de algún beso
que alza el vuelo... siseando...

Yo miraba... tú mirabas... Y en el éter ascendía,
cual rodela desprendida de algún témpano glacial,
lenta y blanca, aquella luna... lenta y fría...
como novia agonizante que las blondas desprendía
de su casta luz nupcial.

Tú mirabas. Yo miraba. Preguntaste:—¿Qué es la luna?
Y te dije:—¡Es una garza! Una garza que aló al vuelo
en la costa silenciosa de una pálida laguna.—
—¿Por qué sube?—¡Es que va al cielo!—

Y la luna, lentamente, por el éter ascendía...
Todo blanco... todo blanco... Tú mirabas, yo miraba...
Y, á los besos de la luna, ¡parecía
que la noche suspiraba!...

Vi la sombra de una duda, que posábase en tu ceño.
—¿Y tiene alas?...—Blancas, suaves,
alas con malla de ensueño,
hecha de luz en la nieve... ¡que no son para las aves!...

¿Miras la luna?... Es la garza que, deslizando sus galas,
va en el estanque divino, sobre las aguas dormidas.
Y ese inmenso, blanco velo del abismo... son sus alas!...
¡son sus alas extendidas!

. . . .

Y pasó una noche, y otra, y otra noche fué pasando...
¡Y yo sólo!—(¡Tú no estabas!) ¡Y yo, solo, sollozando!...
Una criba de luz era, de luz blanca y misteriosa,
cual la quieta noche de antes, el ramaje.
Y tu garza—¡aquella luna!—por la noche silenciosa
deslizaba... deslizaba... lentamente su plumaje...

Yo miraba...
Tú ya no... Mi mano fría
ya en tu frente no posaba!...
¡Parecía... parecía
que la noche suspiraba!...

¡Tú te fuiste, como aquella novia lánguida, ¡la luna!
Como aquella lenta garza de la pálida laguna...

¡La envidiabas! Y, al impulso de tu anhelo,
por cubrirte con sus galas,
tras la luz hecha de nieve, garza mía, alzaste el vuelo!...
Tú también, como la luna, ¡tú también subiste al cielo!
¡Tú también tenías alas!...



Manuel M. Páez

MANUEL MODESTO PAEZ

En el piano...

(De «Corona de Sonetos»)

En el teclado la armonía arrancas
cuando recorres con tu blanca mano
las dulces cuerdas del sentido piano
tus manos son dos mariposas blancas...

Oigo flotar entre las notas francas
las áureas alas de mi amor germano
y me imagino al cisne Wagneriano
acariciado por tus manos blancas!

Se deshoja en cristal la melodía
como una serpentina en la corriente,
y tu voz tiene el eco balbuciente

De la música gris de una elegía,
la elegía esfumada en la agonía
de un amado dolor secretamente...

Cosas de montaña...

A la vera de los rubios trigales
que espigan su seno repleto de oro,
entre ritmos y cantos marciales
trinando aparecen las aves en coro.

La fuente sonaba su vidrio sonoro,
el sol derretía sus tonos prismales,
un pastor sonaba un cuerno de toro,
una aldeana pasa por los arrozales...

Aurora se enciende de púrpura y lila
y baña de rosas las verdes colinas
que sienten la fuga de las golondrinas...

Una peña chorros de agua destila,
un grupo de ganzos invaden la pila,
parecen cien nubes en una pupila...

Española...

Allá en la tierra del toro
donde nació la autocracia
es donde reina la gracia
desde el gran siglo del oro!...

—

Con la tendencia del moro,
se ha deshojado la acacia
en la sangre que se vácia
por la seda del decoro...

¡Viva toda la alegría!
viva el mareo del vino!
vítores á Andalucía,

—

Venga una rosa de trino
del jardín de la armonía,
viva España, viva el vino...!

SOLÓN ARGÜELLO

Al regresar de las Islas

Con las velas ya rotas, el timón hecho trizas,
en pedazos el mástil que se irguió siempre fiel,
sin canciones alegres, sin alegres sonrisas,
ha llegado á esta isla mi abatido bajel.

Descrestó los oleajes, que son bravas serpientes
encorvando sus torsos, los de escamas de azur;
y ha emitido los cantos de su lira, dolientes,
recordando las costas de sus tierras del Sur.

Como Ulises en busca de la ínsula flaca,
ha bogado, incesante, sin poder encontrar
esta playa querida, donde el Sol se destaca
sobre el solio de púrpura é infinito del mar.

Mas, al fin, hoy mi barco llegar pudo, Dios mío,
aunque aún rugen las olas como ruge Luzbel,
mientras mi alma agoniza tremulante de frío
con un dardo muy hondo, que la hiere crüel.

Y al tocar á esta isla se han llegado al remero
preguntando «¿qué traes?» con inútil afán,

á lo que ha respondido con decir plañidero,
señalando la muerte de su esquife viajero:
¡Una tumba tan sólo do mis sueños están!

Las brujas

Decidme, ¡oh! viejas brujas
doctoras de las sábados,
ya la buena ventura
ó la mala.
Buscaos
en las noches de luna
los más feos yerbajos,
los que ocultan
lo más raro:
murciélagos que fuman
ó espeluznantes sapos,
alas negras difuntas
de buhos malhadados,
y víboras que ondulan:
todo bicho que dé asco,
¡oh! las brujas,
Doctoras de los sábados.

Y en marmitas que gruñan,
y en hornillas de barro
echad la grasa inmunda
que os aportan los drasgos
desde las sepulturas
de muertos putrefactos,
cuando aúllan
las hienas en el campo.

Y que hiervan, que rujan
tras los conjuros mágicos
y las muecas que emulan
los gestos demoniacos,

al culebrear columnas
de fuego y humo fátuos,
que en la gruta
dicen futuros casos,
¡oh! las brujas
Doctoras de los sábados.

Y haced que emerjan unas
sombras, colmillos largos,
y que surjan
fieros diablos
que en nocturnas
asambleas de pálidos
me digan la ventura
que reservan los hados,
¡oh! las brujas
¡oh! las brujas
doctoras de los sábados.

—Crac crec croc.
Gato negro, maúlla.
Crac crec croc.
Perro flébil, aúlla,
croc croc.

—Que en nocturnas
asambleas de pálidos
me digan la ventura
que reservan los hados
doctoras de los sábados...

—¿Qué faz de la luna buscas?
crac crec croc.

—La que á Cíteres alumbra
entre las rosas de amor,
¿Aún habrá para mí una...?

—Crac crec croc.
¿Cuántos años há tu daño?

—¡Oh soy viejo! Toqué hoy
vigésimo octavo escaño...

—¡Uf! ¡qué horror!
Humo, sube,
croc, croc, croc
Huye, nube.

(Y alzaron el vuelo las viejas,
las doctas perversas,
cual parva de Furias famélicas
con gritas y burlas siniestras,
haciendo mil muecas.
Sus híspidas largas melenas
tendíanse negras,
cual luengo penacho de luengas
humaredas.)

LA GOZQUE DE LA GRUTA

I

Secuencias de una muerta

Y se oían broncos, fúnebres aullidos
de una gozque negra, rara y diminuta,
cuyos tétricos gemidos
en el fondo del gran bosque,
denunciaban ser guardianes de la gruta,
de la gruta que habitaba aquella gozque
y se oculta siempre virgen, siempre hirsuta.

—

Y se oían los gemidos y volaban,
como besos moribundos que vagaban
en el bosque solitario,
tras los labios que escondiera frío lienzo funerario.
Y la gozque vigilante,
centinela que no duerme ni un instante,
en la urdimbre de las sombras enhebraba
los acentos,
que en sus alas gemebundas aportaba,
como polvos de tristeza, la parvada de los vientos.

—

Y no hay calma
ni en la gruta, ni en el bosque,
¡que esa gruta siempre virgen, es el alma!
¡la Esperanza, ya cadáver, es aquella oscura gozque!

—

Y la gozque decir quiere:
—No avancéis á mi sepulcro, no lleguéis á donde moro,
donde plañe el Miserere
como el alma de una tórtola que muere,
cual cordaje—siete lágrimas—de una enferma lira de oro.
No arribéis, soy la Esperanza,
yo fuí el numen del poeta;
mas un día Parca hablóme y acepté su gris alianza
y troqué por piel rugosa la que fué raso y violeta.

—

Hoy tan sólo soy difunta,
soy espíritu que, errante,
gano el solio de la cima por mirar si se barrunta
nuevo Cristo que á mi cuerpo como á Lázaro levante.
¡Y ay! ¡en vano!
¡nunca llega!
sólo algún pesar tirano
va rondando mis linderos con un ansia que me ruega;
ó bien nuevas ilusiones
engañosas

van pasando, van pasando por mis gélidas regiones,
ofreciendo á mi sepulcro bellas rosas
y emitiendo como Lore sus dulcísimas canciones...
Pero... ¡alerta! yo no duermo
y ahuyento á las sirenas á sus ínsulas lejanas,
donde no hay flores, ni frutos, porque allí todo está yermo,
donde un canto finge el lloro funeral de las campanas...

II

Desfile macabro

Y seguían los aullidos
como polvos de tristeza por los vientos recogidos,
como besos moribundos en el bosque solitario
tras los labios que escondiera frío lienzo funerario.

—

Grandes flecos
extendiendo iba la noche
y se abrían en un broche
los gemidos, desflorándose en los ecos;
ecos broncos,
ecos roncos,
que cual pájaros volaban
y chocaban
en los troncos.

Y á la vera
del boscaje aquel doliente
procesión iba cruzando con la voz más plañidera.
¡Era un grupo informe, fúnebre y silente,
de brumas de piélagos
como espectros pálidos,
como siluetas de difuntos murciélagos

rondando en las ruínas de países cálidos!
Y agobiados marchan, lívidos, los días
bajo el peso tenebroso de las horas;
unos con muecas traidoras
y otros con las de agonías;
pero todos muertos,
híspidos y yertos,
pasan y se pierden en las lejanías
como en hosca selva las aves tardías.

—

Como en un miraje,
veo deslizando en todos los ensueños
que caer he visto sobre el andamiaje
con que de oro los alzaban mis artífices risueños:
artífices niños de cuando la suerte
no me hacía ir por el mundo siempre nómada, beduino,
como símbolo del hombre que dirígese á la muerte,
donde el fin descansa de luengo camino.
Desfilando miro macabros pendones
¡y después... los golpes que me dió el destino
al destruir mis tiernas larvas de ilusiones
con las férreas lanzas de las Decepciones!

—

Y el desfile proseguía
silencioso, lento, lento;
y el lamento
de sus pasos funerales, se perdía
como en losas de algún lóbrego convento.
¿Eran locos? ¿eran cuerdos?
¿Eran vivos ó difuntos?
¡Oh los brunos desfilantes mis recuerdos!
¡Oh esqueletos que me rondan todos juntos,

—

Y luego se mira
una rezagada,
trépida enlutada

que, sola, suspira;
pálida, que viene
su abundoso llanto
desgranando en gemas, con ritmo que tiene
las fúnebres notas del flébil quebranto.
¡Oh! Quebranto, el bardo,
herido poeta de piel de leopardo!
herido poeta de piel de leopardo!

—

Y la gozque mira con ojos dolientes
la visión que avanza; y murmura entre dientes:

—

—«¿Quién viene á lo lejos á la selva oscura
y pavor me causa, dáme escalofríos
y bajo del manto se ve su hermosura?
¿Quién viene á lo lejos con pasos tardíos?
¿Quién ese esa sombra que despacio avanza,
que trae en sus labios un nido de aromas
y sus gracias vénse desde lontananza?
¿Quién es esa muerta que aman las palomas?

—

¡Ya se ve llegando!
¿Quién es? ¿por qué tiemblo? ¡tal vez la conozca!
Se acercan sus pasos cual de imagen hosca
y cual cervatillo me siento temblando!
¡Es ella! ¡la Diosa!
la amada del joven y enfermo poeta,
la que yo seguía cual la mariposa
que en la luz incendia su azul, oro y rosa,
ó cual falderilla trémula é inquieta.
¡Oh, Mireya que á la tumba de las tres Santas Marías
dejándome triste
te fuiste,
mientras—aves graves—las melancolías,
en sus alas me llevaron á brumosas lejanías.
Dí, Mireya, ¿eres mi Cristo? ¿Me traerás vida y consuelo?»

Mas Mireya no contesta porque hablar no puede el hielo;
pasa grave y silenciosa por la virgen gruta yerta
y un suspiro melancólico, de duelo,
se desprende como pájaro, del velo
de la muerta.

III

Donde aparece el Cristo

Se ven claridades;
y como un inmenso y dorado abanico,
mírase que extiende por las soledades
el Oriente, artista de acuarelas rico.
Las tinieblas huyen, hórridos vampiros,
arrastrando el ala,
con leves suspiros
como brunos vahos que la tumba exhala.

—

Van tras de los cuervos,
rudos desfilantes,
los que aún quedan rezagados como espíritus protervos
que desfilan con sus garras y su pico, amenazantes.
¿Son los cuervos? Los malditos,
los que ansiando rubras carnes y valiéndose de mañas,
me causaron en el mundo los dolores infinitos
cuando en mi alma hicieron sombras y me hirieron las
[entrañas;
Son los que hoy ante mi vista que se enturbia pasan...
[pasan
cual frenéticas visiones, cual imágenes dantescas,
y unos muéstranse aflictivos y en su llanto cruel se abrasan
y otros quiebran carcajadas, repugnantes y burlescas.

Y huyen viendo que el paisaje
se abre espléndido y sonriente,
mientras vése juguetear en el frondaje
la abejilla del panal ígneo de Oriente.
Y es el triunfo de una fiesta,
pues el músico del nido, dando vuelo á sus ensayos,
ve al anciano ruiseñor, rey de la orquesta,
que ha tomado por batuta de la luz un haz de rayos
que, neblina diamantina, va inundando la floresta.

—

Mas, ¡oh! cielos,
¿quién aporta
con el Alba por escudo, los consuelos
con que el alma se conforta?
¿Es el fluído que sutil funde los hielos
que grutean muy al Sur y muy al Norte
dando asilo al Brujo Níveo y á Guadaña su consorte?
¿El que presta á los insomnes doloridos
el beleño de la aurora,
tregua santa de dolores y quejidos,
vital, reanimadora?
¿Es el Sumo de los Astros
que aparece bajo azules parasoles,
con su manto, de que deja ígnicos rastros
de arreboles?
¡Esa regia aparición que el ritmo inspira
puede más y es más amable!
En sus brazos trae eterna y sacra lira,
y sonriéndose inefable,
en su boca un sacro beso, como luz mariposea
y se adueña—soberana—del espíritu... ¡Es la Dea!
«Es mi Cristo» dice el canto de la gozque;
y cesaron los aullidos de aquel bosque.

—

En la gruta hay floración de hermosos versos
y la nimban con sus hojas los laureles;
mientras Fama con sus cánticos más tersos
ya pregona al nuevo Lázaro en sus rápidos corceles.

Y hay no se oyen en el bosque, ni en la gruta,
siempre virgen, siempre hirsuta,
esos tétricos gemidos
como polvos de tristeza por los vientos recogidos;
que la Dea redentora
que dió vida á mi esperanza muerta y fría,
es el FIAT en mi alma soñadora,
la Sonámbula inmortal: ¡es la Poesía!

LA VOZ DE LOS REMOS

Presentación

Escuché de los remos sobre las olas
el horóscopo triste cual de las violas
el sollozo; y hería del ponto el agua
el peso misterioso de una piragua.

Y yo estaba en la isla que ha herido el hierro
del Dolor, en la isla de mi destierro;
en esa isla enferma y eternamente
gemebunda, como una gárrula fuente;
é interpreté las cosas que me decía
el alma de los remos cuando se hundía,
por descifrar lo arcano del mar profundo:
—«Teme á las ondas, ellas son como el mundo,
pues aportan desdichas cuyos puñales
dejan heridas negras y eternos males.»

Y yo estaba en la isla. Llegó la barca
que fletaba una virgen de veste zarca;
corrí hacia ella sintiendo vagos sonrojos;
mas al aproximarme, sus brunos ojos
incendiaron los míos y quedé ciego...
¡Tal deslumbró á Semele de Jove el fuego!

Venía desde ígneas tierras ignotas
trayendo miel de uvas de islas remotas.

Y cuando ella saltaba, con su pie breve,
en mi ribera fría como la nieve,
escuché de los remos sobre las olas
el horóscopo triste como las violas,
que era repercutido por fatal eco
mientras nos enlazaba de luz un fleco;
y brotaron jacintos, sauces y palmas
á cuyo amor hablaron nuestras dos almas.

Espejismo

«Toma»—le dije—y mi mano
junté á su mano de seda:
En un gesto soberano
iba envuelto como grano,
un beso mío. Y con leda
sonrisa que se desliza
en monograma: Una estrella.
Me dijo: «Tu beso irisa
mis dichas.» Y en su sonrisa
se perdió mi oferta aquella.
Otro día: Con mis ojos
«Toma»—le dije—una gota
del llanto mío. En la cota
de mis punzantes abrojos.
«También de mis ojos brota
cuando tú lloras el llanto»
—me dijo—y en su pupila
vi condenarse el quebranto.
¡Oh llanto! ¡Sublime! ¡Santo!
que en sus pestañas oscila

—

Pasó otro día. Otro día
envuelto en amargo giro,
«Toma»—le dije—un suspiro.
—Exprimido de alegría.—
«Cuando suspiras deliro»
—me dijo ella suspirando...—
Aquel amor de embeleso
me iba matando, matando...
y nos seguimos amando
con llanto, suspiro y beso.

. . . .
. . . .

—

Murió el idilio y ahora
por más que mi beso críe,
mi llanto y suspiro, Aurora:
cuando sonrío ella llora
y cuando lloro, sonríe.

Gemelos

I

Al pie de un árbol-místico ramaje,
transita un cauce cincelado apenas.
Cuyas paredes en un tiempo llenas,
da aguas muy claras en constante viaje,
Visten de arenas—burlesco traje—
yo también como tú, río de arenas,
fuí resecado por mis muchas penas:
sin fé, sin calma... voy sin humedaje.
Tú tal vez sufras, pero no es eterno
el sufrimiento de tu vida ignota,

porque es consuelo para ti el invierno.
Yo mucho espero, mas espero en vano.
Ni una llovizna de mi cielo brota,
porque mi cielo siempre está en verano.

—

Dicen que muy al Sur, de Africa al Polo,
hay una isla muy triste y muy desierta.
Yo quisiera habitarla si ella es cierta.
Yo quisiera habitarla, pero... solo.
Allá, sin penas, sin sufrir, sin dolo,
será á mi alma dormir, que estar despierta
igual; igual vivir como estar muerta.
Estar en media noche ó en pleno Apolo.
Cuando se aleje el tiempo y la nevura,
me llegue á recordar mi antiguo duelo,
Tegiendo á la isla lápida ó sudario:
yo velaré aquella isla-sepultura,
de pie, brazos-abiertos hacia el cielo,
fingiéndole una cruz, yo... solitario...!

Marmórea

Luciérnaga que llegas á mi estancia
cuando la luz apago.
Que viertes con tu mueca la fragancia
de albor, de un tibio halago.
¿Por qué alumbras tan pálida como una
desangrentada mano?
¿Que besaste el disco de la luna
de algún viejo verano?
Siempre te he contemplado indiferente,
con fé. Mas ya no puedo.
Como polvo de un calvo sol ardiente
te miro y me das miedo.

—

Luciérnaga que pueblas
con tus tímidos dardos la negrura.
¿Por qué es que á mis tinieblas
no le dictas tu fallo de blancura?
¿Eres sombra de muerto?
Luciérnaga, por Dios: ¿ya no me quiere
mi novia?... ¡cierto! ¡cierto!
¿Y eres tú el alma de ese amor que muere?
¿Eres célula de ella?
¿Eres trozo de luz de la que ella hila?
Porque es hecha de estrella
amasada con sabia de pupila.

—

No te quiero mirar: Eres planeta,
un astro que cojea.
Por lo triste te quiero: como poeta
te alejo como idea.
Luciérnaga, no vuelvas á mi estancia
cuando mi luz apago.
No perfumes mi alcoba con fragancia
de ese tu tibio halago.
Vuelve con cabellera hecha de nieve
y llegaste á mi lecho.
todo luz, todo sombra, me conmueve:
no es penumbra mi pecho.

—

¿Por qué, dime, me miras
esta noche tan triste y tan fijosa?
Parece que suspiras
¿Qué te sientes al borde de una fosa?
¿Por qué es la última noche
que vienes donde mi tú has afligido?
¿Por qué tu níveo broche
ya no me va á temblar como latido?
No temas. Si algún día
llego á morir: será como una estrella.
Mientras la estela es mía
la barca en que me aleje será de ella.

Expreso

Es un ferrocarril la juventud
ferrocarril expreso,
aborda una estación y jamás vuelve...

—

Vendedor de billete es el deseo,
la mujer provisión
que se va renovando en el camino.

—

Contempla mi billete, voy de viaje
tomemos el expreso...
...Te quedas en la próxima estación.

Cuarto día

Fragmento de un libro, escrito mentalmente en la penitenciaria de Nicaragua, inédito: «Prisión política».

Cuando á la luz matinal
miro en mi cárcel el techo
cuadriculado y estrecho,
me dá á prisión medioeval
de algún castillo feudal.
Entonces—yo—caballero,
créome ser prisionero.
Porque en desgraciada hazaña

fuí asaltado en la montaña
con mi valiente escudero.

—

De esas tan huecas y viejas
forjó entonces una historia.
Donde se besa la gloria
con los fosos y las rejas;
donde tiemblan las torrejas
por una atroz catapulta;
donde la tropa se insulta,
donde el señoril se inquieta,
y en una puerta secreta
mi princesita se oculta.

—

Mas—yo—garzón denodado
con mi yelmo, con mi escudo,
con mi cimera al desnudo:
treinta lanzas he quebrado...
...pero el castillo sitiado
no cayó: Mi cota herida,
mi cimitarra destruída,
mi tropa toda dispersa,
y en un agoto de fuerza
fuí sorprendido en la huída.

Noveno día

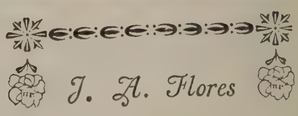
De mi ventana hacia el techo
oigo un rumor de latido,
que me recuerda aquel nido,
con mis pulsaciones hecho.
Aquí en una noche un pecho
aunque á la sazón no cuadre
(que no era pecho de padre)
«hijo» le escuché que dijo.
Luego el gorjeo del hijo
que le respondía: «Madre.»

Paloma: Tu compañero
cuando tan sola te deja,
se encuentra en alguna reja
vuelto quizá prisionero.
Y para más torcedero
de su corazón herido,
cuando en las horas sumido,
de su dolor que no sana:
colgado de su ventana
mira tal vez otro nido.
Así yo también, paloma,
hice mi nido de ensueño;
donde el beso era el pequeño
pichón, con alas de aroma
mas cuando la garra asoma
de la estulticia maldita,
toda creación bendita
se torna en mole de huesos.
Hoy han quedado mis besos,
solos con su madrecita.

Diáfano

Soñé que te escurrías
en el plano inclinado de la vida.
y de tu paso al borde
que tu mano y la mía se estrecharon.

Hoy, sumido en glaciales te pregunto:
si aquella mano pálida
quería sostenerse de la mía
ó quería arrastrarme.



J. A. Flores

J. A. FLORES

Refracción

Era noche y yo en medio de las sombras titilantes, solitario,
arrullado por los ecos del silencio sepulcrales.
y temblando por el frío de lo negro, que las sombras me recuerdan el osario,
y voz del otro mundo parecíame la voz del campanario,
como tiemblan hacia el Norte, cerca al polo, los nevados esquimales.

. . . .

Del centro de lo negro, ser incarne la figura remedando.
Como surgen de los labios prudentinos, las palabras de un secreto:
y con paso firme y lento cual si fuere sus acciones meditando...
Fué sus húmeros, sus fémures, sus vértebras, sus huesos, fué estirando...
A mi lecho claro, claro, claro... á mi lecho dirigióse: Un esqueleto.
Yo que sufro... gozo.. temo.., por lo negro, por lo frío,
por aquello ilimitado: Por las tumbas, por los muertos, por las cruces...
Al oir el ruído seco de los huesos como ramas que se rozan y se cruzan en
[estío,
al mirar aquel cadáver en lo denso de la noche, parecióme desvarío,
y creyéndolo mentira, presuroso en mi aposento, prendí luces.
¡No era engaño, no era farsa de la noche, era muy cierto,
y estaba blanco, blanco, blanco... cual si fuera una magnolia. Flor purísima
[é inodora.
Y aún entonces por el miedo que sentía, no creía estar despierto.
Y mi voz: Medrosa, ruda, pendulante, dirigísela á aquel muerto
y hablóme como cuerda inafinada con su voz: Hueca, sonora...
Y me dijo: «Soy la Muerte» y mis venas circularon
como ráfaga lanzada en un abismo. Y su dedo dirigiéndole á mi Cristo,
parecióme la sentencia. Y mis penas se alejaron,
y mis llantos, mis acerbos desconsuelos, mis negruras... volotearon
Y mi vista hipnotizada por las cuencas de la Muerte le decían: «Estoy listo».
Y me dijo: «Ya estoy muerta». Y al peso de la carga,
que cayó sobre mis hombros, de una vida que no acaba, despertéme con
[horror:
y en mis sueños vi una línea que corría larga, larga..
Y yo, al principio de esa línea con mi faz amarga, amarga...
Porque estaba hecha cadáver la esperanza que tenía mi dolor.

Gemelos

(Al Mar Muerto.)

Dicen Mar que tus aguas, inmóviles y densas,
y lóbregas, salobres; y pérfidas y yertas.
Sin peces que son aves. Sin barcos que son puertas.
Y largas como pampas, como estepas inmensas...
Que son cendal ó toca; ó signos de vergüenzas,
ó como en *bogs* sin fondo, tuníferas inciertas:
Que guardan en su entraña, cinco ciudades muertas
que fueron como oprobios, para Dios, como ofensas...
Que cuando un Sol de estío, caliginoso, irrita
tu mucha superficie: Como cuerda sonora
expeles grandes moles: Tu voz, tu son, tu grita...
Que dan en su conjunto las fórmulas conciertas,
de un cuervo gigantesco, sangriento, que devora,
las carnes adorantes de las ciudades muertas...

II

Surgió como *fakiria* la masa densa y vaga:
como evaporaciones, ó como nebulosa...
Yo pensaba en la duda, pensaba en la ojerosa
ilusión, en la espina, en lo todo, en lo que apaga.
Forjáronse en la bruma, como á índice de maga,
dos figuras humanas. La una de pie grandiosa,
con la frente sembrada de rayos, luminosa.
Y la otra de rodillas, quejosa, como llaga...
Aturdido, confuso, creyéndome nublado
respóndame ¿sus nombres?» «Soy—el arrodillado—
de la vista, les dije: «Como si sano estoy
«Yo soy»—me dijo el otro.—Yo Soy... Yo Soy... Yo Soy...»
Mostrándome las llagas de sus extremidades.

FIN

INDICE

RAFAEL MONTIEL

ALBERTO ORTIZ

Págs.

Págs.

RUBEN DARIO

DIEGO CABEZAS

ANSELMO SEQUEIRA

Págs.

J. D. VENEGAS

ANTONIO BERMUDEZ

ANTONIO BARQUERO

JOSE D. MORALES

Págs.

LUIS AVILES R.

SANTIAGO ARGÜELLO

MANUEL MODESTO PAEZ

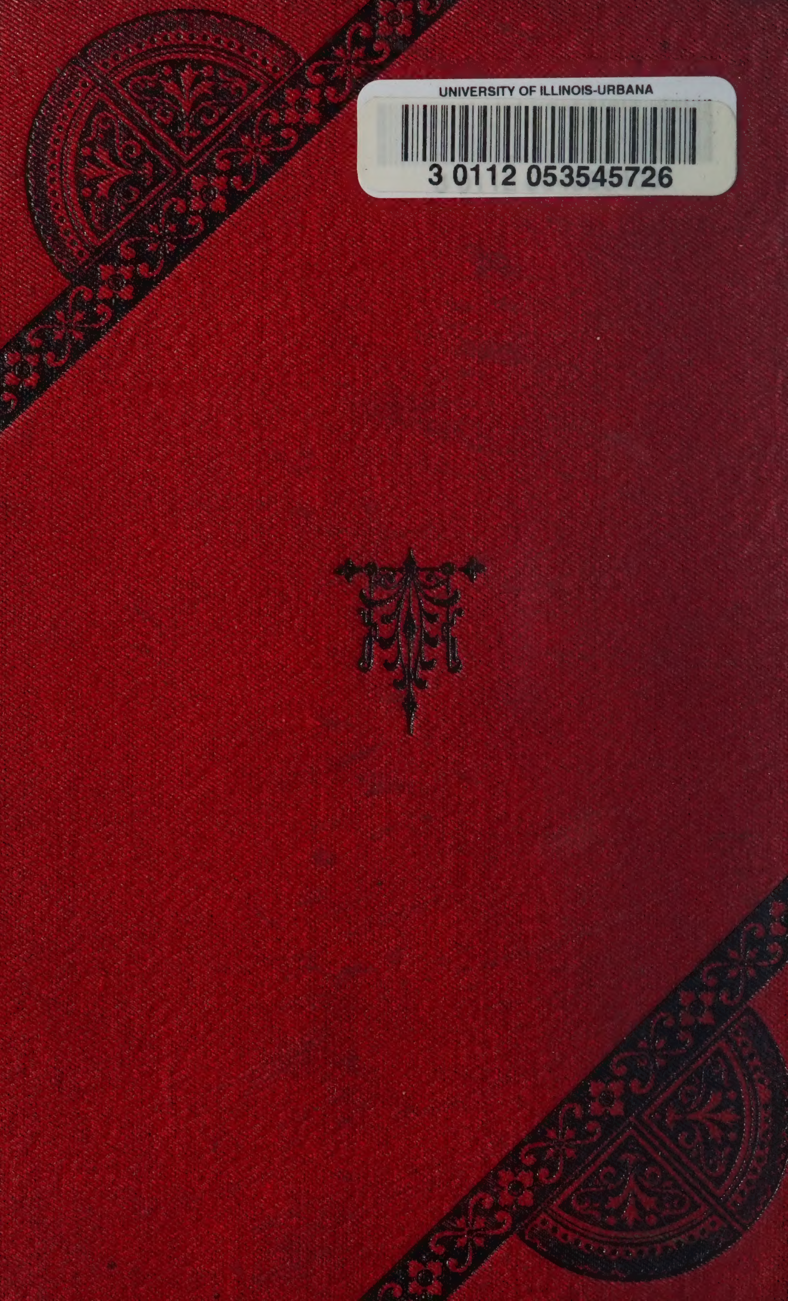
SOLON ARGÜELLO

J. A. FLORES

PAUTA

de los retratos que contiene esta obra




UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 053545726